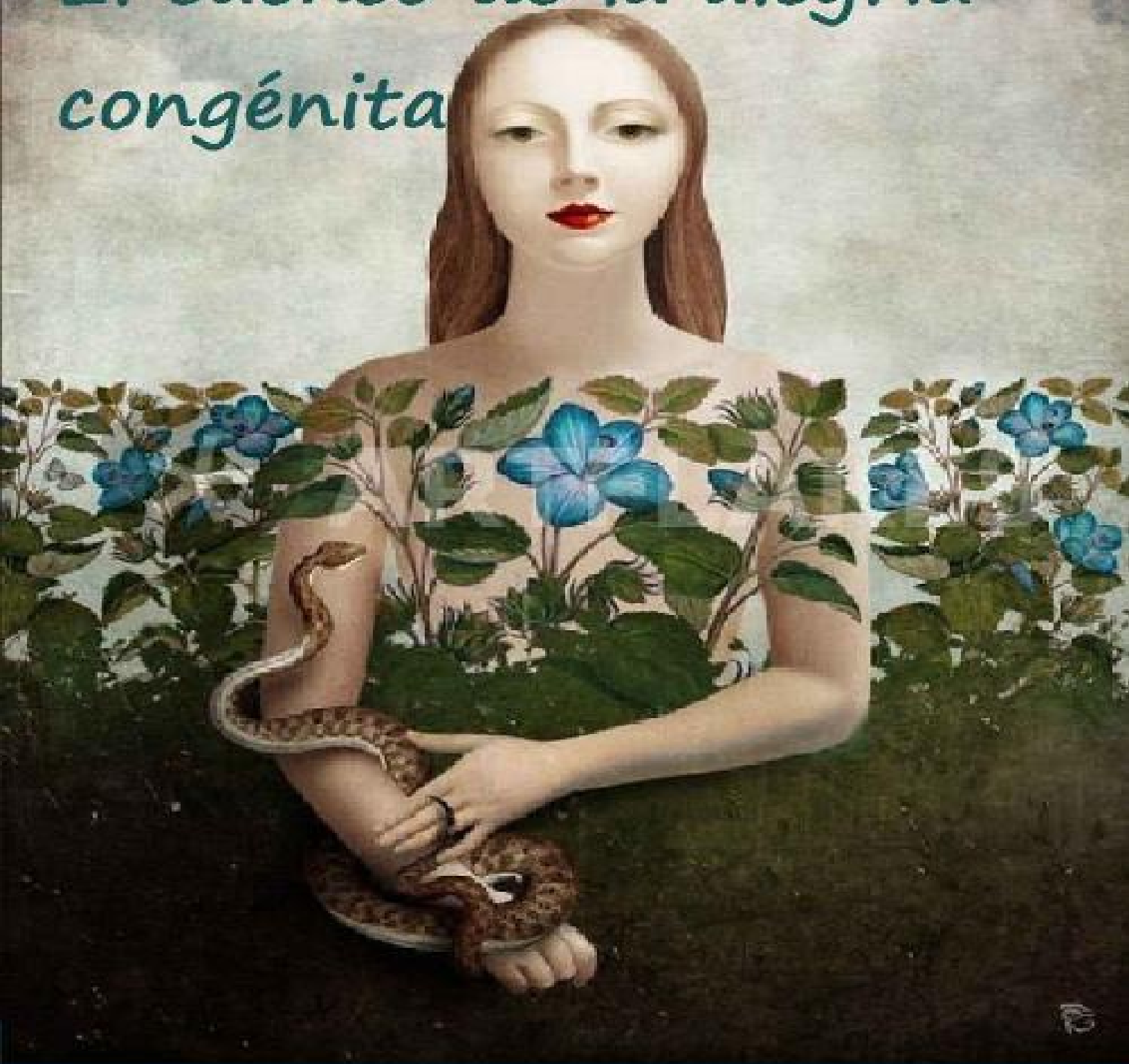


El cuenco de la alegría
congénita



Esther Lluís

El cuenco de la alegría
congénita

ESTHER LLULL

Copyright © 2020 Esther Llull
Todos los derechos reservados.
ISBN-13: 9781675759691

En estos cantos, hermanas, somos fecundas. Su pulcra nitidez. Así nuestro vínculo se unió más firme. Mas no pienses que te engañé, eras transparente. Nunca me liberaré de estas dos personas que soy: la que se humilla y la que se lava. Rostros y oscuridad nos separan sin cesar. Y luego las estrellas, duras, arduas de arrancar.

Querida amiga, ¿para qué tanta vida?

Deja que traspase tu sonrisa.

Igual la alcance al deshacerme.

En la mirada lo has ganado y lo has

Perdido todo.

Revelaciones, tú haces del silencio

Reconocimiento.

Sombra de los días por venir,

Salvación.

Equidistantes en el tiempo, mucho más allá.

[CONTENIDOS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo de la inocencia perdida](#)

Capítulo 1

Aida en los primeros años de su vida era una niña que nadie hubiera imaginado el destino que se le reservaba. Además de ser excesivamente delgada, tenía el cutis pálido, el cabello lacio y facciones inexpresivas. Tampoco ella mostró un desarrollo mental superior. Le gustaban más los juegos de chico que los de chica. Y en cuanto a otras aficiones propias de la infancia tampoco mostró preferencia a no ser travesuras por tocar lo que no se podía coger porque su madre lo tenía reservado o porque eran flores escogidas que ella no consentía en tocar. Le costaba aprenderse las fábulas que su madre le leía de memoria y en lo que a estudios se refería le gustaba seguir los impulsos de su capricho. Tenía pereza para aprender la geometría y la aritmética, sin embargo, y a pesar de ello, Aida no era mala ni tenía un carácter ingrato; tampoco era terca ni amiga de reñir con sus hermanos, mostrándose muy rara vez tiránica con los más pequeños.

Por lo demás hay que reconocer que era ruidosa y hasta un poco salvaje. No mostró interés demasiado por aprender música a pesar de que tuvo un profesor. Odiaba que se hiciese un control excesivo de ella y amaba sobre todas las cosas rodar por una tumbona cubierta de pelo de angora que había en la terraza trasera de su casa.

Su casa se empinaba en una colina de uno de los pueblos de la Ribera de Duero. Su padre era concejal del ayuntamiento de un partido reformador y agrario. Su madre simplemente era ama de casa.

Tal era Aida a los diez años. Al llegar a los quince comenzó a mejorar exteriormente. Se ondulaba el cabello, se le embelleció el cutis y sus facciones se hicieron más finas, la expresión de sus ojos más animada y su figura adquirió mayor prestancia. Su inclinación al desorden se convirtió en afición a la frivolidad y lentamente su desaliño dio paso a la elegancia.

Tal se hizo evidente el cambio que en ella se operaba en el porte y el aspecto exterior que sus padres a veces lo advertían. "Aida está mucho más guapa que antes", decían de vez en cuando, y estas palabras colmaban de alegría a la chica. Pues para alguien que ha pasado por fea el ser casi guapa es como para la que siempre fue bella ser profunda y sinceramente admirada.

Aida, de cuya educación no se preocuparon seriamente sus padres, pues su madre estaba ocupada en criar a los dos hijos menores, aparte de la educación del mayor, que ello explica que ella a los catorce aún prefiriese jugar por los alrededores de casa o montar en bicicleta antes que leer libros, salvo algunos cómics o libros ligeros que sólo servían de pasatiempo.

Felizmente para ella, a partir de los quince años empezó a aficionarse a lecturas más serias y al tiempo que ilustraba su inteligencia le procuraban útiles para su vida, que ella suponía debía ser lo más importante.

De Pedro Salinas aprendió los poemas de un amor no correspondido. De las obras de filosofía aprendió algo de la ética utilitarista y de Kant aprendió que la felicidad se debe merecer y que es mejor pensar en la felicidad ajena más que en la propia. En realidad se interesó demasiado por la filosofía pero ella quería aprender algo más acerca de cómo brotan las ideas nuevas, las ideas de economía y de poder o control social. A ella le parecía que allí estaba lo esencial y no en la literatura. Le pidió a su padre consejo acerca de estudiar economía.

Aun así no tenía claro si estudiar psicología. Porque pequeñeces ligeras como el aire eran

para el celoso confirmación plena de pruebas tan irrefutables como las Sagradas Escrituras. Aunque eso lo había leído en Shakespeare. Como también había leído que la joven enamorada se asemeja a la imagen de la paciencia desde todo momento en que sonrío al dolor.

Así poco a poco la educación de Aida se perfeccionó. En lo que menos logró imponerse era en su capacidad oratoria. No era capaz de decir largos discursos o de decir ideas repentinos, más bien se quedaba pensando o le gustaba oír y aplaudir las ideas que prefería su hermano. Un día lo oyó hablar de la capacidad de enamorarse en el mundo moderno. Advertía que con las nuevas tecnologías la gente no se podía enamorar porque faltaba algo como un medio real donde pasar el tiempo y donde seducirse. Las posibilidades ahora eran muy rápidas y a lo más las parejas aspiraban a tener citas amorosas o amistades con derecho a roce. De esta forma ella intuía que la vida amorosa de su hermano no estaba satisfecha. Su hermano estudiaba Derecho en la capital pero estaba estudiando a distancia. Al mismo tiempo atendía el campo y la elaboración de los buenos vinos de la Ribera de Duero.

Desde luego Aida no había compuesto ningún verso o romance epistolar por el momento. Y no teniendo amado al que escribir ni se daba cuenta de que carecía de esa habilidad espontánea de enamorarse.

Había cumplido dieciocho años sin que hombre alguno hubiera logrado despertar su corazón del letargo infantil ni inspirado una sola pasión, ni excitado la admiración más pasajera y moderada. Todo lo cual era muy extraño. Pero no lo era tanto si se comprendía que vivían en un pueblo muy pequeño y que las familias que le rodeaban no habían tenido hijos varones de su misma edad. Tampoco vivía nadie en la comarca que se hubiera desplazado hasta allí. El único bar que había era relativamente pequeño y era más un sitio de reunión de los trabajadores de los alrededores.

Pero en el momento oportuno surgió algo que iba a cruzarse en su camino. Y en el caso de Aida había una familia, dueña de la propiedad más importante del pueblo, que comprendiendo que ellos no tenían hijos y que Aida ya estaba en una edad de merecer, se ofrecieron a invitarla con ellos a un viaje al monasterio de El Escorial donde se hospedarían en una residencia de estudiantes. El motivo era pasar unas vacaciones de verano en los alrededores de la sierra de Gredos y de Madrid. Así como al marido le interesaba visitar algunos terrenos que le habían ofrecido por un buen precio en una comarca agrícola y vitivinícola.

La madre de Aida aceptó pero no le explicó que tuviera cuidado con los peligros del mundo, ya que no presintió incidentes ni se encontró afligida, ni con lágrimas en los ojos. No pudo pronunciar palabras de amonestación y consejo. La madre era tan sencilla que se hallaba tan lejos de sospechar cuáles podrían ser los peligros que rodeaban a los jóvenes de hoy en día cuando se lanzaban al mundo por primera vez, que no se preocupó prácticamente de la suerte que pudiera correr su hija, hasta el punto de limitar sus advertencias a dos que al partir le dirigió, y que fueron las siguientes: que se abrigase la garganta al salir por las noches y que llevase una tarjeta de banco con un presupuesto moderado de seiscientos euros y que si necesitase algo más se dispondría de manera urgente. Así como la residencia se encontraba ya confirmada mediante reserva.

La familia en general mostró en lo relativo al viaje, que había de durar un mes, una compostura inexplicable, más en consonancia con los acontecimientos de un vivir monótono y diario que con las tiernas emociones que la primera separación de una hija del seno del hogar suele y debe inspirar.

Así Aida emprendió su primer viaje de vacaciones fuera de su familia y que tuvo lugar sin

inconveniente alguno por parte de la otra familia que la acompañaba, de Sarah y de Germán, que eran sus benefactores.

Finalmente llegaron El Escorial e Aida no cabía de gozo; dirigía a todos lados la mirada ante la monumental obra construida y de tan vastos dominios, a la par que estaba deseosa de disfrutar de las bellezas que encontraban a su paso por los alrededores de la población y por las calles amplias y simétricas de esta. Había ido allí para ser feliz y ya lo era.

A poco de llegar se instalaron en una de las residencias más importantes que albergaba El Escorial durante el verano.

Capítulo 2

Sarah pertenecía a la clase de mujeres cuyo trato no era tan favorecedor. Carecía de una belleza natural sobresaliente tanto como de un talento y una inteligencia emocional que le permitiese acreditar a la gente. Aun así se valía de su simpatía personal. Y su falta de carácter la suplía con una cierta distinción de porte y un carácter bastante tranquilo. Así como poseía una cierta relajación hacia la frivolidad aunque de una forma sosegada. Nadie era más indicada que ella para demostrar a Aida un buen ánimo para salir y divertirse con la muchacha en sociedad.

Su pasión eran los trapos. Vestir bien era uno de los mayores placeres de Sarah y tan trascendental que siempre buscaba lo más nuevo, lo más elegante y lo que estuviera más en armonía con los mandatos de la moda. Ella ayudó también a Aida a invertir su tiempo y su dinero adquiriendo algunas piezas clásicas de una gran elegancia. Chaquetas y vestidos de chiffon de colores opacos y delicados y también prendas sólidas que se podían combinar entre sí en diferentes ocasiones. Algún vestido de seda ella también compró para sí. Y estuvieron así los primeros días haciendo compras y ordenando sus ideas y sus dudas acerca de cómo aparecer en público y en algunos de los eventos que los estudiantes hacían en verano. Había bailes públicos en la residencia y en el pueblo organizados por las fiestas e iban a venir orquestas de diferentes estilos y alguna gran banda de música nacional. Todo se presentaba como una gran expectativa de ser un gran acontecimiento.

Tras vestirse Aida poniendo exquisita atención en los detalles tanto Sarah como ella reconocieron que estaba verdaderamente atractiva. Un peluquero profesional también le hizo un corte de cabello que favorecía la estabilización de su cara y su cabello lo recogió hacia atrás dejándolo suelto y natural. Animada Aida por tan autorizados expertos ella se despreocupó por completo ya que le bastaba la idea de pasar desapercibida pues no se creía lo bastante bonita o moderna como para provocar admiración. Por su parte Sarah empleó tanto tiempo en vestirse que cuando salieron esa tarde ya empezaba a ser de noche y había una orquesta de pueblo en la plaza principal. Su marido Germán también se sumó a la comitiva aunque él no esperaba quedarse más de lo indispensable.

La verdad es que el baile estaba atestado de chicos y chicas y Sarah cuidando más de su traje que de su amiga e invitada se quedó rezagada y pasó su brazo por el de su marido asiéndolo con tal fuerza que no se fuera a separar de ellas.

Una vez dentro de la plaza, sin embargo, se encontraron con que, lejos de resultarles más fácil el adelantar, aumentaba la bulla y las apreturas. A fuerza de empujar llegaron hasta el extremo de una barra de bar donde se servían cervezas y otras bebidas y algún piscolabis. Pero allí no pudieron sentarse y ni siquiera podían ver a las parejas que bailaban en el centro enfrente del escenario. Al fin, y tras poner a prueba todo su ingenio, lograron colocarse un poco más cerca de la música detrás de una última fila donde había bancos y donde había menos aglomeración de gentes.

Le habría gustado bailar pero por desgracia no había hallado ni una sola persona que la mirase. Pero el baile era verdaderamente magnífico y por primera vez aquella noche Aida tuvo la impresión de encontrarse en una fiesta.

El plan era encontrarse con una familia que Sarah conocía del verano pasado e intimar con ellos. Y también ella contaba con algunos familiares en la sierra de Gredos con los que esperaba citarse pronto o verse por el mismo pueblo y comer juntos.

Sarah trató de manifestar su pesar por el contratiempo de no hallar a nadie conocido y repetía cada dos o tres minutos, con su acostumbrada tranquilidad, las mismas palabras: "¡Cuánto me alegraría verte bailar! ¡Cuánto me gustaría encontrarte una pareja...!"

Germán se había quedado haciendo cola en la barra del bar y cuando ellas finalmente llegaron al centro del baile descubrieron contrariadas que no sólo no podían formar parte de ningún grupo, sino que no había nadie que las sacara a bailar.

Germán no había vuelto a aparecer y ellas cansadas de esperar se dirigieron otra vez hacia el bar y se sentaron en el extremo de una gran mesa, en torno a la cual charlaban animadamente varias personas.

Mientras ellas tuvieron que contentarse cambiando impresiones entre sí, congratulándose Sarah, apenas se hubieron acomodado, de haber logrado escapar de la conglomeración de gentes sin grave perjuicio de haber rasgado su elegante vestido o de haberlo arrugado más de lo normal.

—Habría sido una lástima que me rompieran el vestido de gasa, ¿no te parece? Es tan fino y te aseguro que no he visto otro más elegante que el mío.

—¡Qué desagradable —exclamó Aida con aire distraído— es el no conocer a nadie aquí!

—Sí, Aida; tienes razón, es muy desagradable —murmuró con la serenidad de costumbre Sarah.

—¿Qué podríamos hacer? Estas personas nos miran como si les molestara nuestra presencia en esta mesa. ¿Acaso nos consideran intrusas o algo así?

—Tienes razón, es muy desagradable. Me gustaría hallarme entre muchos conocidos. Tal vez Germán se acerque ahora, aunque nos dijo que se quedaría en la barra como espectador. Tal vez él pueda encontrarse con algunos amigos.

—A mí con uno me bastaba; al menos tendríamos con quien hablar.

—Muy cierto, Aida, con uno solo ya habríamos formado un grupo tan animado como el que más.

—¿No sería mejor que nos marchásemos? Ni siquiera podemos ver a Germán ni nos ha traído algo de picar o comer.

—Es verdad; ¡qué cosa tan desagradable!; sin embargo creo que lo mejor es quedarnos donde estamos; son tan molestas estas aglomeraciones... Te agradecería que me dijeras si se me ha destruido el peinado en el moño. Antes me dieron tal golpe en la cabeza que no me extrañaría que estuviese descompuesto.

—No, está muy bien. Pero ¿estás segura de que Germán no se ha ido? Entre tanta gente puede que se haya cansado de esperar.

—Te aseguro que no. ¡Ojalá estuviera aquí con un buen número de amistades y pudiera procurarte una pareja de baile! Mira qué mujer tan extraña va por allí y qué traje lleva... Vaya una antigualla; fíjate qué larga tiene la espalda como si no tuviera tela suficiente el vestido.

Al cabo de un rato Germán se les acercó y les ofreció dos zumos de melocotón porque pensó que era más digestivo que un refresco con aditivos. Ambas agradecieron profundamente la atención, no sólo por la bebida misma, sino porque su presencia les proporcionaba ocasión de cambiar algunas palabras. Y así todos juntos esperaron por un momento.

—¿Qué tal, Aida? —dijo Germán—. ¿Te has divertido todo lo que esperabas?

—Mucho, sí —contestó ella, disimulando un bostezo.

—Es una lástima que no haya podido bailar —dijo Sarah. Me habría gustado encontrarle una pareja. Precisamente acabo de decirle que tal vez tú podrías venir acompañado de algunos amigos que te hubieras encontrado.

—Otra noche quizá consigamos que lo pase mejor —dijo Germán con tono consolador.

Apenas pasó un cuarto de hora más la concurrencia se fue despejando y algunas personas empezaron a marcharse. El baile terminaba a las doce porque dentro de una vía pública no podía admitirse los ruidos de noche. Así iba el público dejando lugar para quienes quedaban pudieran moverse con mayor comodidad y para que Aida, cuyo papel durante la noche no había sido verdaderamente lucido, consiguiera ser vista y admirada. A medida que transcurrían los minutos y menguaba el número de asistentes, Aida encontró nuevas ocasiones de exponer sus encantos. Al fin pudieron verla muchos jóvenes, para quienes antes su presencia había pasado inadvertida. A pesar de ello, ninguno al contemplarla se acercó a preguntar su nombre, ni exhibió un extraordinario interés, y eso que Aida estaba bastante guapa, hasta el punto que si alguno de los presentes la hubiese conocido tres años antes habría quedado maravillado del cambio que se observaba en su rostro. Pero Aida oyó a dos jóvenes decir que la encontraban bonita y aquellas palabras produjeron tal efecto en su ánimo que la hicieron modificar su opinión acerca de su disfrute de aquella velada. Satisfecha su humilde vanidad sintió por sus admiradores una gratitud intensa. Y satisfecha de sí y del mundo en general, de la admiración con que era obsequiada, se mostró con todos de muy buen talante y excelente humor.

De allí en adelante, cada día trajo consigo nuevas ocupaciones y distracciones, tales como visitas a las tiendas, el paseo por la población, la bajada al monumento de El Escorial, donde pasaban las dos amigas el rato intentando averiguar dentro de los grupos de residentes y estudiantes la mejor forma de participar en algún concurso o de citarse los chicos de hoy día. Aunque intentaban obtener esta información sin hablar con nadie, solamente mirando o leyendo el tablón de los anuncios.

Sarah seguía insistiendo en la conveniencia de formar un círculo de amistades, y lo mencionaba cada vez que se daba cuenta de cuan grandes eran las desventajas de no estar apuntada a un grupo de estudiantes o a algún que otra institución o asociación cultural.

Pero cierto día en el que iban a darse conciertos y bailes en la residencia de El Escorial, quiso la suerte favorecer a Aida que se había apuntado a las páginas de internet de la residencia para buscar pareja. Un apuesto joven llamado Christian, de unos veinticinco años, estatura elevada, rostro simpático, mirada inteligente y, en conjunto, sumamente agradable, se había interesado por ella y le había dado su teléfono para verse y poder quedar. En su mensaje de presentación él decía que quería conocer a una chica para disfrutar de los conciertos de la ciudad y que le gustaría que fuese otra estudiante como él. Ella le dijo que estudiaba ingeniería agrícola o que era su pretensión empezar a estudiar pero que no vivía en El Escorial sino en la provincia de Ávila y que tenían familia en la sierra de Gredos.

Ambos se citaron para el día del primer concierto donde se presentaba una banda interesante de rock andaluz que había causado sensación ese verano con temas muy frescos. Aida se congratuló de los buenos modales de su nuevo amigo cuando se conocieron en el salón de la residencia. Ciertamente empezaron a bailar muy pronto porque la música ya había empezado y apenas les fue posible conversar, pero cuando más tarde se sentaron a tomar un refresco ella y una cerveza él tuvo ella ocasión de convencerse de que aquel joven era encantador como su apariencia la había inducido a suponer. Christian hablaba con entusiasmo y después de charlar un rato acerca del ambiente que los rodeaba, Christian dijo de repente:

—¿Cuánto tiempo llevas en el pueblo?

—Una semana aproximadamente —contestó Aida, tratando de hablar con la gravedad debida.

—¿De veras? —dijo él con tono que afectaba sorpresa.

—¿Por qué te sorprendes?

—Es lógico que me lo pregunte y que no pueda disimular la emoción fácilmente porque nunca te había visto. Y dime has pasado alguna otra temporada antes en el pueblo?

—No, ninguna.

—¿De veras? ¿Y has ido a otros bailes como este?

—Bueno, sí. Estuve con unos amigos en la fiesta del pueblo en la plaza central pero no pude bailar porque no había sitio y estaba todo lleno de gente apretándose.

—Y en el teatro, ¿has estado? —Aida pone cara de extrañeza pero Christian aclara su pregunta—. Me refiero al teatro de la residencia de estudiantes. Es un teatro que se ha ganado con el tiempo un prestigio muy considerable.

—Ah, pues creo que he oído hablar de él a mi amiga, Sarah, que me acompaña con su marido. Creo que queremos ir algún día.

—¿Te gusta entonces el pueblo?

—Bastante.

Aida apartó la vista; no sabía si echarse a reír o no al ser objeto de tantas preguntas.

—Ya veo cuán mala opinión te has formado de mí dijo Christian seriamente—. Imagino que he podido molestarte con mis necesidades.

—Creo que te equivocas. No puedes molestarme.

—Aun así, ¿me permites que te diga lo que deberías hacer?

—Si lo deseas.

—Pues deberías abrirte una página en Facebook si es que todavía no la tienes y deberíamos comunicarnos por ahí y mandarme las nuevas fotos que te hayas hecho.

—Podría ocurrir que no tuviese pero sí la tengo pero no tengo costumbre de escribir a diario.

—También podría ocurrir que en este momento no estuviéramos asistiendo a un concierto. O que la canción nos emocionase más de lo habitual. ¿Cómo luego iban tus amigos y conocidos a saber que estuvimos aquí o a conocer tus impresiones de El Escorial?

—Pero dime sobre ti. Porque no quiero que te lleves sorpresas cuando me apunté en esta página y vi tu perfil y te escribí. Tú decías que estudiabas economía. Yo tengo un hermano que también estudia economía en Madrid. Lo cierto es que tú querías que te escribiesen chicas estudiantes. Yo quisiera estudiar pero el trabajo en la cooperativa del pueblo es lo que ahora me llena y no me deja tiempo. Quizá estudie ingeniería agrícola. En verdad yo llevo las cuentas y se algo de facturas y contabilidad. No sé si eso es lo que tú estudias.

—Bueno, algo por el estilo. Aunque los cuadros contables que más me gustan son los macroeconómicos.

—Oh ya.

—Pero no te desilusiones. Todo el mundo se conoce hoy día por internet y es una suerte en verdad. Y tampoco podemos poner exigencias altas.

—Sí, parece una suerte pero luego no encontramos lo que pedimos. En realidad desconfiamos de todo el mundo. Pero este pueblo es tan tranquilo y al mismo tiempo los estudiantes tienen un curriculum profesional bastante interesante y todo eso, lo turístico e internacional de este sitio, me convencieron de poder tratar con las personas de aquí.

—Coincido contigo. Y lo que es Facebook me parece que es una herramienta mejor para las

mujeres. Ellas se desahogan mejor que nosotros escribiendo sobre la vida. He visto que algunas ponen poemas y citas maravillosas. Pero no quiere decir que yo lo siga. En definitiva creo que el sexo femenino nos aventaja en escribir mejor y más sobre las afecciones humanas.

—En mi opinión no creo que se pueda buscar nuestra superioridad en el arte de escribir mejor o peor.

—En realidad, a veces no existe método o falta el asunto o hay faltas gramaticales.

—Vaya, de saberlo no me habría apresurado a renunciar al cumplido. Veo que no merecemos tu buena opinión en este sentido.

—No me entiendes; lo que niego se pueda imponer la superioridad de sexo como regla general, y que ambos muestran igual aptitud para todo aquello que esté basado en el buen gusto y en los afectos y emociones.

Al llegar a este punto Sarah que había dado una vuelta con su marido entraron en el baile para dar un ojo al ambiente y no dejar sola a Aida. Por lo que Sarah se acercó a ella e interrumpió la conversación entre los jóvenes.

—Hola Sarah y compañía. No quiero molestar. Pero tengo un problema con este broche prendido al traje. ¿Me lo puedes quitar?

—Sí claro.

—Ya sabes la seda es muy delicada, en seguida se deshilacha. Temo que haya sufrido un desperfecto ya. Se trata de uno de mis vestidos favoritos.

—No te preocupes, no te muevas. Te lo quitaré. Tengo que tener cuidado con las uñas pintadas pues sufren con los alfileres.

—Si quieres puedo ayudar —intervino Christian.

Sarah se apresuró a elogiar su ayuda aunque Aida declaró que no era conveniente. Pero Sarah se mostró contenta con el resultado y quiso aún decir algunas palabras.

—¿Qué población tan encantadora es esta!, ¿verdad amigo? Y cuántos establecimientos de moda hay en ella. En el pueblo carecemos de ellas, y eso que en la ciudad más cerca las hay excelentes; pero está tan lejos de nuestro pueblo... treinta kilómetros. Aquí en cambio con salir a la puerta se encuentra todo cuanto pueda desearse.

Christian tuvo la cortesía de fingir interés en cuanto le decía Sarah, y esta, animada por su atención, le entretuvo hablando de moda y vestidos. Aida empezó a creer, al oírlos, que a Christian le divertía tal vez en exceso las debilidades ajenas.

La música de la banda que había estado descansando en una pausa se reanudó y todos se pusieron en pie y los jóvenes decidieron volver al baile.

—¿En qué piensas? —le preguntó Christian a la joven mientras se dirigían a bailar. Espero que no sea en mí, pues a juzgar por los movimientos de cabeza que has hecho antes, parece que no he debido ser tan elocuente.

Aida se ruborizó y contestó con ingenuidad.

—No pensaba en nada.

—Tus palabras expresan decepción o discreción; pero yo preferiría que me dijera francamente que prefiere no contestar a mi pregunta.

—Está bien, no quiero decirlo.

—Te lo agradezco; ahora estoy seguro de que llegaremos a conocernos, pues tu respuesta me autoriza a bromear contigo acerca de este punto siempre que nos veamos, y nada como tomarse a risa esta clase de cosas para favorecer el desarrollo de la amistad.

Bailaron una vez más un baile suelto y otro juntos en una balada, y al terminar la fiesta se

separaron con vivos deseos, al menos por parte de ella, de que aquel conocimiento mutuo prosperase.

Aquella noche Aida, mientras tomaba su acostumbrada taza de infusión de manzanilla en la cama, pensaba en su pareja y durante la noche soñó con él, aunque fue un sueño de corta duración, un ligero sopor a lo sumo.

En verdad Aida sabía que no debía enamorarse o al menos debía esperar a saber que él le hubiera hablado de amor, ni siquiera quería permitirse soñar con él.

Capítulo 3

Al día siguiente Aida y Sarah se pasearon por los alrededores del monasterio para ver la gente que entraba y salía de la residencia y con la idea de desayunar algo. Aida pensaba que posiblemente se encontraría con Christian en el transcurso de la mañana, y tenía la predisposición de obsequiar con la mejor de sus sonrisas, pero no tuvo ocasión de verle ni se presentó en el salón casino del monasterio.

—¡Qué delicioso sitio es El Escorial! —exclamó Sarah cuando después de pasear por los salones hasta quedar exhaustas, decidieron sentarse junto al reloj grande—. ¡Qué agradable sería contar con la compañía de algún conocido! Hoy Germán se halla con sus primos en la sierra de Gredos y en asunto de negocios. A lo mejor se presenta con ellos.

Sarah había manifestado ese mismo deseo tantas veces, que no era de suponer que pensase seriamente en verlo satisfecho al cabo de los días. Sin embargo no hay que desesperar de lograr aquello que deseamos, pues la asiduidad, si es constante, consigue el fin que se propone. Y la asiduidad constante se vio al fin premiada, como era justo que ocurriese.

Apenas llevaban ella e Aida sentadas diez minutos cuando una mujer de la misma edad que Sarah, aproximadamente, que se hallaba allí cerca, luego de fijarse en ella detenidamente le dirigió las siguientes palabras:

—Creo, por favor... No sé si me equivoco; hace tiempo que no coincidimos... Pero ¿acaso no eres Sarah?

Tras recibir una respuesta afirmativa, la desconocida se presentó como Lorena, vecina de los familiares de su marido y que en otras ocasiones habían concurrido juntas a las fiestas. En aquella ocasión ella había venido con sus hijos. El encuentro produjo en ellas una alegría enorme, como era de esperar, ya que hacía tiempo que no se veían. Se dirigieron mutuos cumplidos acerca de la apariencia personal de cada una, y después de admirarse de lo rápidamente que había transcurrido el tiempo y de lo grato que resultaba encontrarse otra vez, procedieron a interrogarse la una a la otra acerca de sus respectivas familias, hablando las dos a la vez y demostrando ambas mayor interés en prestar información que en recibirla. Lorena llevaba la enorme ventaja de ser madre de familia numerosa, lo cual le permitía hacer una larga disertación acerca del talento de sus hijos y de la belleza de sus hijas, hasta dar cuenta de la estancia de Fernando en la universidad de Madrid y del porvenir de Eduardo como soldado profesional. Y se congratulaba que sus hijos fuesen estimados por sus respectivos jefes o profesores.

Sarah se quedó muy a la zaga de su amiga en tales expansiones maternas, puesto que no tenía hijos, le era imposible despertar la envidia de su amiga; pero halló consuelo a semejante desaire al observar que el encaje que adornaba el cuello del vestido de su amiga era de una calidad inferior a la del puro algodón y era de materia sintética.

—Y aquí vienen dos de mis hijas, que forman el resto de la familia —dijo de repente Lorena señalando a dos guapas muchachas que se acercaban en dirección al grupo—. Ellas me acompañan pero mi hijo el universitario se ha quedado rezagado y vendrá después. Pero déjame presentártelas, y ellas también están deseando conocerte. La mayor, y más alta, es Ana, y la otra es Victoria, que es la menor.

Una vez presentadas las hijas de Lorena, Aida, cuya presencia había pasado inadvertida hasta el momento, fue a su vez presentada. El nombre de la muchacha les sonó muy peculiar a todas.

Pero pronto llegó el varón que era estudiante de economía como su hermano Federico. Y al ver a Aida él se atrevió a sugerir el nombre de su hermano como compañero suyo de carrera, atribuyéndolo al gran parecido físico existente entre ambos hermanos.

—Es cierto sólo la vi y ya la había tomado como la hermana de Federico por su aspecto. Y ¿no está Federico aquí? Debería venir a disfrutar de este ambiente. Debería llamarlo. Yo lo he tratado algo en la universidad y es muy buen chico.

Aida se mostró sorprendida, pero en cuanto Fernando empezó a referir la historia de su amistad con su hermano, que era su hermano mayor, se acordó que debía de llamarlo para preguntar por él y de paso convencerle para que viniera ya que lo solicitaba este amigo suyo.

Aida, por su parte, escuchó complacida las frases amables de sus nuevas amigas hacia ella, correspondiendo como pudo. Y en prueba de entablar amistad Ana se dirigió hacia ella y la invitó a dar una vuelta por el casino y alrededor de los grandes salones donde la fiesta se preparaba ya para aquella noche.

La muchacha estaba encantada de ver cómo aumentaba el número de visitantes y también se interesó mucho en lo que Ana le decía, tanto que se olvidó de su pareja de la noche anterior. Pero la amistad es el mejor bálsamo contra un amor no correspondido y en general para las heridas del alma.

La conversación giró en torno a los temas habituales de las jóvenes, como el vestido, los bailes, las chanzas o bromas y algún flirteo entre ellas y algún chico. Ana, que era cuatro años mayor que Aida, y disponía de más experiencia que esta, aventajaba a su amiga en la discusión de dichos asuntos. Podía, por ejemplo, comparar los bailes de El Escorial con las modas de Madrid y hasta rectificar el gusto de Aida en lo que a última moda se refería, además de saber descubrir un flirteo entre personas que aparentemente no hacían más que intercambiar leves sonrisas.

Aida celebró semejantes dotes de observación, y el respeto que sintió por su nueva amiga casi hizo desaparecer de su ánimo sentimientos de vago temor que siempre provoca en ella lo desconocido. Pero la llaneza de trato de Ana y el placer que le inspiraba aquella amistad, en su lugar le produjo una tierna admiración por ella.

El creciente afecto que se profesaron entre ellas quedó confirmado cuando llegó el momento de separarse y entonces se dieron sus teléfonos y se despidieron con un cariñoso apretón de manos, no sin antes prometerse que se verían aquella noche en el teatro y que asistirían al día siguiente a la escuela de baile de salón en el monasterio.

Tras la despedida en la plaza exterior Ana salió hacia adelante primero y tras ella Aida unida con Sarah no pudo evitar mirarla por detrás y contemplar y admirar su gracia y elegancia y alegrarse de que el destino le hubiese dado la ocasión de trabar tal amistad.

Lorena, la madre de Ana era viuda, era una mujer amable pero una madre indulgente. Y en cierta forma había sido desfavorecida por la fortuna al morir su marido y de ella salía un prolijo relato de su sufrimiento con sus hijos cuando se intimaba más con ella. Aún así Ana era su favorita por su belleza indiscutible por el don de la naturaleza.

A pesar de hallarse muy ocupada aquella noche en el teatro en corresponder debidamente los saludos y sonrisas de Ana, Aida no se olvidó de recorrer la vista una y otra vez por la sala, en espera de descubrir a Christian. Fue en vano. Christian parecía no tener tanta afición al teatro. Más afortunada creyó ser al día siguiente al comprobar que era una mañana espléndida y tan pronto como pudieron Ana e Aida se reunieron en la plaza del pueblo para asistir a los

preparativos del próximo concierto.

Pero la aglomeración de la gente empezaba a resultar insoportable y por ello se marcharon al hotel Deluxe que tenía un balneario spa donde el ambiente era más refinado. Al menos podrían mirar el aspecto y la mayor distinción de la gente y tal vez sentarse incluso a tomar un café.

Allí Ana e Aida gozaron nuevamente de las delicias de la amistad. A veces se abrazaban o se cogían de la mano o se desataban. Hablaron eso sí mucho y con placer pero Aida vio una vez más defraudadas sus esperanzas de encontrarse con la pareja de baile de la primera noche. En los días siguientes lo buscó sin éxito en las tertulias de algunos cafés concurridos y volvió a los salones del monasterio y a la plaza para mirar entre la gente que iba andando. Lo cierto es que tenían sus teléfonos pero ella no quería ser la primera en llamarlo. En vez de eso pensó en su hermano, pensó en llamarlo ya que posiblemente le gustase reunirse con ellas y con el hermano de Ana ya que eran compañeros de estudio. Ella le dio a entender que su presencia sería muy buena para ella y para que él también disfrutase de ese verano y ambos quedaron comprometidos en verse a los días siguientes, ya que no era difícil desplazarse desde Madrid. Aunque no podría más que quedarse algunos días pues el fin de semana lo tenía ocupado trabajando en un bar cafetería.

Por otra parte había algo misterioso en la figura de Christian y en el hecho de no averiguar nada sobre él, aunque solo habían pasado cuatro días. Aida, sin embargo, habló de Christian en más de una ocasión con su nueva amiga, y como quiera que Ana siempre la animaba a seguir pensando en el joven, la impresión que en su ánimo este había producido no se debilitaba ni por un instante.

Desde luego, Ana se mostró segura de que Christian debía ser un chico encantador, así como Aida habría provocado en él tal admiración que no tardaría en verlo aparecer nuevamente. En verdad era muy oportuno que él estudiase en la universidad al igual que sus respectivos hermanos e incluso que estudiase la misma carrera que ellos. Ana se mostró partidaria de esa profesión que cada vez daba más títulos y al decirlo dejó escapar un profundo suspiro. Aida hizo mal, quizá, en no averiguar la causa de esa emoción de su amiga; pero Aida no quiso forzarla a una confidencia.

Sarah mientras tanto disfrutaba de su estancia pues al fin había encontrado a su otra amiga, Lorena o la madre de Ana. En verdad mostró afecto rápidamente por fomentar el trato entre ambas familias y en dejar que Aida y Ana ocupasen parte de su día en conversar entre ellas.

El desarrollo de la amistad de Ana e Aida fue tan rápido como espontáneos habían sido sus comienzos, pasando ambas jóvenes por las distintas gradaciones de ternura tan deprisa tal que al poco tiempo no les quedaba prueba alguna de amistad mutua que ofrecerse. Charlaban sobre sus vestidos en los bailes, y cuando el tiempo no favorecía sus salidas se encerraban para leer juntas alguna novela. Sí, novelas, llenando su mente de heroínas que su propia imaginación fabricaba.

Solo habían pasado ocho días de su amistad y aquella tarde habían acordado un encuentro, y como Ana llegó al menos cinco minutos antes que su amiga, su primera reacción al ver a esta fue:

—Aida bonita, ¿cómo llegas tan tarde? Llevo esperándote un siglo.

—¿De veras? Lo lamento realmente, pero creí que llegaba a tiempo. Confío en que no hayas tenido que esperar mucho.

—Pues debo de llevar aquí media hora. Da igual... Sentémonos y tratemos de pasarlo bien. Tengo mil cosas que contarte. Cuando me preparaba para salir temí por un instante que lloviese, y mis motivos tenía, ya que estaba muy nublado. ¿Sabes?, he visto un vestido precioso muy elegante y de color oscuro en un escaparate de Zara. Es muy parecido al tuyo, ése que llevaste aquella noche del baile. Tuve que contenerme para no comprarlo. Pero Aida, ¿qué has hecho esta mañana? ¿Sigues leyendo a Virginia Woolf? ¿Sigues leyendo Las olas?

—Eso es justamente lo que he estado terminando hasta convencerme que es la mejor escritora que he leído en lengua inglesa, pero solo he llegado al episodio del paseo de los amigos por el campo. Luego empecé con Jane Austen, y no he podido parar.

—¿De verdad? ¡Qué delicia...! ¿Cuál de ellas?

—Orgullo y prejuicio. Pero sólo he llegado hasta el episodio en que él se le declara pero ella lo rechaza por orgullo y porque no le cree digno.

—Ya, ya conozco esa escena. Y ¿no estás muerta por saber como sigue?

—¿Crees lo contrario? Pero no, no me lo digas como sigue; no quisiera saberlo por nada del mundo. Estoy convencida de que se trata de un malentendido... Te aseguro que me encanta el libro. Desearía pasarme la vida leyéndolo, y si no habría sido porque estabas esperándome, por nada del mundo habría salido de casa esta mañana.

—¡Aida, no sabes cuánto te lo agradezco! He pensado que cuando termines con este podríamos leer juntas Sentido y sensibilidad, y para cuando terminemos con éste tengo preparada una lista de cinco o seis títulos de la misma autora.

—¿De verdad? ¡Cuánto me alegra! Pero ¿tú tienes todos esos libros?

—Tengo una amiga que los tiene todos. Tienes que conocerla. Se llama Aura. Es una persona adorable. Se está haciendo un jersey de punto que es una preciosidad. Yo la encuentro admirable, y no entiendo cómo los hombres no sienten lo mismo. Yo se lo he dicho a algunos amigos e incluso he reñido a causa de ello.

—¿Has reñido porque no les gustaba?

—Naturalmente. No hay nadie en el mundo que sea capaz de hacer sino ayudar a mis amigas. Te aseguro que no soy de las que quieren a medias. Mis sentimientos son auténticos. Así el invierno pasado le dije a un amigo que conocimos en una fiesta que si él no quería bailar con mi amiga tampoco bailarían conmigo. Los hombres creen que nosotras las mujeres somos incapaces de sentir verdadera amistad las unas por las otras, y me he propuesto demostrarles lo contrario. Si, por ejemplo, oyese que alguien dice de ti algo poco halagüeño, saldría en tu defensa al instante; pero no es probable que algo semejante suceda, considerando que eres de esas chicas que siempre gustan a los hombres.

—¡Ay, Ana! ¿Cómo dices eso? —exclamó Aida ruborizada.

—Lo digo porque estoy convencida de ello: posees toda la viveza que a Aura le falta; porque debo confesarte que una chica algo sosa, la pobre. Ah, se me olvidaba decirte que ayer, cuando acabábamos de separarnos, vi a un joven mirarte con tal insistencia que sin duda debía de estar enamorado de ti.

Aida se ruborizó de nuevo y rechazó la insinuación.

—Es cierto, te lo juro —dijo Ana—; lo que ocurre es que no aceptas el hecho de que provocas admiración, porque salvo el nombre de aquel chico que no pronunciare... No, si no es nada, yo no me opongo —añadió en un tono más moderado—. Además, comprendo tus sentimientos. Cuando el corazón se entrega por completo a una persona, es imposible caer bajo el hechizo de otros hombres. Todo lo que no se relacione con el ser amado pierde interés, de modo que ya ves que te comprendo perfectamente.

—Pero no debieras hablarme de esa forma de Christian, es posible que nunca vuelva a verlo.

—¡Qué cosas dices! Si lo creyeses así serías infeliz.

—No tanto. Admito que me ha parecido un chico de trato agradable, pero mientras esté en condiciones de leer el Orgullo y prejuicio, te aseguro que no hay nada en el mundo capaz de hacerme desgraciada. Estoy convencida, Aida, de que hay un destino oculto en los personajes.

—A mí lo que me extraña es que no lo hubieras leído antes. ¿Acaso no se leen novelas en tu casa?

—De ningún modo; mi madre precisamente está leyendo la novela gótica *Ángeles de Drywall*. Pero en casa no tenemos muchas ocasiones de conocer obras nuevas.

—¿*Ángeles de Drywall*? Pero ¡si es una obra odiosa! Ahora recuerdo que Aura no pudo terminarla.

—Pues yo la encontré bastante entretenida; claro que no tanto como el *Orgullo y prejuicio*.

—Pues yo creía que era aburrida. Pero hablemos de otra cosa ¿Has pensado en el vestido que te pondrás esta noche? Ya sabes que los hombres se fijan mucho en ello y hasta lo comentan.

—¿Y qué puede importarles? —preguntó Aida con ingenuidad.

—¿Importarles? No, yo tengo por norma no hacer caso de lo que puedan decir. Estoy convencida de que a los hombres se les debe hablar con desdén y un poco de descarado, pues si no les obligamos a que se distancien ellos mismos se vuelven descarados y pierden hasta el deseo o la admiración que podían tener.

—¿Es posible? Pues te aseguro de que no me había dado cuenta de que fueran así. Conmigo siempre se han mostrado muy correctos.

—Calla, por favor; se dan unos aires... Son los seres más pretenciosos del mundo... Pero a propósito de ellos, jamás me has dicho, y eso que he estado a punto de preguntártelo muchas veces, cuál es tu tipo de chico, cuál te gusta más el rubio o el moreno.

—Pues la verdad es que nunca he pensado en ello. No creo que esa sea la característica que me importe más, pero te diré que prefiero a los que no son ni muy rubios ni muy morenos.

—Veo, Aida, que no me equivocaba. La descripción que me acabas de hacer responde a la que antes me hiciste de Christian: pelo castaño y ojos claros. Mi gusto es distinto al tuyo: prefiero los rubios; pero espero que si algún día ves a alguno que responde a esta descripción no traiciones mi confianza.

—¿Traicionarte? ¿Qué quieres decir?

—Nada, nada, no me preguntes más; me parece que ya he hablado demasiado. Cambiemos de tema.

Aida, algo asombrado, obedeció, y después de breves minutos de silencio se dispuso a volver sobre lo que en ese momento más le interesaba en el mundo, el carácter orgulloso de los personajes de Jane Austen y qué se ocultaba tras ello, además de ignorancia o de vulnerabilidad. Cuando de repente su amiga la interrumpió diciendo:

—Por favor, marchémonos de aquí. Hay dos jóvenes insolentes que no dejan de mirarme desde hace un rato. Vayámonos, pues no creo que se atrevan a seguirnos.

Se marcharon, pues, a examinar los libros y revistas que posaban en una estantería del hotel en la entrada a un salón de reuniones, mientras Aida se encargó de la tarea delicada de vigilar a la pareja de alarmantes admiradores.

—Vienen hacia aquí. ¿Será posible que sean tan impertinentes como para seguirnos? Avísame si ves que se dirigen hacia aquí; yo no pienso levantar la cabeza de este libro.

Después de breves instantes, Aida pudo, con gran satisfacción por su parte, asegurar a su amiga que podía recobrar la perdida tranquilidad, pues los jóvenes en cuestión habían desaparecido.

—¿Hacia dónde han ido? —preguntó Ana, volviendo rápidamente la cabeza—. Uno de ellos era muy guapo.

—Se han dirigido hacia la plaza del centro.

—Al fin se han decidido a dejarnos en paz. ¿Te apetece ir a Zara a ver el vestido que quiero comprarme?

Aida se mostró de acuerdo con la propuesta pero no pudo por menos de expresar su temor de que volvieran a encontrarse con los dos jóvenes.

—No te preocupes por eso. Si nos damos prisa podremos alcanzarlos y pasar de largo. Me muero de ganas de enseñarte ese vestido.

—Si aguardamos unos minutos no corremos el riesgo de cruzarnos con ellos.

—De ninguna manera; sería hacerles demasiado favor; ya te he dicho que no me gusta halagar tanto a los hombres. Si están tan consentidos es porque algunas mujeres lo miman en exceso.

Aida no encontró razón alguna que oponer a aquellos argumentos, y para que Ana pudiera hacer alarde de su independencia y su afán de humillar al sexo opuesto, salieron a toda prisa en busca de los dos jóvenes.

Capítulo 4

Medio minuto más tarde llegaban las dos amigas al arco que hay enfrente de la plaza principal, donde tuvieron que detenerse súbitamente, ya que esta parte de la población era muy concurrida todos los veranos, además de desembocar la calle en los accesos para salir hacia Madrid, y raro es el día que debido al tráfico las personas no quedan un largo rato detenidas en las aceras. Ana experimentó los inconvenientes derivados de esta circunstancia, y se lamentó de ello. En el momento que tenía a la vista a los dos admiradores, que cruzaban la calle sorteando algunos vehículos, se vio de repente detenida por un autobús de turistas donde el chófer, por demás osado, se subió a los adoquines de la acera causando evidente peligro para los peatones.

—¡Odio estos autobuses! —exclamó—. Los odio con toda mi alma.

Pero aquel odio tan justificado fue de corta duración, ya que al mirar de nuevo volvió a exclamar, esta vez llena de gozo:

—¡Cielos! Tu hermano y el mío.

¡Vaya! Federico... —dijo casi al mismo tiempo Aida.

Al ser observadas por los dos chicos, éstos refrenaron la marcha de su vehículo con cierta vehemencia por la sorpresa.

Aida, para quien aquel encuentro era totalmente inesperado, saludó con grandes muestras de cariño a su hermano, correspondiéndola él del mismo modo. Pero las ardientes miradas que Ana dirigía al joven pronto distrajeron la atención de este de su hermana, obligándolo a fijarla en la bella joven con una turbación tal que, de ser Aida tan experta en conocer los sentimientos ajenos como lo era en apreciar los suyos, habría advertido que su hermano encontraba a Ana tan guapa o más de lo que ella misma pensaba.

Fernando que hasta ese momento había estado ocupado maniobrando con el coche ya que había quedado un hueco en la acera para aparcar, se presentó, una vez aparcado, al grupo y entonces fue Aida objeto de las miradas y los elogios, mientras que Ana hubo de contentarse con un somero saludo y un beso fraterno.

Fernando era de mediana estatura y con algún michelín ya que le gustaba la cerveza San Miguel. Su aspecto no obstante no era vulgar si se preocupaba de ser fino en sus modales. En realidad se creía guapo cuando usaba esos polos de marca. Sacó de repente el reloj y exclamó:

—¡Vaya! ¿Cuánto tiempo dirás, Ana, que hemos tardado en llegar desde Madrid? ¿Qué te parece a ti, Aida?

—¿Qué distancia hay? —preguntó Aida.

—Su hermano contestó que había sesenta y tres kilómetros.

—¿Sesenta y tres kilómetros? —dijo Fernando. Sesenta y cinco, como mínimo.

Federico pretendió que rectificase, basándose para ello en las declaraciones incontestables del mapa de Google; pero su amigo se mantuvo firme en sus trece, asegurando que él tenía pruebas más incontestables aún.

—Yo sé que son sesenta y cinco —afirmó— por el tiempo que hemos invertido en recorrerlos. Hemos ido a ochenta por hora parándonos en las últimas rotondas por las aglomeraciones y hemos tardado más de dos horas en llegar cuando lo normal sería una hora.

—Creo que has contado mal con el reloj —replicó Federico—. El retraso es sólo de media hora.

—¿Estás equivocado! Precisamente me detuve en contar los minutos. Su hermano, Aida, querrá convencerme de lo contrario, pero no tenéis más que ver la hora que es. ¿Dos horas para recorrer sesenta y cinco millas? ¿Y cuánto hemos gastado de combustible? Miren el coche.

—Pues la verdad es que está cubierto de barro en los parachoques.

—¿Cubierto de barro?

—Eso es porque no lo has lavado desde hace seis meses —empezaron entre ellos una discusión bizarra que no llevaba a ninguna parte—.

—¿Qué te parece a ti el coche, Aida? Lo tengo hace solo un año. Se lo compré a un compañero de la facultad. ¿Verdad que es un modelo admirable? Este chico el pobre necesitaba el dinero porque había perdido el trabajo temporal y no podía pagar la renta. Finalmente acepté porque me ofreció un buen precio. ¿Y cuánto te parece que me pidió, Aida?

—La verdad, no lo sé.

—Tres mil euros. Como habrás visto el coche está excelente. Enseguida cerré el trato.

—Te felicito por la transacción —dijo Aida— pero la verdad sé tan poco de coches que me resulta imposible juzgar un precio adecuado.

—Ni lo uno ni lo otro, quizá hubiera podido comprarlo por menos, pero no me gusta regatear, y a este pobre amigo le hacía falta el dinero.

—Pues fue muy amable por tu parte —dijo Aida.

—¿Qué quieres si no? Siempre hay que ayudarse si se tiene la ocasión.

A continuación los jóvenes preguntaron a las muchachas hacia dónde se dirigían, y al contestar estas que a Zara, resolvieron acompañarlas y de paso luego ir a ver a Sarah y su marido para saludarlos, ya que Fernando y Germán llevaban algunos negocios juntos, sobre todo de inversiones financieras. Compraban a un precio y vendían a otro. Todo ello les había llevado gustosamente hasta allí, aunque querían también pasar el tiempo amistosamente y divertirse con la agradable compañía de las chicas.

Ana y Federico se adelantaron entonces y tan satisfecha se encontraba ella, tanto afán ponía en resultar agradable para aquel hombre, a cuyos méritos añadía el ser amigo de su hermano y hermano de su amiga; sus sentimientos eran tan libres y sin ánimo de coquetería, que cuando llegaron dos calles más adelante y vio a los dos jóvenes admiradores del hotel, se guardó de atraer su atención y no volvió la cabeza en dirección a ellos más que tres veces. Fernando seguía a su hermana, escoltando al mismo tiempo a Aida, a quien pretendía entretener nuevamente con el asunto del coche.

—Mucha gente calificaría —dijo— la compra de negocio exitoso, y, en efecto, de haberlo vendido al día siguiente habría obtenido otros mil euros de ganancia. Jaime, otro compañero de facultad, me ofreció cuatro mil por el. Federico estaba delante cuando me hizo la proposición.

—Sí —convino Federico, que había oído a su amigo—. Pero, si mal no recuerdo, ese precio incluía todos los accesorios y el equipo de música nuevo.

—¿El equipo? El equipo vale más de mil y todo lo que se le ha puesto para hacerlo descapotable fácilmente. ¿A ti te gusta pasear en coche descapotable, Aida?

—Nunca he tenido la ocasión de hacerlo, pero sí, me gusta mucho.

—Me alegro y te prometo sacarte en él todos los días, si quieres.

—Gracias —dijo Aida confusa, ya que no sabía si debía aceptar la propuesta o no.

—Mañana mismo la llevaré a visitar el monumento del valle de los Caídos. Se cuenta que

ahora van a desplazar los restos del general. Si no aprovechamos, luego no se podrá visitar.

—Muchas gracias, pero no es necesario. No tengo demasiado afecto por ese monumento. Además debe dejar el motor del coche descansar algo.

—No, el motor del coche no tiene que descansar. Tiene un buen motor y puede funcionar todo el tiempo. De hecho, pienso sacarlo todos los días. Y me comprometo, si quieres, a llevarte a ver el monumento.

—¡Qué agradable proposición! —exclamó Ana, volviéndose—. Te envidio, Aida, porque... supongo, Fernando, que no tendrás sitio para dos personas más.

—Sí, podéis sumaros. Y estaremos todos acoplados. Pero no he venido solo a pasear a mi hermana. Me gustaría que Aida se animase también.

Tales palabras provocaron un intercambio de cumplidos entre hermanos, del que Aida no logró oír el final. La conversación de su acompañante, por otra parte, se convirtió finalmente en comentarios breves y terminantes acerca de la figuras y los rostros de los viandantes y sobre todo de cuantas mujeres se cruzaban en su camino. Aida después de escucharlo unos minutos sin atreverse a contrariarlo ya que parecía que tenía una opinión autorizadísima en materia de bellezas, trató de girar la conversación hacia otros derroteros, formulando una pregunta relacionada con aquello que ocupaba por completo su imaginación.

—¿Has visto la película Orgullo y prejuicio, basada en Jane Austen? Ahora está en películas. Yo la estoy leyendo en novela y me agrada mucho más.

—¿Orgullo y prejuicio? Sí, esa película protagonizada por esa bella actriz, pero no recuerdo su nombre. Pero yo jamás leo novelas y la película creo que tampoco la he visto.

Aida, algo humillada y confusa en sus gustos en literatura, iba a excusarse, cuando el joven la interrumpió diciendo:

—Yo no leo ese género. Prefiero obras de investigación, o bien de ciencia ficción. Por ejemplo he leído Divergente. Se trata de mundos futuros donde cabe la tiranía del pasado.

—Pues yo creo que si leyera Divergente no me gustaría. Me parece todo artificial.

—Seguramente no. Pero de leer algo de tu género, seguramente leería a Dan Brown, aunque no siempre liga con la chica. Pero sí tiene bastante interés argumental.

—¿Por qué supones que yo quiero que ligue con la chica? Te aseguro que no —exclamó Aida titubeando un poco por temor a ofender con sus palabras al joven.

Esta disertación sobre crítica literaria les llevó hasta la puerta misma de la casa apartamento donde se hospedaba Lorena, la madre de Fernando, y los sentimientos "imparciales" del lector de Dan Brown hubieron de transformarse en los de un hijo afectuoso con su madre, que había bajado a recibirlos en cuanto los vio llegar.

—Hola, mamá —dijo él, dándole al mismo tiempo un abrazo—. ¿Dónde has comprado ese vestido con tantos volantes? Pareces una drag queen. Pero, mira qué cosa. Hemos venido yo y mi amigo Federico. A ver dónde nos podemos acoplar si en este o en otro apartamento.

A juzgar por la alegría que reflejaba el rostro de Lorena, tales palabras debieron satisfacer en gran medida sus anhelos maternos. A continuación pasó a cumplimentar su afecto interesándose por el aspecto de su rostro llegando a decirle que la encontraba desfavorecida y un poco fea con tanto maquillaje.

Estos modales desagradaron enormemente a Aida, pero se trataba de un amigo de Federico y hermano de Ana, y sus escrúpulos quedaron luego más apaciguados ante el comentario de esta, quien, al encaminarse ambas a la tienda de modas, le aseguró que Fernando la encontraba encantadora.

Dicha afirmación fue corroborada por la actitud del propio Fernando, quien le pidió que aceptase ir con él al concierto de aquella misma noche. Si hubiera tenido más años y más vanidad, este hecho habría surtido el efecto contrario, pero cuando en Aida se unían la juventud y la timidez era preciso que fuese extraordinariamente centrada para resistir el halago de oírse llamar "la mujer más encantadora del mundo" y de verse solicitada de ese modo.

Consecuencia de ello fue que al verse solos los hermanos cuando se marcharon hacia la casa donde se hospedaba con Sarah y Germán, Federico preguntó a Aida:

—Y bien, ¿qué opinas de mi amigo Fernando?

Aida, en lugar de contestar como habría hecho de no mediar una relación de amistad de su hermano y cierto estado de fascinación, respondió sin pensárselo dos veces:

—Me agrada mucho, parece muy sincero y amable.

—Es un chico excelente —apuntó Federico—; tal vez hable demasiado, pero eso a las mujeres os gusta. Y el resto de su familia, ¿qué te ha parecido? Desgraciadamente la madre es viuda.

—Sí ya, es triste, pero me han parecido encantadores, en particular Ana.

—Me alegra oírtelo decir, porque es precisamente la clase de chica cuya compañía te conviene frecuentar. Tiene buen sentido y naturalidad. Ella me ha hablado de ti ahora por el camino en términos muy elogiosos, y esto, viniendo de alguien como ella, debería enorgullecerte, Aida —dijo Federico, apretando afectuosamente la mano de su hermana.

—Y me enorgullece —contestó Aida—. Aprecio mucho a Ana, y me alegro de que a ti también te agrade. Como nunca me dijiste nada pero ahora me dices que la conocías de antes de haber salido por Madrid de fiesta junto con su hermano y un grupo de gente. Por eso no sabía ni tuve modo de suponer que te habría impresionado tanto.

—No te lo dije pero sí te lo confío ahora. Espero que os veáis a menudo mientras dura vuestra estancia aquí. Ana es, como antes dije, una chica muy amable, y también muy inteligente y sensata. Su familia la quiere mucho. En realidad, todos los que la conocen quedan encantados con ella, ¿verdad?

—Así es. Germán ha dicho que es la chica más bonita que se pasea por este pueblo esta temporada.

—No me extraña tratándose de Germán, a quien considero una autoridad en materia de belleza femenina. Por lo demás, Aida, me alegra comprobar que estás contenta en El Escorial, y no me extraña, ya que todos se muestran amables contigo.

—Sí, todos sois muy cariñosos, y puedo asegurarte que nunca he estado tan contenta como ahora. Además te agradezco enormemente que hayas venido también para verme.

Federico aceptó estas palabras de gratitud, no sin disculparse ante su conciencia, y dijo con tono afectuoso:

—Verdaderamente, te quiero mucho, hermanita.

Siguieron luego las lógicas preguntas acerca de la familia, además de que siguieron hablando un poco más sobre sus asuntos íntimos, y así, hablando sin más que una breve digresión para volver a alabar a su amiga, llegaron a la casa donde se hospedaba Aida con Sarah, donde el joven fue recibido con gran cariño por Sarah y Germán. Acto seguido aquél lo invitó a comer en uno de los mejores restaurantes donde podrían hablar de sus asuntos y se marcharon dejando a las mujeres que estaban más ocupadas sobre todo en los asuntos domésticos del baile y concierto de esa noche. No obstante, antes de separarse quedó especificado de manera clara y concreta en dónde debían reunirse esa noche en la plaza central.

Capítulo 5

De los sesenta minutos que componen una hora, Aida no pudo dedicar más que uno al recuerdo de la felicidad que suponía el que la hubieran invitado a salir y a bailar.

El interés absorbente de la lectura de *Orgullo y prejuicio*, y de que Sarah se encontraba agobiada por la premura de tiempo y debía hacer dos o tres arreglos al vestido, la mantuvieron entretenida hasta que llegó el momento de presentarse con la familia en el escenario del concierto.

Vio que Federico se había unido a la familia de Ana. Esta, después de saludar a su amiga con amabilidad y de admirar de inmediato el traje de Aida, tomó de esta la mano, bromeando y haciendo pellizcos en la mano y sonrisas ante la falta de ideas que caracterizaba su conversación.

Pocos minutos después de llegar dio comienzo la actuación musical, y Federico que había invitado a bailar a Ana la reclamó al baile, pero ella, que vio que su hermano se había apartado de ellos porque se encontraba hablando con otro conocido, no quiso dejar esperando sola a Aida, y le pidió esperar.

—Es mejor —le dijo a Federico— que esperemos a mi hermano, de lo contrario es posible que el resto de la noche estemos separados y no nos encontremos.

Aida aceptó con enorme gratitud la propuesta de su amiga, y por espacio de unos minutos permanecieron allí los tres, hasta que Ana, tras cuchichear brevemente con Federico, se volvió hacia Aida y, mientras se levantaba de su asiento en el bar, le dijo:

—Aida, tu hermano tiene tal prisa por bailar que me veo obligada a dejarte sola por unos momentos. No hay manera de convencerlo de que esperemos. Supongo que no te molestará el que te deje, ¿verdad? Además, estoy segura de que Fernando no tardará en venir a buscarte.

Aun cuando a Aida la idea de esperar no le agradó del todo, era demasiado buena para oponerse a su amiga, y en vista de que algunas parejas se reunían en el centro de la pista, Ana le oprimió cariñosamente el brazo y con un afectuoso "Nos vemos luego, Aida", se marchó a bailar. Y ella quedó con la única compañía de sus amigas, la madre de Ana y Sarah. Y no podía disimular que le molestaba que Fernando se retrasara para el baile y estaba obligada a representar el papel de otras jóvenes que se agolpaban en la pista y aún no habían encontrado con quien bailar. Pero era digno de Aida el conservar su corazón limpio aún si tuviese que sufrir algún desprecio. Su fortaleza, que reveló en estas circunstancias, la dignificó y ennoblecó más. En tal difícil momento, Aida dio pruebas de su fortaleza de espíritu al no permitir que de sus labios surgiese la más leve queja.

De tal situación vino a salvarla diez minutos más tarde la inesperada visión de Christian, el joven distraído pasó muy cerca de ella; pero iba tan ocupado charlando con otra chica hermosa, que no reparó en Aida ni pudo apreciar, por lo tanto, la sonrisa y el rubor que en el rostro de ella había provocado su inesperada presencia. Aida lo encontró tan distinguido como la primera vez que le habló, y supuso, desde luego, que aquella mujer sería su hermana, porque algo le comentó sobre ella la primera vez, cuando hablaron de su afición a las telas y los vestidos. Pero no se le ocurrió pensar o transformar su sentimiento en amor imposible suponiendo que él estuviera ya comprometido. Se dejó guiar por su sencilla imaginación y dio por sentado que no debía tener novia quien se había dirigido a ella en forma tan distinta de como suelen hacerlo otros conocidos

que estaban casados o con novia. De estarlo, habría mencionado alguna vez a su mujer, tal como había hecho respecto a su hermana. Tal convencimiento la indujo a creer que debía ser su hermana, evitándose con ello que, presa de la agitación recurriera a lamentarse a Sarah, pero en lugar de ello estuvo erguida y en perfecto uso de sus facultades, sin dar más prueba de la emoción que la embargaba que un ligero rubor de mejillas.

Christian y su pareja se aproximaron lentamente, precedidos de una señora que se dirigía también hacia la madre de Ana para saludarlo. La pareja hizo otro tanto, momento en que Christian saludó a Aida con una amable sonrisa y estrechando su mano. La muchacha correspondió el gesto con infinito placer y entonces él, avanzando aún más, se acercó hasta Sarah, quien contestó muy gentilmente a su saludo.

—Me alegra verlo de nuevo; temíamos que se hubiese marchado de El Escorial.

El joven agradeció aquel cumplido y le informó de que se había "visto obligado" a ausentarse por unos días después de haberlas conocido.

—Estoy segura que no lamentara el haber regresado, pues no hay mejor lugar que este, y no sólo para la gente joven, sino para todo el mundo. Cuando mi marido se queja de que prolongamos demasiado nuestra estancia aquí, le digo que hace mal en lamentarse, pues en esta época del año el lugar donde vivimos es de lo más aburrido, y, al fin y al cabo, supone una suerte para nosotros poder asistir a los spa y nuevos balnearios donde recuperar la salud.

—Seguro que la gratitud de verse aliviado hará que su marido le tome afición al balneario nuevo. Creo que es el que está en el hotel Deluxe.

—Sí y estoy segura que así será. Yo tengo un vecino que estuvo aquí el año pasado y te aseguro que regresó completamente restablecido.

—Pues imagino que este ejemplo es un buen aliciente.

—Sí, pero el caso es que el estuvo más de un mes y por eso no debemos tener prisa en marcharnos.

Tal conversación se vio interrumpida por Lorena, quien les rogó que dejaran lugar para que se sentasen junto a ellas la señora amiga de ambos y la hermana de Christian, que quería conocer y presentarse al grupo. Así hicieron y al cabo de unos momentos de silencio Christian propuso a Aida salir a la pista de baile, pues tenían pendiente desde la primera vez un baile.

La muchacha lamentó profundamente no estar animada y que esperaban a alguien, y, en ese momento, fue cuando Fernando quien se acercó a ella que también reclamaba su lugar junto a ella para sacarla a bailar por haberlo comprometido antes. A ella le habría parecido exagerado y mortificante el que él se mostrase pesaroso pero fue tal la indiferencia con que Fernando disculpó su ausencia y su retraso que esto puso de mal humor a Aida, y ni siquiera fingió prestar atención a lo que aquel le contaba, y que estaba relacionado, principalmente, con los perros que poseía un amigo a quien acababa de ver y de un proyectado intercambio de cachorros; todo lo cual interesó tan poco a Aida que no podía evitar dirigir una y otra vez la mirada hacia el grupo de señoras donde se había quedado Christian.

Pero mientras pensaba en la contrariedad que supone a veces citarse con alguien y luego separarse de otros amigos, fue entonces Sarah quien con la otra señora se acercaron y presentaron a Aida a la hermana de Christian, a Livia.

—No sabemos dónde ha ido su hermano y os pido que dejéis que se sume también al grupo para bailar a Livia, su hermana.

Aida fue la persona más dispuesta a complacerla. Ambas muchachas fueron presentadas, y mientras una le agradecía la acción, la otra no hacía sino restarle valor. Y le preguntaba adonde se

había dirigido su hermano pues lo había perdido de vista. Aunque ella no lo sabía.

Livia poseía un rostro de facciones agradables y una bonita figura, y si bien carecía de la arrogante belleza de Ana, resultaba, en cambio, más distinguida y elegante que esta. Sus modales eran refinados y su comportamiento ni excesivamente tímido ni afectadamente fresco, con lo cual resultaba alegre, bonita y atractiva. Y desde luego podía llamar la atención de cuantos jóvenes la miraban y no necesitaba hacer vehementes demostraciones de contrariedad o de placer. Aida, que se mostró sumamente interesada en la joven por su parecido con Christian y el parentesco que la unía a este, trató de fomentar aquel conocimiento hablando con animación apenas encontraba algo que decir y la oportunidad de decirlo. Pero solo pudieron hablar limitadas por la conversación dentro del baile a dedicar algunas frases elogiosas a los monumentos de la población y a la belleza de los alrededores y a indagar sobre sus gustos musicales.

Apenas hubo terminado una de las canciones de la banda musical, Aida sintió que alguien le oprimía el brazo; se volvió y comprobó que se trataba de Ana, quien con gran regocijo exclamó:

—¡Por fin te encuentro, Aida! Hace media hora que te busco. ¿Cómo se os ha ocurrido bailar en esta esquina sabiendo que yo estaba en el otro lado? No sabes cuánto deseaba encontrarme contigo.

—Pero Ana —repuso Aida—, ¿cómo querías que me reuniese contigo si no tenía ni idea de dónde estabas?

—Lo mismo le dije a tu hermano, pero no quiso hacerme caso. "Ve tú a buscarla, Federico", le pedí, y él sin querer complacerme. ¿No es cierto, Federico? Pero los hombres son tan perezosos... advierto que he estado riñéndole todo el tiempo; ya sabes que en ciertos casos suelo prescindir de toda la etiqueta.

—¿Ves a esa muchacha del vestido blanco? —musito Aida al oído de Ana, en un aparte—. Es la hermana de Christian.

—¿Qué dices? ¿Es posible? A ver, deja que la mire. ¿Qué chica tan encantadora? Jamás he visto una mujer tan bonita. Y su conquistador y todopoderoso hermano, ¿dónde está? Enséñamelo; me muero por conocerlo. Federico, te prohíbo que escuches lo que hablamos; entre otras cosas porque no se refiere a ti.

—Pero ¿a qué viene tanto secreto? ¿Qué ocurre?

—Ya está. ¿Cómo era posible de que no pretendiera enterarse? ¿Qué curiosos son los hombres! Y luego tachan de curiosas a las mujeres... Ya le he dicho que lo que hable con mi amiga a él no le interesa.

—¿Y crees que con semejante argumento yo puedo quedar satisfecho?

—Es el colmo... Jamás he visto cosa igual. ¿Qué puede importarte nuestra conversación? Además, como podría ocurrir que mencionásemos tu nombre, será preferible que no escuches, no sea que oigas alguna cosa que no te agrade.

Tanto duró aquella discusión insustancial que el asunto que la provocó quedó relegado al olvido, y aun cuando Aida se alegró de ello, no pudo por menos de asombrarse ante la falta de interés que por Christian mostró repentinamente Ana. Ya hacía tiempo que empezaron a sonar las notas de una nueva canción y Federico pretendió apartarse a un lado para seguir bailando con Ana, pero esta, resistiéndose, exclamó:

—De ninguna manera, habíamos dicho que alternaríamos los bailes y no se podría repetir la misma pareja. Y además es lo que manda la costumbre en estos bailes de parejas o verbena.

—Te aseguro —insistió Federico— que en esta clase de bailes de orquesta uno puede bailar con cualquiera.

—¡Qué disparate! Eres tozudo de verdad. Cuando un hombre se empeña en una cosa no hay quien lo convenza de lo contrario. Aida, ayúdame a pedirle a tu hermano, te lo ruego. Haz el favor de decirle, incluso a ti te sorprendería incurrir en semejante ruptura de las reglas. ¿Verdad que te parecería mal?

—Pues lo cierto es que no; pero si para ti es un problema, puedes cambiar de pareja.

—Ya has oído a tu hermana —dijo Ana dirigiéndose a Federico—. Imagino que habrá bastado para convencerte. ¿Que no? Está bien, pero piensa en ello, si nos censuran todos los demás bailarines. Aida, no me abandones, te lo suplico.

Y con estas palabras Ana se marchó acompañada de Federico. Como poco antes había hecho lo propio Fernando, ahora fue Aida quien se encaminó sola hacia donde estaban las señoras deseosa de ofrecer a Christian la ocasión de que repetirse la agradable petición de bailar que antes le había dirigido. Pero se llevó una desilusión.

—Hola, preciosidad —le dijo la madre de Fernando, que quería oír elogiar a su hijo— ¿Te ha resultado agradable la compañía de Fernando?

—Mucho, sí, Lorena.

—Me alegro, es un gran chico, ¿no te parece?

—¿Has visto a Christian, hija mía? —intervino Sarah.

—No,... ¿Dónde está?

—Hasta hace un momento estaba aquí, pero dijo que se cansaba de mirar y que iba a bailar. Supuse que había ido en busca tuya.

—¿Dónde estará? —se preguntó en voz alta Aida buscando por todas partes, hasta que al fin lo vio acompañado de una bella chica.

—¡Ay!, ya tiene pareja —exclamó Sarah—. ¡Qué lástima que no te haya invitado a ti! —Hizo una pausa y añadió—. Es un chico muy brillante, ¿verdad?

—Sí que lo es, Sarah —comentó Lorena.

—No lo digo porque sea su madre, pero en el mundo existe un muchacho más amable y simpático.

Semejante afirmación habría dejado confusas a otras personas, pero no desconcertó a Sarah, quien, tras titubear por un instante, dijo luego en voz baja a Aida:

—Por lo visto ha creído que me refería a su hijo.

Aida estaba desolada. Por retrasarse unos minutos había perdido la ocasión que desde hacía tanto tiempo aguardaba. Su desengaño la impulsó a tratar con desdén a Fernando cuando este, acercándose poco después, le dijo:

—Bueno, Aida, supongo que estarás dispuesta para bailar otra canción.

—No, muchas gracias —contestó ella con tono áspero—. Te lo agradezco pero estoy cansada y por esta noche no pienso bailar más.

—Vaya... En ese caso nos pasaremos y nos reiremos de los demás. Hace más de media hora que vengo observando a un grupo muy bromista. Si quieres, te lo enseñaré.

La muchacha se excusó de nuevo y, al fin, logró que Fernando se marchara a bromear con otra gente. El resto de la velada fue para Aida extremadamente aburrido. Christian tuvo que ausentarse del grupo porque su pareja de baile que irse y le pidió si podía acompañarle un poco hasta llegar cerca de su casa para no tener que volver sola. Mientras que su hermana, Livia, no se separó de allí, pero no tuvo ocasión de cambiar con ella frase alguna. En cuanto a Federico y Ana, se veían tan enfrascados charlando, que esta no pudo dedicar a su amiga del alma más que una sonrisa, un apretón de manos y un "querida Aida".

La desdicha de Aida pasó aquella noche por las siguientes fases: primero, descontento general con cuanto la rodeaba en el escenario de baile; luego, un tedio insuperable, y, finalmente un deseo imperioso de marcharse a casa.

—Y al llegar a casa sintió algo de hambre y trató de cenar algo, y luego sintió deseos de acostarse. Esto último supuso el fin de su tristeza, pues una vez en la cama logró dormirse, para despertar, tras nueve horas de sueño, completamente repuesta de cuerpo y de espíritu, animada, contenta y dispuesta a llevar a cabo los planes más ambiciosos. Su primer impulso fue el de intentar no renunciar a su amistad con Christian, y para lograrlo iría a buscarlo por el pueblo y los salones de baile e incluso los salones terapéuticos del spa o balneario. Puesto que allí solían acudir todos los nuevos visitantes atraídos por la novedad y la satisfacción que ofrecía el éxito del tratamiento, y como quiera que resultaba propicio para entablar relaciones, pues todo invitaba a charlar y a tratar amablemente a la gente. E incluso supuso o pensó podría lograr entablar una nueva e interesante amistad.

Capítulo 6

Resuelto el plan de acción para aquella mañana, se sentó satisfecha a desayunar, una especie de brunch o desayuno con salmón ahumado, charcutería y huevos revueltos; y luego se puso a leer al mismo tiempo, decidida a no interrumpir su lectura hasta después de la una, sin que las observaciones de Sarah consiguieran incomodarla ni distraerla en absoluto. Ya que no pudiendo sostener una conversación de algo enjundioso, Sarah satisfacía sus ansias de hablar haciendo en voz alta comentarios acerca de cuanto pasaba en torno de ella, sirviendo de pretexto cualquier cosa banal, la rotura de una aguja, una mancha en el traje, el paso de un coche, sin preocuparse jamás de que la escuchasen ni, mucho menos, de que se molestaran en contestar.

Al dar las doce y media, un ruido de coche que se detenía a la puerta de la casa llamó la atención de Sarah, que se asomó a la ventana, y apenas informó a Aida de que se había detenido un vehículo y que salían de él Fernando y Ana, dicho joven, después de apearse con rapidez sorprendente y de subir de dos en dos las escaleras, se presentó en la estancia diciendo:

—Ya estoy aquí, Aida. ¿Hace mucho que espera? Nos ha sido imposible llegar antes pues el demonio del coche no arrancaba por lo que hemos tenido que ponerle un biberón en la batería y ha tenido que venir la grúa. ¿Cómo estás, Sarah? Buen baile el de anoche, ¿eh? Vamos, Aida, no perdamos tiempo, que los otros tienen gran prisa por salir.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó Aida—. ¿Adónde queréis ir?

—¿Cómo que adónde queremos ir? ¿Te has olvidado del paseo que proyectamos ayer? ¿No decidimos que hoy por la mañana saldríamos en coche? ¡Qué cabeza la tuya! Vamos al Valle de los Caídos.

—Sí; ahora recuerdo que hablamos de ello —convino Aida mirando a Sarah como para pedirle opinión—. Pero yo, la verdad, no os esperaba...

¿Que no nos esperabas? Pues ¡sí que la hemos hecho! En cambio, si no hubiéramos venido, bien que nos lo habría reprochado, ¿eh?

Las súplicas silenciosas que Aida dirigía con la mirada a su amiga pasaban inadvertidas para esta.

Dado que a Sarah jamás se le habría ocurrido transmitir una impresión por medio de una mirada, no era fácil que comprendiera el que otras personas empleasen para tal fin los ojos.

De modo que Aida, pensando que el placer de dar un paseo en coche compensaba la necesidad de demorar su encuentro con Christian, y persuadida de que no podía llegar a dar que hablar un paseo en coche con Fernando, y que no estaría mal visto, ya que también Ana se paseaba con su hermano, se decidió entonces a hablar claro a Sarah y pedirle su consejo.

—Bueno, Sarah, ¿qué te parece que haga? ¿Acepto la invitación?

—Haz lo que quieras, hija mía —contestó Sarah con su acostumbrada y tranquila indiferencia.

E Aida, siguiendo sus consejos, salió de la habitación para cambiarse de traje. Pocos minutos después, y mientras las dos personas que quedaban en la estancia se entretenían en elogiarla, la muchacha volvió a presentarse, y Fernando, después de que Sarah les deseara un feliz regreso, condujo a la joven a la puerta de la calle.

—Aida, guapísima —dijo Ana, a quien Aida se apresuró a saludar antes de subir al coche—.

Has tardado dos horas en arreglarte. Temí que te hubieras indispuerto. ¡Qué baile fantástico, el de anoche! Tengo mil cosas que contarte, pero no nos entretengamos más, sube al coche que estoy deseando partir.

Aida complació de inmediato a su amiga, sentándose en el asiento de delante, al lado del conductor, que lo habían reservado para ella; y Ana en ese mismo instante le dijo a su hermano Federico que se situaba en el asiento trasero:

—¡Qué criatura tan encantadora! No sabes lo mucho que la quiero.

—No te asustaras si ves que el coche hace algún ruido en el tubo de escape, tengo que cambiarlo pero no me ha dado tiempo. A veces hace un traqueteo ensordecedor. No puede decirse que sea un defecto. Es sólo un ruido juguetero pero no afecta al mecanismo.

Aida no encontró nada tranquilizadoras estas palabras, pero era demasiado joven para atreverse a demostrar que tenía miedo, y se adentró en el coche sin pronunciar palabra. Y él se sentó en el asiento del conductor, poniendo el motor en arranque. Pero por gran sorpresa de parte de Aida vio que el coche echó a andar de una forma ejemplar y sin ruidos. Fernando dijo que ello obedecía a la maestría con que lo guiaba. Aida no pudo por menos de sorprenderse de que estando tan seguro de sí mismo le hubiera transmitido motivos de alarma, pero ello no impidió que ella se alegrara de estar en manos de tan experto chófer. Y teniendo en cuenta de que a partir de ese momento el coche siguió mostrando un funcionamiento normal, y que por lo general era capaz de ir a cien kilómetros por hora sin contratiempos, la muchacha decidió disfrutar con toda tranquilidad del aire tonificante que les ofrecía aquella suave mañana de agosto.

El silencio que siguió al breve diálogo de los primeros momentos fue interrumpido por Fernando, quien sin preámbulos soltó:

—Ese padrino suyo es rico como un judío, ¿verdad?

Al principio Aida no comprendió, y Fernando se apresuró a repetir la pregunta.

—Sí, hombre, el bueno de Germán, ése con cuya esposa estás viviendo, es rico, ¿verdad?

—¡Ah! ¿Te refieres a Germán? Sí, tengo entendido que tiene bastantes propiedades.

—¿Y no tiene hijos?

—No, ninguno.

—Buena cosa para los que aspiren a heredarle. Tengo entendido que es su padrino, ¿no es cierto?

—¿Padrino mío? No. Supongo que él querrá vender al final todo.

—Bueno, pero tú pasas bastantes temporadas con ellos.

—Sí, eso sí.

—Pues eso es lo que yo quería decir. Parece una persona excelente, y sin duda se ha dado buena vida. ¿No dijo que bebía una botella de vino al día. El está afincado en la Ribera del Duero. No puede quejarse de ningún dolor ni mal alguno.

—¿Una botella? No. El es un hombre no extremadamente frugal pero tampoco bebedor, y sí que posee varias viñas. Pero ¿acaso crees que anoche estaba bajo los efectos del alcohol?

—No, por cierto; vosotras, las mujeres, siempre suponéis que los hombres están bebidos. ¿Imagina que una botella basta para hacernos perder el equilibrio? Lo decía porque si cada hombre bebiese una botella por día, no tendría tantas enfermedades y todos gozaríamos más de la vida.

—¡Qué cosas dices!

—Le aseguro que no sólo miles de personas disfrutarían el doble que ahora, sino que sería la salvación del país; como que no se consume ni la centésima parte del vino que se debiera. Este

clima de grandes contrastes requiere algo que tonifique y alegre.

—Sin embargo, yo he oído decir que en la universidad se bebe más de lo que conviene.

—¿En la Complutense? En la Complutense ya no se bebe. Aquí estoy para dar fe de ello. Apenas si hay estudiante que tome un cuarto de litro al día. Tal vez esa moderación se debe a que no hay en la universidad vinos mejores, pero lo digo para demostrar que ya no se bebe tanto.

—Lo que eso demuestra —replicó Aida— es que todos vosotros bebéis más de lo conveniente. Confío en que al menos Federico siempre haya dado ejemplo de moderación.

Todo ello desencadenó una réplica ruidosa e ininteligible, con exclamaciones y juramentos, lo que surtió más el efecto de confirmar las sospechas de Aida acerca de la conducta de los estudiantes. E intentó que participara Federico en la conversación apelando a su austeridad. Pero el estaba enzarzado en una conversación con Ana por lo que no prestó demasiada atención.

Pero los pensamientos de Fernando volvieron a encauzarse por los caminos de siempre para que ella desechara las preocupaciones, tales como prodigar elogios a su baile, a su coche, a la suspensión de este. Aida hizo todo lo posible por mostrarse interesada en cuanto decía su interlocutor, a quien no había modo de interrumpir. El conocimiento que poseía de aquellos temas y la rapidez con que se expresaba y la natural timidez de la muchacha impedían a esta el decir lo que ya no hubiese dicho y repetido hasta la saciedad su compañero. De modo, pues, que se limitó a subrayar frases de este y a convenir con el en que no podía encontrarse coche más bonito, ni más rápido ni mejor chófer que aquellos.

—¿Crees Federico —se dirigió ahora a su amigo elevando la voz— que será necesario un preparador para presentarse a las oposiciones de Hacienda? Yo lo estoy pensando. Todo el mundo me recomienda un preparador.

—Yo creo que sí, que es lo mejor. Por lo menos hasta que uno domine las oposiciones.

—Hay muchas academias que ofrecen títulos. Yo todavía no me he decidido. No me fio. Te explican una cosa y luego es otra. Es muy bueno tener un preparador pero tiene que ser alguien de confianza. Deberíamos informarnos.

—Sí, estamos ya muy cerca del fin de carrera. Creo que debemos informarnos.

—Y ¿adónde podemos ir? Yo no me fio de las academias. Deberíamos preguntar al profesor. O deberíamos presentarnos en las academias y hablar con los preparadores. No debemos perder el tiempo y tener un plan de estudio es lo mejor.

—Sí, deberíamos hacer eso.

—Pero yo no me fiaría de entrada. En nuestra profesión hay mucha tanga y luego nos dejan atrás si ellos prefieren a otros.

Aida lo escuchó y estaba estupefacta. No sabía a cuál de las dos versiones de Fernando atenerse. La educación que ella recibió no habían preparado su espíritu para mantener charlas que se prolongaban infinitamente, ni para esa pretensión a la mentira que tantos hombres padecen. Su familia estaba compuesta de personas sinceras y poco intencionadas, no solían exagerar su propia importancia ni contradecirse a cada momento. A veces les gustaba reírse con chistes o cuentos o repetir o hacer cambios de sentido con las palabras pero nada más.

Reflexionó seriamente sobre el particular y estuvo a punto de hablar pero la detuvo el presentimiento de que era inútil en un hombre tan poco acostumbrado a meditar sus palabras. Esto y junto con la convicción de que él no quería poner en peligro la carrera de su hermano y la suya, lo que la hizo suponer que no era motivo de alarma. Además diríase que Fernando había relegado el asunto al más completo olvido, ya que de allí en adelante no volvió a hablar más que de sí mismo y de cuanto le interesaba.

Habló a su hermano de hacer un curso de bróker de bolsa. El había experimentado en una plataforma judía con un simulador. El creía que el futuro eran las bitcoins y las criptomonedas porque con una pequeña inversión ya se podía empezar a jugar a la bolsa. Además hablaron de macroeconomía que era el tema que más les interesaba. Federico arguyó que era necesario poner en circulación más dinero para que llegase a más gentes y que los bitcoins era la moneda del futuro pues al no tener Estado no se crearía deuda del Estado, ni se crearía deflación o inflación de moneda. Todo se establecería de un modo particular dentro del mercado y nada más. Fernando se quedó un poco escéptico con la opinión. Pero aunque le pareció bien, objeto que él no perdía su tiempo haciendo política de estado, sino que a él lo que le interesaba era hacer sus buenas inversiones y nada más.

Aida estuvo escuchando pero la falta de criterio propio y su desconocimiento del asunto y de los hombres en general, no le permitieron juzgar. Pero semejante muestra de presunción por parte de Fernando la asustaba un poco, así como la idea de que pudiera resultarle desagradable el hermano de Ana, un hombre al que su propio hermano había elogiado muchas veces, pero el tedio que su compañía le producía, y que aumentó en el transcurso de la tarde y hasta el momento del regreso a casa, la obligó a desconfiar de la imparcialidad de Ana y a rechazar como erróneas las afirmaciones de Federico acerca de la sugestiva conversación y el encanto personal de Fernando.

Una vez ante la puerta de casa y de regreso, Ana se lamentó, dado lo avanzado de la hora de no poder acompañar hasta arriba a su amiga del alma.

—¡Son más de las cuatro y media! —exclamó.

Fue Federico quien tuvo que sacar su reloj de la muñeca para verificar la hora pues ella no daba crédito. Después de aclarado este punto, le quedaba por declarar que jamás dos horas y media habían transcurrido con la rapidez de aquéllas, y le pidió a su amiga que así se lo confirmara. Ni por complacer a Ana habría mentido Aida. Felizmente su amiga la sacó del apuro empezando a despedirse sin darle tiempo a responder.

Antes de marcharse definitivamente, Ana declaró que sus pensamientos la habían tenido abstraída del mundo y de cuanto en él sucedía, y expresó con gran vehemencia el disgusto que le causaba separarse de su amiga adorada sin antes pasar unos minutos para contarle mil cosas. Finalmente con sonrisas que contenían tristezas se despidió y siguió con los chicos camino hacia sus casas.

Mientras Sarah, que acababa de llegar de su paseo, recibió a Aida con las siguientes palabras: "¡Hola, hija mía! ¿estás de regreso?", declaración cuya veracidad la chica no se molestó en confirmar.

¿Te has divertido —preguntó a continuación Sarah—. ¿Te ha sentado bien tomar el aire?

—Sí, Sarah, muchas gracias; ha sido un día espléndido.

—Eso decía Lorena, quien por cierto se mostró encantada de que hubierais salido todos juntos.

—¿Has estado con Sarah esta mañana?

—Sí; apenas te marchaste bajé al balneario y luego fui al mercado y allí la encontré. Ella fue quien me dijo que no había encontrado ternera de Ávila en el mercado esta mañana. Parece ser que hay gran escasez, lo que produce que se haya encarecido.

—¿Has visto a algún otro conocido?

—Sí, por cierto; al dar una vuelta por el Deluxe, nos encontramos con esa amiga de Sarah, acompañada de Christian y su hermana.

—¿De veras? ¿Y hablasteis con ellos?

—Ya lo creo, estuvimos paseando por lo menos media hora. Es gente muy agradable. Livia llevaba un traje de lino hermosísimo, y a juzgar por lo que se ve, deduzco que suele vestir con gran elegancia. La amiga de Lorena nos estuvo hablando de su familia.

—¿Sí? ¿Y qué te dijo?

—Apenas si hablamos de otra cosa, de modo que imagínate.

—¿Les preguntaste de qué parte de la Sierra de Gredos proceden?

—Sí, pero no recuerdo que me contestó. Lo que es innegable es que se trata de una familia que tiene una muy buena posición y también debe tener tierras. La chica está estudiando Arte. Y él ya lo sabes, estudia como Federico. Aunque si tiene tierras debería estudiar también ingeniero agrícola. La amiga de Lorena es también amiga de su madre y compañera de colegio.

—¿Y tú crees que ellos y sus padres viven aún en el pueblo?

—Creo que sí, pero no lo sé a ciencia cierta; parece ser que por lo menos su madre murió porque habló de que su hija había heredado de su madre un bonito collar de perlas majorica.

—¿Y no hay más hijos varones que el que nosotros conocemos, el que bailó conmigo la noche pasada?

—Creo que, en efecto, es el único hijo varón, pero no puedo asegurarlo. De todos modos, se trata de un chico muy educado. Y según su hermano quiere sacar su carrera y eso le absorbe ahora todo el tiempo.

Aida no preguntó nada más; ya había oído suficiente para estar convencida de que Sarah le había contado todo lo que sabía y para lamentar que aquel paseo en coche infortunado la hubiera privado del placer de poder hablar con Christian y Livia.

De haber previsto tan feliz coincidencia no habría salido con Fernando y compañía; pero cuanto podía hacer ahora era quejarse de su mala suerte, reflexionar acerca de la posibilidad perdida y convencerse cada vez más a sí misma de que el paseo en coche había sido un fracaso y de que Fernando no era hombre de su agrado.

Capítulo 7

Aquella noche se reunieron en el teatro las diversas familias. Ana e Aida ocuparon asientos próximos, y la primera encontró, al fin, ocasión de comunicar a su amiga del alma los mil incidentes que en el tiempo que llevaban sin hablar habían ido acumulándose.

—Aida, al fin te encuentro —exclamó al entrar en el palco, sentándose acto seguido al lado de su amiga—. Federico —dijo luego al hermano de Aida, que se había situado a su otro lado—, te advierto que ahora voy a hablar con tu hermana y tenemos un largo discurso pendiente. Mi Aida, ¿qué ha sido de ti en este tiempo? No necesito preguntarte cómo te encuentras, porque estás encantadora. Tu peinado y la melena suelta te favorece mucho. Bien se ve que te has propuesto atraer todas las miradas, ¿verdad? A mi hermano ya lo tienes medio enamorado, y en cuanto a Christian..., eso es cosa decidida (por modesta que seas no podrás dudar de la atracción de un hombre que ha vuelto a El Escorial única y exclusivamente por verte). Estoy impaciente por conocerlo. Dice mi madre que es el hombre más encantador que ha visto nunca. ¿Sabes que se lo presentaron esta mañana? Por favor, ocúpate de que yo también lo conozca. ¿Sabes si ha venido al teatro? Por favor, mira bien. Te aseguro de que no veo la hora de que me lo presentes.

—No lo veo por ningún lado —dijo Aida—. Seguramente no ha venido.

—¡Qué fastidio! Presiento que no llegaré a conocerlo. Escucha: ¿sabes que empiezo a cansarme de El Escorial? Esta misma mañana decíamos con tu hermano que si bien resultaba alegre pasar aquí unas semanas, por nada del mundo lo elegiríamos como residencia permanente. Resulta que Federico y yo tenemos las mismas ideas acerca del género de vida que nos gusta hacer, y ambos preferimos, ante todo, vivir en casas rurales. Es verdaderamente prodigioso cómo coincidimos en nuestros gustos. Con decirte que coincidimos en todo. Si nos hubieras oído hablar, seguramente se te habría ocurrido algún comentario irónico.

—De ninguna manera.

—Sí, sí, te conozco muy bien; mejor que tú misma. Habrías dicho que parecíamos nacidos el uno para el otro, o cualquier otra tontería por el estilo, y no sólo habrías hecho que me ruborizara, sino que me sintiese preocupada.

—Me juzgas injustamente. Jamás se me hubiera ocurrido eso o ponerte en una situación indiscreta con mi hermano. Yo no soy así. No lo habría pensado siquiera.

Ana sonrió con expresión de incredulidad y durante el resto de la velada ya sólo se habló con Federico.

A la mañana siguiente Aida continuaba firme en su propósito de ver a Livia, y estuvo intranquila hasta que llegó el momento de marchar a los salones públicos de El Escorial y la residencia. Allí fue donde había conocido a Christian en el primer baile. Pero temía que surgiera un inconveniente imprevisible. Felizmente, no fue así, ni siquiera se presentó una visita inoportuna, y a la hora de costumbre Sarah y ella salieron a dar su paseo y dispuestas a gozar de los pequeños incidentes diarios y de la conversación en los salones.

Los hombres hablaban de política y solían discutir las noticias publicadas en los diarios, mientras las mujeres se distraían entre ellas tomando nota de los rostros nuevos que iban apareciendo y de los trajes que lucían las mujeres, si eran de vestir o de fiesta, o eran más

oficiales, de mujer ejecutiva.

No tardaron en aparecer Ana y su hermano, y acto seguido Aida pudo ocupar su sitio de costumbre, junto a su amiga. Federico, acompañante siempre fiel, se colocó al otro lado de la bella Ana, y superándose los tres del grupo comenzaron a pasear. Aida, sin embargo, no tardó en poner en duda las ventajas de una situación que la confinaba a la compañía de su hermano y su amiga, que, por otra parte, no le hacían ni caso. La joven pareja no dejaba de discutir acerca de cualquier asunto divertido o sentimental, pero en voz tan baja y acompañados sus comentarios de carcajadas tan ruidosas, que resultaba imposible seguir el hilo de la conversación aun cuando solicitaron repetidas veces la opinión de la muchacha, quien, por ignorar de qué hablaban, no podía responder nada al respecto.

Al fin Aida logró separarse de Ana con la excusa de ir a saludar a Livia, que en aquel momento entraba en el salón acompañada de su otra amiga, y recordando su mala suerte del día anterior, se armó de valor y se apresuró a cambiar frases de afecto con las recién llegadas.

Livia se mostró muy afable, y se dedicó a hablar con ella y su otra amiga se reunió con las otras familias amigas. En ese tiempo cruzaron entre ambas las mismas frases que mil veces se habían ya pronunciado bajo aquel mismo techo, pero en esta ocasión, y por tratarse de ellas, con una sinceridad y una sencillez nada frecuentes.

—¡Qué bien baila su hermano! —exclamó en cierto momento Aida, con una ingenuidad que sorprendió y divirtió a su nueva amiga.

—¿Quién, Christian? —contestó Livia—. Sí, baila muy bien.

—La otra noche debió parecerle, sin duda, algo extraño que yo no pudiese aceptar ese baile que me pidió, porque ya tenía un baile guardado, porque así es como se hace, porque se reservan los bailes, el primero y luego el segundo y así. Y yo había quedado ya pero tampoco se presentó a su tiempo. Pero al fin se presentó y luego yo ya no pude hallarle de nuevo. O bien ya él había encontrado una nueva pareja.

Livia asintió con una sonrisa.

—No puedes tener idea —prosiguió Aida, tras un breve silencio— de lo mucho que me sorprendió el verle aquí. Yo creía que se había marchado y no volvería.

—Cuando Christian tuvo la ocasión de conocerte no tenía intención de permanecer aquí más que un par de días, el tiempo justo y necesario para alquilar unas habitaciones.

—No se me ocurrió que así fuera, y, claro, como dejamos de verlo, supusimos que se había marchado.

—Y su hermano, ¿no es aficionado a las tertulias de los salones?

—Alguna vez, pero hoy ha salido. Tenía que entrevistarse con mi padre para un asunto de la finca. Cosas de rutina y cuentas, ya sabes.

En ese instante se unió a las jóvenes la otra amiga que acompañaba a Livia y preguntó por aquella conocida que bailó con Christian, que era a su vez conocida suya y que él acompañó a su casa. Parecía una chica normal. Aida le preguntó si le parecía bonita a ella. "Regular", contestó. La otra amiga entonces la llamó la atención por si quería ya marcharse.

—Confío de que no pase mucho tiempo antes de que volvamos a vernos —dijo Aida—. ¿Piensas ir mañana al cotillón?

—Sí, creo que sí...

—Lo celebro porque nosotras también asistiremos.

Tras despedirse, ambas se separaron, por parte de Livia con una impresión bastante acertada de los sentimientos que abrigaba Aida, quien por su parte confiaba en no haberlos revelado.

Llegó a su casa completamente feliz. Aquella mañana sus deseos se habían visto cumplidos, y la noche siguiente, colmada de promesas, se le antojaba ya un bien por venir. Desde aquel momento no tuvo más preocupación que el traje que luciría, y que era tan trascendente en esta ocasión.

Esta actitud, por cierto, no la censurada del todo. Pero el indumento es siempre un distintivo pero podía ser una frivolidad, y muchas veces la excesiva solicitud que podía despertar destruía el fin que perseguía. Aida no lo ignoraba del todo ya que con ocasión de unas navidades su abuela le había aconsejado al respecto.

Aunque era mucho lo que habían cambiado las costumbres, pensó Aida, desde que su abuela la aconsejó y estábamos en un momento de boom de la moda industrial, donde diariamente se tentaba a las jóvenes de todas clases y de todos los estilos a llevar lo más nuevo y lo más cómodo y atractivo, y aunque ella sabía esto, no podía en este momento escatimar de su ahorro. Para ella lo principal era el buen gusto y la selección de las telas, que tuvieran una prestancia, pues así duraban más. No obstante, todo ello la llevó en cierto momento en caer en la propia vanidad en que muchas mujeres caen por la ropa, como le pasaba a su amiga Sarah.

Pero todo esto es un grave error del que podía haberle sacado su propio hermano. Únicamente un hombre es capaz de comprender la indiferencia que siente el hombre ante la moda femenina. ¡Cuán mortificadas se verían muchas mujeres si de repente se percataran de lo poco que supone su vestimenta, por costosa que fuera, para el corazón de un hombre. A ellos les resulta absolutamente indiferente si es una muselina o es una seda.

Todo lo que consigue la mujer al intentar lucir más elegante es satisfacer su propia vanidad, nunca aumentar la admiración de los hombres ni la buena disposición de otras mujeres. Para unos basta el orden y el buen gusto; en tanto que las otras prefieren nada que sean lujos. Pero la tranquilidad de Aida no se vio turbada por tales y tan graves reflexiones.

Llegada la noche del jueves, se presentó en el salón de conciertos con el ánimo embargado por sentimientos muy distintos de los que había experimentado el lunes anterior. En aquella ocasión el compromiso de bailar con Fernando le producía cierta exaltación; ahora en cambio todos sus esfuerzos se dirigían a evitar un encuentro con este. Temía verse una vez más comprometida para bailar, aun cuando muchos de esos bailes eran sueltos pero había un cierto protocolo en los bailes de orquesta. Y aun así temía que Christian tal vez no se mostrase dispuesto para solicitarle bailar otra vez. En realidad, lo esperaba y soñaba con ello. Aunque lo suyo había sido una primera cita por internet y tenían el consuelo de tener sus teléfonos, ella no había querido forzar una cita por teléfono y prefería encontrárselo por la suerte de coincidir. Ella no quería llamarle si él no la llamaba primero. Era muy joven aún y lo sabía y su falta de experiencia le hacía ser precavido. Ella no era como Ana que quería dar a entender una cosa y luego hacía la contraria.

Pero ella se sentía o se había sentido tremendamente insegura. Se había visto o creído verse en peligro de ser perseguida por un hombre cuando deseaba las atenciones de otro. No pocas mujeres no conocían esta suerte de controversias.

Tan pronto como se hubieron unido a la familia de Lorena Aida empezó a sufrir. Si Fernando hacía ademán de acercársele, trataba de ocultarse o se hacía la distraída, si él le hablaba, ella fingía no oírlo. Pero acabó el cotillón y empezó el baile, y la familia de Livia seguía sin presentarse.

—No te preocupes Aida —la tranquilizaba en voz baja Ana— si tu hermano me pide bailar de nuevo. Sabe que le he dicho que no es lo correcto pero no logro convencerlo. Lo mejor será que tú y Fernando bailéis cerca de nosotros y así no nos criticaran. No te pierdas. Fernando acaba de

marcharse pero volverá en seguida.

Aida no tuvo tiempo ni ánimos para contestar. Se marchó la pareja y ella, al ver que Fernando se encontraba cerca, y temerosa de verse obligada a bailar con él, fijó la mirada en el abanico que sostenía en la mano. Era un gran abanico de estilo chino pero que venía a ser útil para que se mantuviese el maquillaje y no se destruyese con el calor del ambiente.

De pronto, precisamente cuando se reprochaba a sí misma la insensatez que suponía encontrar a Christian en medio de tanta gente, advirtió que Christian le hablaba, solicitando sacarla a bailar. Con los ojos brillando por la emoción de la muchacha accedió de inmediato al requerimiento de su amigo, y con el corazón palpitante lo acompañó a la pista que se preparaba para la siguiente danza. Esta vez les tocaba bailar vales vieneses. No existía, o al menos eso creía ella, mayor felicidad que el haber escapado, y por casualidad ciertamente, a la cercanía de Fernando y verse en cambio solicitada por Christian, quien, al parecer, había venido adrede a buscarla.

Apenas se hubieron colocado en el lugar que entre los danzantes le correspondía, Fernando reclamó la atención de Aida, colocándose detrás de ella.

—Pero Aida. Creí que ibas a bailar conmigo.

—No sé qué le hizo creerlo, cuando no me ha invitado.

Pues ¡sí que es una buena contestación! Le pedí que bailase conmigo en el momento en que entrabas en el salón pero no te diste ni cuenta. Vine al baile para bailar contigo, y hasta, si no recuerdo mal, la comprometí para este baile el lunes pasado. Recuerdo que hablamos de ello. Después de que yo le anunciase a todas mis amistades que iba a bailar con la chica más bonita del salón y te presentas a bailar con otro. Esto es el ridículo y ahora se reirán de mí.

—No lo creo, nadie me reconocerá en la descripción que has hecho de mí.

—¿Como que no? ¿Quién es ese chico con quien vas a bailar?

Aida satisfizo su curiosidad.

—¿Christian? —repitió él—. No lo conozco... ¿Sabe si le gustaría comprar un cachorro de pastor irlandés?, tengo un amigo que tiene una camada. Yo quería comprarlo pero yo prefiero perros de caza. Estos cachorros solo son para mezclados y mantener la raza o mejorarla y luego se pueden vender muy bien. En este momento yo ya tengo uno. Además yo ahora no puedo salir de cacería, antes salía cuando aún no tenía tanto que estudiar.

Fue la última frase de Fernando con que consiguió aburrir a Aida, pues pocos momentos después se dejó seducir por la irresistible tentación de seguir a unas chicas que pasaban cerca. Una vez que se hubo marchado Christian se acercó a Aida.

—Si ese joven no se marcha —dijo— habría acabado por perder completamente la paciencia. No puedo tolerar que alguien reclame tanta atención precisamente cuando estamos aquí. Las reglas de baile implican que cuando este se compromete estamos obligados a prestarnos atención y a sernos mutuamente agradables por el tiempo que dure el baile, en el transcurso del cual si alguna persona de fuera llama la atención de uno perjudicará los derechos del otro. Se debe procurar que por ningún motivo se lamente haber contraído esta obligación, y que interesa a ambos no distraerse con la creencia de perfecciones de otra pareja. Supongo que estarás conforme con esto.

—Tal como lo expones, supongo que sí.

—En el baile los deberes son que ambos deben ser amables y complacientes y en cuanto a la mujer además debe proveer el abanico y la esencia de lavanda.

—Te aseguro que no he pensado en tantas cosas.

—Entonces puedo pensar que tus nociones sobre el baile no son tan estrictas. Podría tener motivos para temer que si a aquel joven que antes te habló se le ocurriese volver, o si otro

cualquiera, te creerías con el derecho de poder conversar con él.

—Fernando es amigo de mi hermano, de modo que si me hablara al menos tendría que prestarle una simple atención; pero te aseguro que en cuanto a los demás, no debe haber en el salón más de tres hombres a quienes pueda decirse que conozco.

—¿Y esa es toda la seguridad que me ofreces?

—Te aseguro que no tengo otra mejor. Si no conozco a nadie, con nadie podría hablar; aparte el que "no quiero" hacerlo.

—Ahora me has ofrecido una seguridad que me da valor para proseguir. Dime, entonces, ¿no te has aburrido todavía de bailar?

—Ya lo creo que no. Qué preguntas me haces.

—El Escorial, comparado con Madrid, tiene poca variedad. Y casi es de rigor aburrirme cuando se llevan dos semanas aquí.

—Pues lo que es yo, no creo que eso me ocurra. Y ni aun prolongado más tiempo.

—Pero todos los años personas de todas las clases aseguran que este es un lugar encantador, pero que acaba por cansar.

—Los demás dirán lo que quieran, es posible que quienes van a Madrid no encuentren grandes alicientes aquí; pero para quien, como yo, vive en un pueblo, esto no puede por menos de parecer muy distraído. Aquí se disfruta de una variedad de diversiones y circunstancias que allí no se encuentran.

—¿Debo entender entonces que no te gusta la vida en el campo?

—Sí que me gusta; siempre he vivido en el campo y he sido feliz en él; pero es indudable que la vida en un pueblo resulta más monótona. En casa todos los días parecen iguales.

—Sí, pero en el campo el tiempo se emplea mejor que aquí.

—¿Lo crees así?

—Sí. ¿Tú no?

—No creo que haya gran diferencia.

—Aquí en El Escorial no se hace más que tratar de pasar el rato.

—Eso mismo hago yo en casa, sólo que allí no lo consigo. Por ejemplo: aquí, como en casa salgo de paseo; con la diferencia que aquí me encuentro que siempre hay gente, y en el pueblo, quitando el tiempo que le dedico a la contabilidad en las fincas, en realidad si salgo de casa no puedo ver a nadie y, en verdad, solo puedo visitar a Sarah si quiero hablar con alguien.

Tal respuesta hizo reír a Christian.

—¿No te queda más remedio que visitar a Sarah? —repitió—. ¡Qué cuadro tan triste me estás pintando y cuánta pobreza intelectual puede encerrar! Menos mal que cuando te veas en la misma situación nuevamente tendrás algo de qué hablar, podrás recordar la temporada que pasaste aquí y todo lo que hiciste.

—¡Ya lo creo! De ahora en adelante no me faltarán cosas de que hablar con Sarah y los demás. Realmente, creo que cuando llegue a casa no tendré otro tema de conversación; me está gustando tanto... Y luego está la feliz llegada de mi hermano Federico, que también estudia economía, creo que como tú. Y sus amigos que son ahora amigos comunes. Creo que cómo es posible que alguien se canse de esto.

—Evidentemente, a quienes les ocurre tal cosa les falta la frescura de sentimientos que tú posees. Para las personas que vienen al balneario muchas pierden el interés y solo esperan finalizar su tratamiento. Y además no son capaces de gozar del teatro y demás diversiones.

Las exigencias del baile pusieron fin a aquella conversación. En el transcurso de la danza, en

la parte coral en que todos hacen un corro conjunto y en ocasión de hallarse Aida dentro de él observó que entre quienes se entretenían con contemplar el baile había un hombre que la miraba insistentemente. Se trataba de una persona apuesta y con cierto aire de autoridad, que poseía aún el vigor de la vida aun no siendo ya joven. Luego observó que sin dejar de mirarla, se dirigía a Christian, que estaba en ese momento a corta distancia de él, y con actitud de gran familiaridad le decía unas palabras en el oído. Azorada por aquella forma de mirar, y temerosa de que el motivo fuese algún defecto en su aspecto o su atuendo, Aida volvió la cabeza en otra dirección. Cuando, terminada la pieza de la canción, se aproximó de nuevo a Christian, este dijo:

—Veo que he adivinado lo que ibas a preguntarme. Y ya que ese hombre conoce tu nombre, me parece lógico que también tú conozcas el suyo. Tiene el mismo nombre que yo, Christian, y él es mi padre.

Aida no pudo contestar más que con una exclamación, que bastó, sin embargo, para convenir cuanto debía a la veracidad de dichas palabras. Luego, su mirada siguió con interés y admiración a aquel hombre, que se alejaba abriéndose paso entre los bailarines.

¡Qué guapos son todos los miembros de esta familia!, pensó para sí.

Al hablar en el transcurso de la noche con Livia, a Aida se le presentó una nueva ocasión de sentirse dichosa. Desde su llegada a El Escorial no había paseado por el campo, y habiéndole hablado Livia, para quien eran familiares los alrededores de la ciudad, de la belleza de estos, la muchacha sintió el deseo de conocerlos. Sin embargo, expresó su temor de no encontrar quien se prestase a acompañarla, y entonces Livia, secundada por su hermano, propuso que salieran juntos de paseo más adelante.

—¡Cuánto me gustaría! —exclamó Aida—. Pero no lo dejemos para más adelante ¿Por qué no salir mañana mismo?

Todos se mostraron conformes y decidieron realizar el paseo a la mañana siguiente, siempre y cuando —agregó Livia— no lloviese.

Los hermanos quedaron en pasar a buscar a Aida por su casa a las doce. Antes de separarse, le recordaron a su nueva amiga, Aida:

—A las doce... No lo olvide.

De su amiga Ana, aquella cuya fidelidad y méritos venía apreciando hacía quince días, apenas si se acordó de ella en toda la noche, y aun cuando deseaba contarle las felices nuevas, accedió cuando Sarah le pidió marcharse pronto, tomando el camino con ella de vuelta y con Germán hasta su casa y con el corazón henchido de felicidad.

Capítulo 8

La mañana siguiente amaneció nublada y desapacible; el sol, tras algunos intentos por salir, desapareció detrás de las nubes, e Aida dedujo de ello no un buen augurio. Aunque a veces en la sierra un amanecer nublado podía luego convertirse en un día soleado y viceversa. Solicito a Germán que le confirmase sus teorías, pero se negó a aventurar un pronóstico y, en todo caso, se dedicó a mirar el pronóstico de Google. Pero luego terció por medio Sarah y fue más rotonda:

—Si desaparecen las nubes y sale el sol —dijo—, es seguro que hará un buen día.

A las once, unas gotas de lluvia que salpicaron el cristal de la ventana preocuparon a la muchacha.

—¡Ay, me parece que va a llover! —exclamó desconsolada—.

—Ya me lo figuraba yo —contestó Sarah.

—Me he quedado sin paseo —dijo Aida—, a menos que escampe antes de las doce.

—Puede que sí, hija mía... Pero quedará el campo y todo tan enlodado...

—Eso no importa, a mí no me molesta el lodo.

—Llueve cada vez más —observó tras una pausa Aida, junto a la ventana.

—Es cierto, y si sigue lloviendo las calles se pondrán perdidas.

—Ya he visto varios paraguas abiertos. ¡Cómo odio los paraguas!

—Sí, son muy molestos. Yo prefiero ponerme mi gabardina con capucha.

—Yo estaba segura de que sería un día hermoso...

—Eso prometía. Si sigue lloviendo bajará poca gente. Espero que si Germán decide salir eche mano de su gabardina. Pero es muy capaz de no hacerlo. No soporta las prendas grandes, y no lo comprendo, pues son tan acogedoras...

La lluvia seguía cayendo. Cada cinco minutos Aida miraba al reloj, pensando que si en el transcurso de otros cinco no cesaba de llover sus ilusiones se verían desvanecidas. Dieron las doce y aún llovía.

—No podrás salir, hija mía —dijo Sarah.

—No quiero perder las esperanzas, al menos las doce y cuarto. Esta es precisamente la hora del día en que suele cambiar el tiempo, y ya parece que aclara un poco. ¿Las doce y veinte? Pues lo dejo. Quién pudiera contar con un tiempo tan hermoso como el que se describe en aquellos valles en el que Lizzy deambula de la mano de Jane Austen...! ¡Qué deliciosa temperatura aquella!

A las doce y media, cuando el estado del tiempo ya no ocupaba por entero la atención de Aida, comenzó de repente a aclarar. Un rayo de sol sorprendió a la muchacha, quien al comprobar que, en efecto, las nubes empezaban a dispersarse, volvió de inmediato a la ventana dispuesta a aplaudir tan feliz aparición. Diez minutos después podía darse por seguro que la tarde sería hermosa, con lo cual quedó justificada la opinión de Sarah, quien no había dejado de sostener que tarde o temprano aclararía. Más difícil era adivinar si Aida debía esperar a sus amigos o si Livia consideraría que había llovido demasiado para aventurarse a salir.

Como quiera que las calles estaban excesivamente sucias, Sarah no se atrevió a acompañar a su marido hasta el balneario, y apenas se hubo marchado este, Aida, que lo siguió con la vista hasta que dobló la esquina, observó que llegaba un coche, el mismo coche, ocupado por las

mismas personas cuya presencia ya le había sorprendido en la casa dos días antes.

—¿Ana, mi hermano y Fernando...? Deben de venir a buscarme. Pues no pienso acompañarlos, quiero estar aquí por si se presenta Livia.

Sarah se mostró conforme con la decisión de la muchacha, pero Fernando no tardó en aparecer, precedido de grandes voces, pues desde las escaleras empezó a decirle a Aida que era preciso que se diera prisa.

—Coge tu chaqueta de inmediato —decía y al abrir la puerta añadió—: No hay tiempo que perder; vamos a la sierra de Gredos. ¿Cómo estás Sarah?

—¿A la sierra de Gredos? Pero ¿no está eso muy lejos? ¿No está ya más cerca de Ávila? Además, hoy no puedo acompañarles; me he comprometido a salir con unos amigos y los espero de un momento a otro.

Las razones de Aida fueron vehementemente contestadas por Fernando, quien solicitó en su favor el apoyo de Germán. Al cabo de pocos minutos Ana y Federico lo secundaron.

—Querida Aida —exclamó aquella—, ¿verdad que es un plan perfecto? El paseo será delicioso. La idea se nos ocurrió a tu hermano y a mí, mientras desayunábamos. Deberíamos haber salido hace dos horas, pero nos detuvo esa lluvia detestable. Aún así, no importa que nos retrasemos, pues esta noche hay luna. Me entusiasma la idea de respirar aire puro y disfrutar un poco de tranquilidad. ¡Cuánto más agradable es esto que pasarse el día en un salón! Tenemos que llegar hasta el primer pueblo a tiempo de comer, Villanueva, el pueblo de grandes vinos de garnacha, y luego, si queda tiempo, seguir un poco más.

—Dudo que podamos hacer todo eso —intervino Federico.

—Vamos, muchacho, no seas agorero —exclamó Fernando—. Podemos hacer eso y más. Llegaríamos hasta Villanueva y hasta el castillo de Peñafiel, y hasta donde se nos antojase, si no saliera ahora tu hermana con que no puede acompañarnos.

—¿El castillo de Peñafiel? —preguntó Aida—. ¿Y qué es eso?

—El castillo más hermoso que hay en la Ribera del Duero. Vale la pena hacer cien kilómetros más por verlo...

—Pero ¿es un castillo de verdad? ¿Un castillo antiguo?

—Uno de los más antiguos en el reino de Castilla.

—Pero ¿igual a esos que describen los libros?

—Exactamente igual.

—¿De veras? ¿Y tiene torres y galerías?

—Por docenas.

—¡Ah! Pues entonces sí me gustaría visitarlo; pero hoy no... hoy no puede ser.

—¿Que no puedes venir? ¿Por qué?

—No puedo ir... —Aida inclinó la cabeza—, porque espero a Livia y a su hermano para dar un paseo. Quedaron en recogerme a las doce, pero a causa de la lluvia no se presentaron. Ahora que el tiempo ha mejorado supongo que no tardarán.

—Pues no creo que lo hagan —dijo Federico—. Los he visto que iban hacia el salón. ¿Él no suele ir con su hermana? ¿Acaso no te refieres al chico con quien bailaste anoche?

—Sí.

—Pues ése es el que he visto. Iba en dirección hacia los salones públicos e iba acompañado de esa joven, su hermana.

—Pero ¿los has visto de veras?

—Te lo prometo. Le reconocí enseguida.

—Pues es muy extraño. Tal vez hayan creído que hay demasiado lodo para ir al campo.

—Y con razón, pues jamás he visto tanto fango. Te aseguro que te sería más fácil volar que andar. Como ha llovido tanto en estos dos días le llega a uno el lodo hasta los tobillos si anda fuera de la zona pavimentada.

Ana corroboró aquella opinión.

—Sí, querida Aida; no te imaginas la cantidad de barro que ha salido. Vamos, es preciso que nos acompañes; ¿serías capaz de negarte?

—Me encantaría ver el castillo, pero ¿podremos verlo todo? ¿Nos dejarán recorrer todas las estancias?

—Sí, sí; hasta el último rincón.

—Pero ¿y si Livia y su hermano sólo hubieran salido a dar una vuelta, y luego vinieran a buscarme, cuando se hubiesen secado los caminos?

—En cuanto a eso, puedes estar tranquila porque vi que se unían a la comitiva de otras personas que suelen pasar todo el día entre el balneario y los otros salones.

—En ese caso iré con vosotros. ¿Te parece bien Sarah?

—Como quieras, muchacha.

—Sí, Sarah, convénczala de que venga —dijeron todos a coro.

A Sarah no le era posible permanecer indiferente.

—¿Y si fueras, hija mía? —le propuso.

Dos minutos más tarde todos salían de casa.

Al subir Aida al coche se sintió asaltada por graves dudas. Si por una parte lamentaba la pérdida de una diversión segura, por otra tenía la esperanza de disfrutar de un sentimiento parecido en la forma si no en cuanto al fondo. Comprendía, además, que Livia había hecho mal en no llamar si iban a faltar al compromiso. Sólo había transcurrido una hora desde la indicada para el paseo, y a pesar de los inconvenientes parece que habían salido sin dificultad. Le resultaba dolorosa la conducta de sus nuevos amigos; en cambio la idea de visitar un castillo semejante al de aquellos libros de aventuras de señores feudales que ella había leído, casi compensaba el placer perdido.

Sin hablar apenas, se pusieron en marcha y Fernando condujo hacia la calle siguiente, mientras Aida se entregaba a una meditación en la que alternaba temas diferentes como promesas incumplidas y puertas secretas de castillos. Al pasar por delante de un edificio y ya que las calles eran estrechas y conducía despacio y con la ventanilla abierta, una pregunta de Ana la distrajo de sus pensamientos.

—¿Quién es esa chica que te ha mirado tan insistentemente al pasar nosotros?

—¿Quién? ¿Dónde?

—En la acera de la derecha.

Aida volvió la cabeza a tiempo de ver a Livia, que iba por la calle con paso lento y con su hermano. Ambos también repararon en ella.

—¡Detente! ¡Detente, Fernando! —exclamó la muchacha con impaciencia—. Es Livia. Te lo aseguro... ¿Por qué me dijiste que se habían marchado hacia los salones? Detente y déjame saludarla.

Su ruego fue inútil. Sin hacer el menor caso, Fernando siguió, y dijo que no podía parar en una calle estrecha porque obstruía el tráfico. Pero en ese momento no había más coches detrás.

—¡Por favor, detente, te lo suplico! —insistió Aida—. No puedo, no quiero seguir; es preciso que hable con Livia...

Pero ellos ya habían doblado la esquina y Fernando le contestó con una carcajada, diciendo que era imposible parar. Aida, a pesar de su indignación, y ante la evidencia de que era imposible bajar del coche, no tuvo más remedio que resignarse, sin escatimar, no obstante, reproches.

—¿Por qué me has mentado? ¿Por qué me aseguraste que los viste yendo al salón?, incluso aseguraste que iban al balneario. Ahora me hubiese gustado que nada de esto hubiera sucedido. ¿Qué dirán de mí? Les parecerá extraño y hasta de mala educación el que hayamos pasado de largo sin detenerlos. No sabes lo disgustada que estoy... Ya no podré disfrutar del paseo. Preferiría mil veces bajarme y correr en su busca a seguir aquí. ¿Por qué me dijo que los viste reunidos con otras personas?

Fernando se defendió con habilidad. Declaró que nunca había visto dos personas tan parecidas y hasta se negó a reconocer que el joven que acababan de ver fuese él.

El paseo, aun después de agotada la conversación, no podía resultar agradable. Aida se mostró menos complaciente que en la última excursión, respondió con desconcertante laconismo a las observaciones de su compañero y no se preocupó de disimular su tedio. Sólo le quedaba el consuelo de visitar el castillo, y con gusto habría prescindido de la alegría de ver aquellos viejos muros o de contemplar las reliquias de un esplendor pasado, antes de verse privada del proyectado paseo con sus amigos o exponerse a que estos interpretaran mal su conducta.

Mientras iba sumida en tales pensamientos, el viaje se desarrollaba sin percance alguno. Cuando llegaron a Villanueva almorzaron un buen guiso de caza. Pero luego después al prepararse para continuar fue Federico quien dio aviso de que Ana se encontraba fatigada y mareada por las curvas del viaje y que sería mejor volver.

—Será mejor que volvamos, Fernando. Tu hermana se ha puesto pálida y de veras está indispuesta. Además ambos pensamos que es ya muy tarde y que hemos perdido mucho tiempo en todo el rodeo de la sierra. Al menos, hemos disfrutado de ver la sierra y de comer una buena carne. Creo que haríamos bien en regresar y en dejar la excursión para otro día.

—A mí lo mismo me da —dijo Fernando con bastante mal humor, y volviéndose hacia Aida, añadió—: si tu hermano tuviese un coche también, Ana no tendría que ir en el asiento de atrás y no se marearía. Federico es un tonto por no tener su propio coche.

—No es ningún tonto —replicó Aida indignada—. Lo que ocurre es que no puede hacer ese gasto.

—¿Y por qué no puede?

—Porque no tiene dinero. Tal vez porque está esperando a encontrar un trabajo mejor.

Fernando, entonces, con la incoherencia y la agresividad propias de él, empezó a decir que era un avaricioso y que no quería gastar. Que si la gente que tiene el riñón cubierto no sufraga ciertos gastos, no sabía él cómo iba a hacerlo.

Ante la imposibilidad de lograr el consuelo que a cambio de otra desilusión se prometía, la muchacha se mostró menos dispuesta a intentar ser amable, y durante el trayecto de regreso no cambiaron más que diez palabras.

Al llegar a casa le dijo que Livia, acompañada de su hermano, había llegado a buscarla pocos minutos después de que ella se hubiese marchado, que al enterarse de que había salido habían preguntado si no había dejado recado para ellos, pero ella respondió que no podía decirles nada al respecto. Pensando en aquellas desoladoras noticias subió Aida a su habitación. En lo alto de la escalera se encontró con Germán, que al saber las causas que habían motivado un regreso anticipado, le dijo:

—Celebro que Federico haya mostrado tan buen sentido. El plan no podía ser más absurdo y

descabellado.

Pasaron la velada de la tarde todos juntos en casa de Ana y su hermano. Aida no disimulaba su preocupación y tristeza. Ana, en cambio, se mostraba muy satisfecha. Prefería hacer apuestas con las cartas junto a Federico, en un ambiente familiar, que haber seguido con el viaje. Habló con insistencia de la satisfacción que sentía al faltar aquella noche al baile.

—¡No me inspiran ninguna alegría los que han ido al baile! —exclamó—. Y ¡cuánto celebro no hallarme entre ellos! ¿Estará muy concurrido el salón? El baile aún no debe haber empezado, pero no me pierdo nada. ¡Es tanto mejor pasar una velada en familia! No creo que resulte muy animado hoy y creo que iban a faltar algunos de los que son hijos. En cambio, tú, Fernando, ¿no estabas deseando ir?, ¿verdad? Sí, sí, estoy segura de ello, y te suplico que no te prives por mí. Nos arreglaríamos perfectamente sin tu presencia. Los hombres se empeñan en creer que son indispensables, y están muy equivocados.

Aida estuvo a punto de acusar a Ana de falta de ternura y de consideración para con ella, pues, a juzgar por lo que se veía, su desconsuelo no le preocupaba en absoluto.

—No estés tan aburrida —le dijo al fin en voz baja—. Me parte el alma verte así, después de todo la única responsable de lo ocurrido es Livia. ¿Por qué no fueron más puntuales? Es cierto que los caminos estaban fangosos, pero eso no es lo importante. A mí una excusa tan nimia no habría bastado para disuadirme. Sabes que no me importa sufrir molestias cuando de complacer a una amiga se trata. Es mi manera de ser, y lo mismo le ocurre a mi hermano, que tiene sentimientos muy profundos. ¡Cielos, qué magníficas cartas tienes! Reyes, ¿eh? ¡Qué feliz me haces! Y es que yo soy así, prefiero mil veces que los tengas tú a ser yo la favorecida.

Aquella noche Aida se despidió y volvió acompañada con su hermano, hasta que pudo apoyar la cabeza en el lecho del insomnio que, como le corresponde, es una almohada erizada de espinas y empapada de lágrimas, y... ya puede tenerse por muy afortunada si, dada su condición, logra en el próximo mes conciliar el sueño una noche siquiera.

—¿Crees, Sarah —preguntó a la mañana siguiente Aida—, que estaría bien que yo visitase hoy a Livia? No podré estar tranquila mientras no le haya explicado lo ocurrido.

—Desde luego, puedes intentarlo, Aida, pero creo que deberías ponerte ese vestido de color blanco, porque creo que a ella también le gusta el blanco.

Aida aceptó gustosa el consejo de su amiga y, debidamente ataviada, se dirigió hacia la casa apartamento, donde se hospedaba Livia, hecha un manojo de nervios, partió con paso rápido y el corazón palpitante. Estaba deseosa de explicar su conducta y obtener cuanto antes el perdón de sus amigos. Llegó sin dificultad a la casa, miró el número y llamó a la puerta, pero nadie salió para abrir. A los pocos minutos Aida se quedó avergonzada o molesta porque nadie abrió y creyó que la habían visto desde dentro pero que no querían abrirle, sin duda, por el incidente del día anterior. Al pasar por delante de las ventanas del salón de la casa, miró, creyendo ver a alguien detrás de los cristales, pero no había nadie. Al final de la calle se volvió de nuevo y entonces vio a un hombre, no en la ventana, sino en la puerta misma de la casa. Ella supuso debía ser su padre y se sintió tentada de volver y preguntar, pero no lo hizo, porque se sintió humillada, ya que le pareció una descortesía que no le hubiera abierto. Al fin y al cabo ella no sabía muy en el código de conducta quién había faltado antes a las reglas sociales, y cuan imperdonable podía resultar su acción ni a qué rigores la expondría esta. Tan deprimida se sentía, que hasta pensó en no asistir al teatro aquella noche, pero desechó rápidamente esa idea; en primer lugar, porque no tenía una excusa seria que disculpara su ausencia, y en segundo porque se presentaba una obra que quería ver.

Capítulo 9

De modo que todos fueron al teatro, como de costumbre. Al entrar Aida advirtió que no asistía a la función ningún miembro de la familia de Livia. Era evidente que ella podía prescindir de esa diversión —según testimonio de Ana— pues vivían cerca de Madrid y podían asistir a las más magníficas representaciones de esa obra.

La obra no defraudó a Aida, quien siguió con tanto interés los cuatro primeros actos que nadie había adivinado cuan preocupada estaba. Al empezar el quinto acto, sin embargo, la aparición de Christian y de su padre en el palco de enfrente suscitó de nuevo en su ánimo ideas turbadoras. Ya no logró distraerla cuanto ocurría en el escenario, ni provocaron su risa los chistes de la obra. La mitad, por lo menos, de sus miradas se dirigían al otro palco, y durante dos escenas Christian no reparó en ella, a pesar de que ella mantuvo la mirada. No parecía indiferente si él fijada su atención en la escena pues esa era la regla del teatro. Empezaba a parecerle indiferente para ella, pero, al fin, el joven volvió la mirada a Aida y la saludó, pero ¡qué saludo!, sin una sonrisa, apartando la vista casi de inmediato... La ansiedad de Aida aumentó. De buena gana habría pasado al palco donde se encontraba Christian para darle una explicación. Se vio dominada por sentimientos más humanos que heroicos. Lejos de molestarle aquella condena injusta de su conducta, en vez de sentir rencor hacia el hombre que de manera tan arbitraria e infundada dudaba de ella, en lugar de exigirle una explicación y hacerle comprender su error, evitando el hablarle o mirando para otro lado, Aida aceptó el peso de su culpa o la apariencia de esta y no deseó sino que llegara la ocasión de disculparse.

Terminó la obra, cayó el telón y Christian desapareció de su asiento. Su padre permaneció, sin embargo, en el palco, y la muchacha se preguntó si aquél tendría intención de pasar a saludarla.

Así fue, efectivamente; algunos momentos después vieron a Christian abrirse paso entre la gente en dirección a ellas. Saludó primero a Sarah, y la muchacha, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Ah, Christian! Estaba deseando poder hablar para pedirte que me perdonases por mi conducta del otro día. ¿Qué habrás pensado de mí? Pero no fue culpa mía, ¿verdad, Sarah? ¿Verdad que me dijeron que os vieron ese día en dirección al balneario? ¿Qué otra cosa podía hacer yo? Pero te aseguro que os estuve esperando y que hubiera preferido salir con vosotros. ¿Verdad que sí, Sarah?

Pero Sarah se encontraba mirando hacia el otro lado del palco y no contestó, y cuando Aida la miró ella sólo hizo una referencia hacia una arruga de su traje.

Felizmente, las excusas de Aida, aun privadas de la confirmación de su amiga, lograron cierto efecto. Christian esbozo una sonrisa cordial y con un tono que sólo conservaba cierta fingida reserva, contestó:

—Nosotros agradecemos que vimos que pusiste interés y que sacaste la cabeza y la volviste para mirarnos y agitar la mano en señal de saludo.

—Pero yo quería, le suplique a Fernando que parase el coche. Se lo rogué apenas me di cuenta de que erais vosotros. Pero no paró por el peligro para la circulación. Pero yo me hubiera bajado del coche y hubiera ido hacia vosotros.

No puede existir en el mundo alguien capaz de mostrarse insensible a tal afirmación. Christian

no desperdició la ocasión. Con una sonrisa más cariñosa aun, explicó el sentimiento que aquel incidente produjo en su hermana por el aparente olvido de Aida, pero también declaró la confianza y la veracidad que le merecían sus explicaciones. Pero la muchacha no quedó satisfecha.

—No diga usted que su hermana no está enfadada —exclamó—, porque me consta que lo está. Ayer fui a vuestra casa pero nadie me abrió y luego vi que salía alguien de la casa y era vuestro padre, y supuse que él no me quiso abrir porque Livia le había contado lo que pasó ese día conmigo.

—Yo no estaba en casa y Livia tampoco. Nosotros salimos primero. Pero fue mi padre el que no quiso abrirte y espero que disculpes esa descortesía. Tal vez fue porque estaba con poco tiempo para salir él y no quiso entretenerse en abrir. Porque él no quiere abrir a desconocidos. Eso es todo, te lo aseguro. Pero seguro que Livia de saber esto te expresaría sus excusas.

Aun cuando aquellas palabras tranquilizaron algo a Aida, esta aún experimentaba una inquietud que trató de disipar con una ingenua pregunta que sorprendió a Christian:

—Pero si Livia me ha mostrado su confianza y, viendo que se trataba de un malentendido, me ha disculpado, ¿por qué tú todavía sigues molesto?

—¿Que yo estoy molestado?

—Sí, sí; cuando entraste en el palco, todo tu aspecto revelaba disgusto.

—¿Disgusto? ¿Acaso tengo derecho a disgustarme contigo?

—Pues, a juzgar por la expresión de su rostro, nadie habría pensado lo contrario.

Christian le contestó rogándole que le dejara sitio a su lado, donde permaneció un rato charlando y mostrándose tan agradable, que el mero anuncio de que debía marcharse provocó en Aida un sentimiento de tristeza. Antes de separarse, sin embargo, convinieron en realizar cuanto antes el proyectado paseo, y más allá de la pena que sentía por tener que separarse de su amigo, Aida se consideró aquella noche la criatura más feliz de la tierra.

Mientras ambos hablaban observó con gran sorpresa que Fernando, que era por lo general el hombre más inquieto del mundo, hablaba detenidamente con el padre de Christian, y su sorpresa aumentó al observar que ella era el objeto de la atención y la conversación de ellos. ¿Qué estaría diciendo? Temió que tal vez al padre de Christian le disgustase su aspecto. Además, interpretaba como una prueba de antipatía el que ese señor hubiera preferido negarle la entrada en su casa antes que retrasar él su paseo.

—¿Dónde ha conocido Fernando a su padre? —preguntó con ansiedad a Christian señalando a los dos hombres.

Christian no lo sabía, pero agregó que su padre tenía numerosas relaciones con gente de negocio y del campo.

Una vez que hubo terminado el espectáculo, Fernando se acercó y se ofreció a acompañar a las señoras, hizo objeto de grandes atenciones a Aida y, mientras esperaban en el vestíbulo, mientras se iba dispersando hacia la salida la gente, se anticipó a la pregunta que el corazón y los labios de Aida deseaban formular, diciendo:

—¿Me ha visto hablando con aquel caballero? Es el padre de Christian. Es un viejo simpatiquísimo, fuerte, activo; parece más joven que su hijo. Realmente lo estimo. Nunca he visto un hombre más bueno y generoso.

—Pero ¿de qué le conoces?

—¿Que de qué lo conozco? Son pocas las personas con quien yo no me trate aquí y en los alrededores de El Escorial. Pues lo conocí en el pueblo, en una finca donde venden caballos, y

luego volví a encontrarlo aquí, en el salón de billar. Por cierto, que, a pesar de ser uno de nuestros mejores jugadores de billar y del miedo que en un principio me inspiraba su juego, gané la partida que disfrutamos. Se trata de una persona excelente. Y ahora que me acuerdo, ¿de qué te parece que hemos estado hablando? Pues de ti, sí, de ti, y él dice que eres la mujer más bonita que hay en El escorial.

—¡Qué tontería! ¿A qué viene eso ahora?

—¿Sabes qué le contesté? —dijo él, y añadió en voz baja—. Le dije: tiene usted razón, señor.

Al llegar a este punto, Aida, a quien agradaba menos la admiración de Fernando que la del padre de Christian, se apresuró a seguir a Sarah.

Fernando, a pesar de los reiterados pedidos de la muchacha de querer ir con Sarah y Germán en un taxi, no la abandonó hasta que no estuvo instalada en el interior del coche, prodigándole mientras tanto todos los halagos posibles.

A Aida le resultaba enormemente grato que el padre de Christian, lejos de sentir antipatía por ella, la admirase tan cordialmente, y con infinita complacencia pensó que por lo visto todos los miembros de la familia estaban de acuerdo respecto a ella. La velada había resultado infinitamente mejor de lo esperado.

Capítulo 10

La tarde del domingo, y mientras paseaban todos por el Deluxe, surgió de nuevo el tema de la excursión, suspendida la otra vez, sólo que esta vez querían ir a ver el acueducto de Segovia. Ya en una charla previa Ana y Federico habían decidido que el paseo se llevase a cabo al día siguiente por la mañana, muy temprano, para volver a una hora razonable. El domingo por la tarde, en que las familias se hallaban reunidas, Ana y Federico expusieron sus planes a Fernando, quien los aprobó. Sólo faltaba la conformidad de Aida, alejada en aquellos momentos del grupo por haberse detenido a saludar a Livia. Grande fue la sorpresa de todos cuando al regresar la muchacha y conocer la noticia, lejos de recibirla con alegría anunció con expresión grave su propósito de declinar la invitación, ya que se había comprometido con Livia.

En vano protestaron todos insistiendo en que era preciso ir a Segovia el día señalado y asegurando que no estaban dispuestos a prescindir de ella. Aida se mostró apenada, pero ni por un instante dispuesta a ceder.

—No insistas, Ana —dijo—. Le he dado mi palabra a Livia y por lo tanto no puedo acompañaros.

Volvieron los otros a la carga armados con los mismos argumentos y negándose a aceptar su negativa.

—Pues dile a Livia —insistieron— que tenías un compromiso previo y puede que posponga el paseo para el martes, por ejemplo.

—No es fácil, ni quiero hacerlo. Además, ese compromiso previo no existe.

Ana continuó suplicando, rogando, instando a su amiga de la manera más afectuosa, empleando para ello las palabras más cariñosas. ¿Cómo era posible que su queridísima, su dulcísima amiga, se negara a complacer a quien tanto la quería? Ella sabía que su adorada Aida, dueña de un corazón bondadoso y de un carácter encantador, no sabría negarse al deseo de quienes tanto la apreciaban. Pero todo fue inútil. Persuadida de que su actitud era correcta, Aida no se dejaba convencer. Ana cambió entonces de táctica. Reprochó a la muchacha el que prefiriese a Livia, a la que, evidentemente, y a pesar de conocerla hacía tan poco tiempo, profesaba mayor cariño que a sus otras amistades. Finalmente, la acusó de indiferencia y frialdad para con ella.

—No puedo evitar sentir celos cuando veo que me abandonas por unos extraños. ¡A mí, que tanto te quiero! Ya sabes que una vez que entrego mi cariño a una persona no hay poder humano que logre hacérmela olvidar. Soy así; tengo sentimientos más profundos que nadie, y tan arraigados que ponen en peligro la tranquilidad de mi espíritu. No imaginas cuánto me duele ver mi amistad desdeñada en favor de unos conocidos, que eso, y no otra cosa, son ellos.

A Aida el reproche le pareció tan inmerecido como cruel. ¿Era justo que una amiga sacara a relucir de ese modo sus sentimientos y secretos más íntimos? Ana se estaba comportando de manera egoísta y poco generosa; por lo visto, nada le preocupaba más que su propia satisfacción. Tales pensamientos no la impulsaron, sin embargo, a hablar, y mientras ella permanecía en silencio, Ana, llevándose el pañuelo a los ojos, hacía ademán de enjugarse las lágrimas, hasta que Federico, conmovido por aquellas muestras de pesar, dijo a su hermana:

—Vamos, Aida, creo que debes ceder. El gusto de complacer a tu amiga bien vale un pequeño

sacrificio. Opino que harás mal en negarte a nuestros deseos.

Era la primera vez que Federico se oponía a su proceder, y, debido a esto, Aida propuso un arreglo. Si ellos demoraban su plan hasta el martes, lo cual podía hacerse fácilmente, ya que sólo de ellos dependía, ella los acompañaría y todos quedarían satisfechos. Pero sus amigos se negaron en redondo a alterar sus planes, alegando, en defensa de su proyecto, que para entonces Fernando tal vez se hubiese marchado. Aida respondió que en ese caso lo lamentaría mucho, pero que no tenía nada mejor que proponer. Siguió a sus palabras un breve silencio, interrumpido al fin por Ana, quien, con voz que denotaba un resentimiento profundo, dijo:

—Bueno, pues no hay que pensar en ello más. Si Aida no puede acompañarnos, yo tampoco iré. Me niego a ser la única mujer. No me sentiría cómoda.

—Es preciso que vengas, Aida —exclamó Federico.

—Pero ¿por qué no llevas a vuestra madre? Ella es relativamente joven y es una mujer moderna. Estoy segura de que aceptaría con gusto la invitación.

—Gracias —dijo Fernando—. Pero yo no he venido a El Escorial a pasear a mi madre. Ella tiene además la obligación de asistir a los baños. Nada, si te niegas, pues yo también, ¡qué diablos! Si voy es por llevarte a ti.

—Esa galantería no me causa ninguna dicha ni placer —replicó Aida, pero Fernando se había alejado tan rápidamente que no la oyó.

Siguieron paseando juntos los tres y la situación se hizo cada vez más desagradable para la pobre muchacha. Tan pronto se negaban sus acompañantes a dirigirle la palabra como se empeñaban en abrumarla con súplicas y reproches, y aun cuando Ana iba con ella a su lado, era evidente que entre ellas no reinaba la paz. Aida se sentía unas veces molesta, otras enternecida, siempre preocupada y al mismo tiempo firme en su determinación.

—No sabía que fueras tan terca, Aida —dijo Federico—. Antes no costaba tanto trabajo convencerte. Siempre fuiste la más dulce y cariñosa de todos nosotros.

—Pues ahora no creo serlo menos —contestó la muchacha, dolorida—: es verdad que no puedo complacerlos, pero mi conciencia me advierte que hago lo correcto.

—No parece —replicó Ana en voz baja— que la lucha que sostienes con tus sentimientos sea muy enconada.

Aida se sintió embargada por un profundo pesar, se separó de Ana y ella no se opuso. Transcurrieron así diez minutos, al cabo de los cuales vieron llegar a Fernando con expresión más animada.

—Ya lo he arreglado —dijo—. Podemos hacer nuestra excursión mañana sin el más leve remordimiento de conciencia. He hablado con Livia y le he presentado todo género de excusas.

—No es posible... —exclamó Aida.

—Le aseguro que sí. Acabo de dejarla. Le he explicado que iba en tu nombre a decirle que, puesto que se había comprometido previamente a ir con nosotros a Segovia mañana, no podía salir a pasear con ella hasta el martes. Respondió que no había inconveniente y que para ella era lo mismo un día que otro. De manera que quedan allanadas las dificultades. Ha sido una buena idea, ¿verdad?

Ana sonrió y Federico recobró su buen humor.

—¡Una idea magnífica! —exclamó la primera—. Ahora, Aida, olvidemos nuestro disgusto. Te perdono, y no hay que pensar más que en pasarlo muy bien.

—Esto no puede ser —dijo Aida—. No puedo permitirlo. Iré a ver a Livia y le explicaré...

Ana, al oírla, retuvo una de sus manos; Fernando, la otra, y los tres empezaron a reprenderla.

El mismo Federico se mostró indignado. Después que todo hubiese sido arreglado y de que la propia Livia hubiera dicho que lo mismo daba pasear el martes, era ridículo, absurdo, seguir oponiéndose.

—No me importa —insistió Aida—. Fernando no tenía derecho a inventar semejante disculpa. Si a mí me hubiera parecido bien demorar mi paseo con Livia, se lo hubiera propuesto personalmente. Esto es un atropello y una grosería imperdonable. Además, ¿quién me asegura que Fernando no se ha equivocado una vez más? Por su causa el viernes pasado quedé mal ante ella. Fernando, ten la bondad de soltarme, y tú también Ana.

Fernando insistió en que sería inútil tratar de alcanzar a Livia, pues giraban ella y su hermano dos calles anteriores hacia su calle cuando él les habló, y seguramente ya habrían llegado a su casa.

—Los seguiré —dijo Aida—; estén donde estén, hablaré con ellos. Es inútil que intentéis detenerme; si con razonamientos no habéis conseguido obligarme a lo que no creo que debo hacer, con engaños lo conseguiréis aun menos.

Aida logró soltarse de Ana y de Fernando y se alejó a toda prisa. El segundo pretendió seguirla, pero Federico lo detuvo.

—Déjala, déjala que vaya. Se lo ha propuesto, y es más terca que un...

Federico no quiso terminar la frase, que no encerraba una galantería precisamente.

Aida, presa de intensa agitación, se alejó con rapidez. Temía verse perseguida, pero no por ello pensaba desistir de su empeño. Al andar reflexionaba en cuanto había ocurrido. Le resultaba doloroso contrariar a sus amigos, y muy particularmente a su hermano, pero no se arrepentía de su conducta. Aparte del placer que pudiese suponer para ella el paseo en cuestión, consideraba una muestra tanto de informalidad como de incorrección el faltar por segunda vez a un compromiso retractándose de una promesa hecha cinco minutos antes. Ella no se había opuesto al deseo de los otros sólo por egoísmo, pues la excursión que le ofrecían y visitar Segovia eran por demás atractivos, pero si les contrariaba era, sobre todo, porque deseaba contentar a Livia y su hermano y quería quedar bien con ellos. Tales razonamientos no bastaban, sin embargo, para devolverle la tranquilidad perdida. Era evidente que sus ansias no quedarían satisfechas hasta que no le explicase la situación a Livia, y una vez hubo cruzado el Deluxe aceleró aún más el paso, hasta que por fin se halló en el extremo alto de la calle de ellos. Tanta prisa se había dado que, a pesar de la ventaja que los otros le llevaban, éstos entraban precisamente en su casa cuando los vio. Antes de que cerrasen la puerta, la muchacha ya estaba delante de ella. Con el pretexto de que necesitaba hablar con Livia, Christian la recibió y la dejó entrar en la casa. Y prendiéndole subió por las escaleras hasta el recibidor y penetró en un salón en el que se hallaban su padre y su hermana. La explicación ofrecida por Aida, y que, dado su estado de nerviosismo, resultó bastante incomprensible, fue como sigue:

—He venido corriendo... Ha sido una equivocación. Le dije, desde luego, que no iría con ellos y estoy aquí para explicároslo a vosotros. Porque me importaba lo que pudieran pensar de mí, y no iba a dejarme detener.

El asunto, si no completamente aclarado por las frases de Aida, dejó, por lo menos, de ser un enigma gracias a las mutuas explicaciones que a continuación siguieron. En efecto, Fernando había dado el recado, y Livia no tuvo inconvenientes en reconocer que la supuesta incorrección de Aida la había sorprendido bastante. Lo que no sabía ella era de que aquella aparente informalidad había impresionado a Christian en la misma medida que a su hermana. Pero por amargas que fuesen las reflexiones expresadas por uno y otro antes de la llegada de Aida, la presencia de esta y sus

aclaraciones limaron todas las asperezas y afianzaron enormemente la nueva amistad.

Una vez resuelta aquella cuestión, Livia presentó a Aida a su padre, quien la recibió con tal afabilidad y cortesía que la muchacha no pudo por menos de recordar las palabras de Fernando y pensar en su voluble amigo. El padre extremo sus atenciones, y después de permanecer con ellos un cuarto de hora, Aida se levantó para marcharse, pero el padre la sorprendió con el ruego, expuesto en nombre de su hija, de que se quedara el resto del día para almorzar con ellos. Aida se mostró profundamente agradecida pero manifestó que, muy a su pesar, Sarah y Germán, los amigos con quien se hospedaba, la esperaban para comer. El padre reconoció que ellos tenían más derecho para disfrutar de su encantadora presencia, pero esperaban que en otra oportunidad pudiera verla en su casa.

Aida le aseguró que le gustaría mucho complacerlo. El padre la acompañó luego hasta la puerta principal, colmándola mientras tanto con frases de elogio. Hizo especial hincapié en la gracia de su andar, que se igualaba con la cadencia y el ritmo de su baile. Finalmente se despidió, después de obsequiarla con un efusivo saludo estrechando las manos.

Encantada la muchacha por el resultado de su entrevista, se dirigió nuevamente hacia su casa, procurando andar con la gracia que le atribuía el padre de Christian y de la que ella no se había apercibido hasta ese momento. Llegó a casa sin encontrarse con ninguna de las personas que tan insolentes se habían mostrado aquella mañana, pero no bien vio asegurada su victoria sobre éstas, empezó a dudar de que su proceder hubiese sido acertado. Pensó que un sacrificio es siempre un acto de nobleza y que, accediendo a los deseos de su hermano y de su amiga, se habría evitado de disgustar al primero, enfadar a la segunda e influir negativamente, quizá, en la felicidad de los dos. Para tranquilizar su conciencia y cerciorarse de la corrección de su conducta solicitó consejo a Germán, a quien refirió detalladamente el plan que para el día siguiente habían proyectado su hermano y Fernando y Ana.

—¿Y piensas acompañarlos? —preguntó Germán.

—No; me negué porque momentos antes le había prometido a Livia que saldría con ella. ¿Crees que hice mal?

—Hoy día los chicos jóvenes hacen lo que ellos quieren. Yo no sé lo que tus padres dirían. Pero no veo bien que salgan como parejas chicos que en verdad no tenéis una relación de pareja. Sólo os estáis conociendo. ¿A ti no te parecería extraño, Sarah, que salgan así con tanta confianza?

—A mí no me gusta nada que tengan así tanta confianza. Pero no hay que ser tan severos y hoy día ya se sabe, los jóvenes se salen con la suya siempre. Pero te voy a decir una cosa, no des nunca a entender a un chico que te pretende una cosa contraria a lo que después vas a hacer. Es decir, si Fernando te quiere pretender pero el no te gusta realmente no le des a entender lo contrario y no propicies más encuentros y menos este tipo de encuentros entre parejas. Yo espero que lo entiendas. Porque luego los hombres se enojan y se enfadan si ven que le desprecias. Si no te gusta no accedas a darle a entender lo contrario, solo porque quieres complacer a tu hermano o ser tolerante con Ana.

—Entonces, Sarah, —preguntó Aida— ¿crees que hago bien en no ir? Es que ahora se trata de algo más serio, y no creo que hubiera sido difícil dejarme convencer. A veces puedo tener mi debilidad o dudas.

—Bueno, hasta aquí, lo ocurrido no tiene importancia —dijo Sarah—, pero si, considero mi deber aconsejarte que en el futuro no salgas con Fernando.

—Eso precisamente iba a decirle yo —intervino Germán—. Es la clase de chicos envanecido de sí mismo que cualquier clase de desaire se lo tomaría muy mal. Yo te aconsejo que esperes.

Aida, una vez tranquilizada por lo que a ella le interesaba, empezó a preocuparse por Ana, apresurándose a preguntar a Germán si creía que debería decírselo a su amiga señalándole los inconvenientes que extrañaba para ella esas excursiones, a los que ella también se exponía. Pero Germán la disuadió de ello.

—Más vale que lo dejes correr, Aida —le aconsejó—. Ana tiene edad suficiente para saber esas cosas, y además no me cabe duda de que su madre es tolerante con ella. Si Ana y tu hermano quieren salir juntos, lo harán. Y si se trata de que ella entienda tu caso finalmente lo entenderá. Pues sacrificarte por alguien que hace lo que quiere no tiene sentido. Y tu debes pensar en ser correcta para ti misma no para los demás.

Aida obedeció, satisfecha de estar haciendo lo correcto.

Se alegraba de no tomar parte en la expedición, porque estaba claro que habría sido una falta de cortesía hacia su amiga Livia, al no respetar la promesa; pero, por otra parte, hubiera sido también una indiscreción o un peligro dentro de la amistad y de los deseos que se prodigan entre amigos.

Capítulo 11

La mañana siguiente amaneció hermosa, y Aida temió ser objeto nuevamente de un ataque por parte de sus adversarios. A pesar del valor que la infundía contar con el apoyo de Germán, temía verse enzarzada otra vez en una lucha en la que resultaba dolorosa hasta la misma victoria. De modo, pues, que grande fue su felicidad cuando comprobó que nadie intentaba convencerla nuevamente. Livia y su hermano llegaron a buscarla a la hora convenida, y como quiera que ningún incidente imprevisto ni llamada impertinente malogró sus planes, Aida consiguió cumplir sus compromisos.

Se decidió que el paseo se hiciera en dirección hacia las colinas, cuya espléndida vegetación se admira desde el pueblo.

Los hermanos contemplaban el paisaje con el interés de quienes están acostumbrados a dibujar, discutiendo acerca del atractivo pictórico de aquellos parajes, dando a cada paso nuevas pruebas de su gusto artístico. Aida carecía de la afición de pintar y, aun cuando escuchaba atentamente lo que decían sus amigos, las frases que estos empleaban le resultaban algo incomprensibles. Ciertas ideas acerca del asunto sólo le sirvió para sentirse más confusa, demostrando, por ejemplo, que las mejores vistas no se obtenían desde lo alto de la montaña y que un cielo despejado no era prueba de un día hermoso. La muchacha confesó su falta de conocimientos, y declaró de buen grado que le gustaría saber dibujar, lo cual le valió una conferencia acerca del arte, tan clara y terminante, que al poco tiempo encontraba bello todo cuanto Christian consideraba admirable, escuchándolo tan atentamente que él quedó encantado del gusto y el talento natural de aquella muchacha, y convencido de que él había contribuido a su desarrollo. Le habló de primeros y segundos planos, de perspectiva, de sombra y de luz, y su discípula aprovechó tan bien la lección, que para cuando llegaron a lo alto del monte, Aida, apoyando la opinión de su maestro, rechazó la totalidad de la monumentalidad de El Escorial como indigno de formar parte de tan bello paisaje. Encantado con aquellos progresos, pero temeroso de cansarla con un exceso de la cuestión, Christian trató de cambiar de tema, y así pasó a hablar de árboles en general, de bosques, de terrenos improductivos, de los patrimonios reales, de los del gobierno, y, finalmente, de política, hasta llegar al punto suspensivo de un completo silencio. La pausa que siguió a dicha disquisición fue interrumpida por Aida, quien, con tono un tanto asustado, exclamó:

—No sé qué podrá ocurrir con el nuevo gobierno. La política es algo sobre lo que no puedo opinar. Lo cierto es que carezco de los estudios.

—Nosotras, las mujeres, no tenemos demasiada inclinación por opinar de ello. Pero es porque siempre hay guerras y luchas más que otra cosa. Mi hermano siempre dice que nosotras no entendemos y que no tenemos dote intelectual.

—¿Que yo digo eso?

—Sí, a veces lo has dicho, o lo piensas de algunas mujeres que tú dices hay en tu carrera y que hablan sin conocimiento.

—No le hagas caso, Aida. Yo sólo he dicho eso de mujeres orgullosas y con una tendencia intencionada, pero sin la naturalidad que se requiere para reflexionar desde la simple observación

de los hechos. Todas tienen predefinidas sus respuestas. La mujer en general puede tener más asertividad y perspicacia para entender los sentimientos humanos. Pero también es mucho más influyente y le cuesta hacer un esfuerzo intelectual y científico. Por supuesto, en la universidad es diferente.

Aida se puso seria.

—Debes tener en cuenta que Aida no está acostumbrada a entenderte ni a tus bromas conmigo. Conviene que te disculpes y le asegures que tienes el más alto concepto de la inteligencia femenina.

—Aida —dijo Christian—, tengo un concepto elevadísimo de la inteligencia de todas las mujeres del mundo, y en particular de aquellas con quienes casualmente hablo.

—Eso no es suficiente. Sé más formal.

—Aida, nadie estima la inteligencia de la mujer tanto como yo. Hasta tal punto llega, en mi opinión, la prodigalidad de la naturaleza para con ellas en este terreno, que no necesitan usar más que la mitad de los dones que han recibido por parte de ella.

—No hay manera de obligarlo a ser más formal, Aida —lo interrumpió Livia—. Por lo visto está decidido a no hablar en serio, pero le aseguro que, a pesar de lo que ha dicho, es incapaz de pensar injustamente de la mujer en general, ni mucho menos de decir nada que pudiera herirme.

—Entiendo que deseas justificarme y te lo agradezco. Pero en serio, valoro mucho más la humildad de la mujer y el reconocer la ignorancia de uno para poder aprender de otro lo que ignoramos. En realidad, esto une a las personas que se sienten unidas por mutua admiración más que las separa. Y es por lo que elogio a Aida. Porque se ha mostrado atenta y escuchando. Y también porque estoy seguro son temas que pueden decidir sus futuros estudios, si sigue también la trayectoria que ha empezado su hermano.

—Sí, él estudia economía pero yo prefiero algo más relacionado con el actual trabajo en la cooperativa. Estudiar enología me atrae más, pero aún no sé qué quiero hacer.

El paseo resultó, así pues, entretenido y delicioso para Aida. Ella no podía creer, en verdad, que Christian pudiera pensar algo que no fuera correcto. ¿Qué importaba que sus maneras aparentaran lo que su pensamiento no admitía? Aparte de que ella estaba dispuesta a admirar tanto aquello que le agradaba como lo que no atinaba a comprender.

Ambos hermanos acompañaron a Aida a su casa, y una vez allí, Livia pidió a Sarah que dejara que Aida viniera pasado mañana a comer a su casa. Sarah no opuso ningún reparo, y en cuanto a Aida, si algún esfuerzo hubo de hacer, fue por disimular la alegría que esta invitación le producía.

La mañana había transcurrido de manera tan grata y divertida que quedó borrado de su mente el recuerdo de otros cariños. En todo el paseo no se acordó de Ana ni de Federico. Una vez que sus amigos se hubieron marchado, Aida quiso dedicar a aquéllos un poco de atención, pero con escaso éxito, pues Sarah, que no sabía nada de ellos, no pudo informarla al respecto.

Ella esperaba que aquella expedición no se hubiera suspendido, y esperaba que hubiere resultado lo bastante entretenida para que Federico y Ana, olvidando su posición, la perdonaran generosamente y no le guardaran rencor.

Al siguiente día por la mañana recibió una llamada a su móvil de Ana, hablándole con ternura y respirando paz, y le requería para que fuese a su casa porque quería contarle un asunto de importancia urgente. Y así hizo que Aida marchara muy de mañana a la casa de su amiga. En el salón se encontraba la hermana menor de Ana, María, quien habló con ella aprovechando que la presencia de Ana era requerida por su madre. Por lo visto María no tardó en contarle que ella había asistido con su hermana y Fernando a la excursión de ayer, dado que la invitaron porque

Aida no pudo ir. Estuvo cinco minutos hablando y elogiando aquel viaje. Describió donde fueron, donde comieron, que compraron recuerdos y que estuvieron en una heladería comprando helados. Que llovió un poco pero no sufrió mayor percance.

Aida escuchó el relato con sincera alegría y satisfacción. En aquel momento entró Ana en la habitación, y con tal expresión de alegría y paso tan decidido, que captó por completo la atención de su amiga. La abrazó y marchando hacia una de sus habitaciones privadas, intentó comunicarle la grata noticia:

—Sí, Aida, es cierto. No te engañó tu percepción. ¡Qué ojos tan picaros...! Todo lo ven...

Una mirada de asombro profundo fue la única réplica que pudo ofrecer Aida.

—Mi querida amiga —continuó la otra—. Serénate te lo ruego; yo estoy muy agitada, como podrás suponer, pero es preciso tener juicio. Sentémonos aquí y charlemos. Aida, tú, que eres la única persona que conoce a fondo mis sentimientos, puedes juzgar cuán feliz me siento. Tu hermano es el más encantador de los hombres, y yo sólo deseo llegar a ser digna de él, pero ¿qué dirán tus padres? Cielos, cuando pienso en ello siento un temor que...

Aida, que en un principio no acertaba a comprender de qué se trataba, cayó repentinamente en la cuenta, y, sonrojándose a causa de la emoción, exclamó:

—¡Cielo Santos! Ana, ¿significa que os habéis enamorado tú y Federico?

Tal suposición, sin embargo, no abarcaba todos los hechos. Poco a poco su amiga le fue dando a entender que durante el paseo del día anterior aquel afecto que se había sorprendido en sus miradas y gestos había provocado la confesión de un recíproco amor. El corazón de Ana pertenecía por entero a Federico. Aida jamás había escuchado una revelación que la emocionase tanto. ¿Novios su hermano y su amiga? Dada su inexperiencia, aquel hecho se le antojaba de una importancia trascendental. Le resultó imposible expresar la intensidad de su emoción, pero la sinceridad de esta contentó a su amiga. Ambas se felicitaron mutuamente por el nuevo y fraternal parentesco que habría de unir las, acompañando los deseos de felicidad con cálidos abrazos y con lágrimas de alegría.

El regocijo de Aida, siendo muy grande, no era comparable al de Ana, cuyas expresiones de ternura resultaban hasta cierto punto abrumadoras.

—Serás para mí más que mi propia hermana, Aida —dijo la feliz muchacha—. Presiento que voy a querer a vuestra familia lo mismo que a la mía.

Aida no se creía capaz de llegar a tan alto grado de amistad.

—Desde el primer momento me sentí atraída por tu hermano cuando Fernando me lo presentó y luego tú eras tan parecida a él que me sentí atraída igualmente por ti. Pero así me ocurre siempre —prosiguió Ana—. El primer impulso, la primera impresión, son invariablemente decisivas. El primer día que Federico con Fernando se presentó en casa, en las navidades pasadas, le entregué mi corazón nada más verlo. Recuerdo que yo llevaba puesto un vestido amarillo y el cabello recogido en un gran moño a lo alto, y cuando entré en el salón y Fernando me lo presentó, pensé que jamás había visto a un hombre más guapo ni más de mi agrado.

Al oír aquello, Aida no pudo por menos de reconocer la virtud y poder soberano del amor, pues aun cuando admiraba a su hermano y lo quería mucho, nunca lo había tenido por guapo.

—Recuerdo también que aquella noche se presentó también a tomar la merienda una de mis jóvenes vecinas. En aquella ocasión llevaba un vestido de tafetán y estaba tan bonita que no pude conciliar el sueño en toda la noche, tal era mi temor que tu hermano se hubiese enamorado de ella. ¡Ay, Aida bonita! ¡Cuántas noches de desvelo e insomnio he sufrido a causa de tu hermano...! ¡Así me he quedado de escuálida! Pero no quiero apenarte con la relación de mis sufrimientos ni de

mis preocupaciones, de los que imagino ya te habrás dado cuenta. Yo manifestaba sin querer mi preferencia a cada momento; declaraba por ejemplo que consideraba admirables a los hombres con la carrera de economista, y de ese modo creía darte ocasión de averiguar un secreto que, por otra parte, sabía que guardarías escrupulosamente.

Aida reconocía para sí que, en efecto, le habría sido imposible divulgar aquel secreto, pero no se atrevió a discutir el asunto ni a contradecir a su amiga, más que nada porque le avergonzaba su propia ignorancia. Pensó que al fin y al cabo era preferible pasar a los ojos de Ana por mujer de extraordinaria perspicacia y bondad.

Acto seguido, Aida se enteró de que su hermano quería terminar ese año la carrera y obtener un puesto en una de las empresas financieras más importantes del sector a través de una buena recomendación. Esto producía cierta agitación en el ánimo de Ana. Y llegó a hablarle de la prevista boda en cuanto todos esos hechos aconteciesen

—No es posible encontrar tanta felicidad —dijo Aida—. Yo no tengo la menor duda de que Federico conseguirá acabar la carrera y encontrar un buen empleo, pues es muy listo e inteligente.

—Eso mismo asegura él —observó Ana—. Sin embargo, tengo miedo. Mis medios de vida ahora son menores y no tengo trabajo, pero él dice que ya lo encontraré y que él puede mantener toda una familia.

Aida tuvo que reconocer de nuevo que la fuerza del amor era omnipotente.

—Te aseguro, Ana, que eres demasiado modesta y que si quieres podrás encontrar trabajo cuando te lo propongas.

—Para ti, que eres tan generosa de corazón, claro que no es un impedimento —la interrumpió Ana—. Pero no todo el mundo es tan desinteresado. Por lo que a mí respecta, sólo quisiera ser dueña de millones para elegir, como ahora hago, a tu hermano.

Esta interesante declaración, valorada tanto por su significado como por la novedad de la idea que la inspiraba, agradó mucho a Aida, quien pensó también que jamás había visto a su amiga tan bella como en el momento de pronunciar aquellas palabras.

—Estoy segura de que mi familia y todos te encontrarán encantadora —repitió la muchacha una y otra vez.

—Por lo que a mí respecta —repuso Ana—, sólo se decirte que puedo vivir con una renta modesta, y que, cuando se quiere de verdad, uno se ajusta con lo que tiene y eso es bienestar. Detesto todo lo que sea elegancia y pretensión. ¡Ah, tantas emociones encontradas harán por causarme el ponerme debilucha!

A esta declaración siguió una pausa, y cuando Ana volvió a hablar fue para tratar de reponerse con fuerzas, e inmediatamente aludió al traje de novia.

Capítulo 12

Puso fin a aquella disquisición la presencia del joven y ardiente enamorado, que deseaba despedirse antes de partir para Madrid, donde tenía que cumplir algunas obligaciones. Aida habría querido felicitar a su hermano, pero no supo expresar su alegría más que con la mirada, y aun así fue esta tan elocuente que no tuvo dificultad alguna en comprender sus sentimientos. Federico trató de acelerar la despedida, y lo habría conseguido antes si no lo hubiera retenido con sus recomendaciones la bella enamorada, cuyas ansias por verlo partir hizo que lo llamara por dos veces con el objeto de aconsejarle que se diera prisa y de volverle a besar en los labios.

—No, Federico, no; es preciso que te marches. Considera lo lejos que está Madrid. No quiero que te entretengas. No pierdas más tiempo, por favor. Vamos, márchate de una vez...

Las dos amigas, más unidas que nunca por aquellas circunstancias, pasaron reunidas el resto del día haciendo, como buenas hermanas, planes para el porvenir. Participaron de la conversación Lorena y su hijo Fernando considerando el hecho un acontecimiento feliz. María, la menor, quedó excluida por el momento de aquellas miradas significativas y frases misteriosas. Tan extraña reserva, cuya finalidad Aida no atinaba a comprender, la habría impulsado a darle una explicación, si María no se hubiera tomado el asunto con tranquilidad y medio en broma. La velada transcurrió en medio de la misma ingeniosa lucha, procurando los unos mantener su actitud de exagerado misterio y aparentando las otras saber más de lo que se suponía.

A la mañana siguiente Aida hubo de acudir nuevamente a casa de su amiga y ayudarla a distraerse durante las horas que aún faltaban para que Federico la llamase, en el momento en que terminaba de salir de su trabajo. Era un trabajo temporal con el que podía ayudarse para terminar la carrera, y del que no podía todavía prescindir.

Esperaban buenas noticias porque él quería hablar con sus padres. Sin duda, la ayuda de Aida era necesaria, pues a medida que se acercaba el momento decisivo Ana se mostraba cada vez más nerviosa e incluso abatida, hasta el punto de que para cuando llegó la ansiada llamada telefónica ella se hallaba en un estado de verdadera postración y desconsuelo. Felizmente para todos, la llamada trajo el consuelo y disipó de la duda de cómo habrían recibido la noticia sus padres. Cuando él dijo que harían todo lo posible para ayudarle estuvo en sus manos la felicidad y una expresión de suprema alegría inundó el rostro de Ana. La preocupación que inundaba su ánimo desapareció, sus expresiones de júbilo casi superaron los límites de lo convencional y, sin titubear, se declaró la mujer más feliz del mundo.

La madre, con los ojos arrasados de lágrimas, abrazó a su hija. Y tampoco Fernando quedó a la zaga de sus demostraciones de júbilo, quien manifestó que su buen amigo Federico era uno de los mejores hombres que podía encontrarse, entre otras frases de elogio.

Fernando que se disponía también ese día a partir para Madrid, se despidió de su hermana y viendo que Aida se encontraba sola en el salón le dijo:

—Aida, yo también me despido.

La muchacha le deseó un feliz viaje, pero él aparentando no oírla, se dirigió hacia la ventana tarareando y completamente abstraído.

—Me parece que te retrasarás —dijo Aida.

Fernando no contestó, luego, volviéndose de repente, exclamó:

—Bonito proyecto este de la boda. ¿A ti qué te parece? ¿Verdad que es una idea que no está del todo mal?

—A mí me parece muy bien.

—¿De veras? Bueno, por lo menos eres sincera y partidaria del matrimonio. Ya sabe lo que dice el refrán: "Una boda trae otra". ¿Vendrás y asistirás a la de mi hermana?

—Sí, le he prometido a Ana que estaría con ella ese día, si nada me lo impide, por supuesto.

—Entonces ya lo sabes... —Fernando parecía inquieto y desazonado—. Si lo desea podemos demostrar la verdad de ese refrán.

—Me parece que no lo veo posible. Pero... le repito que le deseo un feliz viaje, y me marchó, porque estoy invitada a comer en casa de Livia y es tarde.

—No tengo prisa. ¿Quién sabe cuándo volveremos a vernos? Por más que pienso poder estar de regreso en quince días para algunos negocios, y... ¡qué largos me van a parecer!

—Entonces, ¿por qué te ausentas durante tanto tiempo? —preguntó Aida, en vista de que él esperaba que dijese algo.

—Te has mostrado amable con mi hermana y bondadosa, y no lo olvidaré. No hay mujer en el mundo más bondadosa que tú. No es sólo... bondad, sino todas las virtudes juntas... Jamás he conocido a nadie como tú, te lo aseguro.

—¡Qué cosas dices! Hay muchas como yo, y mejores aún. Buenos días...

—Pero óyeme antes, Aida. ¿Me permites que vaya a visitarte cuando ya estés instalada de nuevo en el pueblo?

—¿Y por qué no? En el pueblo todo el mundo está encantado con ver nueva gente, mis padres también.

—Pero tú..., Aida, ¿lamentarás verme?

—De ninguna manera. Son pocas las personas a quienes no me agrada ver. Además la vida en el campo resulta más animada cuando se tienen visitas.

—Eso mismo pienso yo. Me basta con que me dejen estar allí donde me encuentro a gusto, en compañía de aquellos a quienes aprecio. ¡Y al diablo lo demás...! Celebro infinitamente que pienses igual que yo, aun cuando ya me figuraba que tus gustos y los míos eran muy parecidos.

—Tal vez, pero yo no me había dado cuenta de ello. Sin embargo, debo advertirte que en ocasiones no sé qué me agrada o desagrada. Ahora, si me perdona, tengo que dejarlo. Nos alegrará mucho verle si va por el pueblo cuando tenga ocasión.

Tras pronunciar aquellas palabras, Aida se marchó. No había poder humano ni frase amable capaz de retenerla, pues la esperaba un interesante almuerzo y ardía en deseos de comunicar las felices noticias. Ni la conversación con Fernando la podría distraer de esta importante cita, a pesar de que él había quedado convencido de que su supuesta declaración de amor había sido todo un éxito.

La emoción que la nueva del noviazgo había producido en Aida le hizo creer que Sarah y Germán quedarían igualmente sorprendidos, y se llevó una gran desilusión al comprobar que estos buenos amigos se limitaban a decir que venían esperándolo desde la llegada de Federico a El escorial, y que deseaban la mayor de las dichas a la enamorada pareja. Germán dedicó además un breve comentario a la belleza, y su mujer otro a la buena suerte de la novia, y eso fue todo.

Desilusionada Aida ante semejante insensibilidad, la consoló un tanto la agitación que en el ánimo de Sarah produjo la noticia de la marcha de Federico, no por la causa que la motivada, sino porque le habría gustado ver al muchacho antes de su partida y darle recuerdos a sus padres de su

parte.

Aida tenía tantas esperanzas depositadas en su visita a su amiga Livia, que tuvo una desilusión no sólo lógica, sino inevitable. A pesar de que el padre la recibió muy cortésmente, de que Livia se mostró sumamente atenta con ella y de que Christian estuvo en casa todo el tiempo que ella permaneció en esta, la muchacha no pudo por menos de reconocer, al volver a su casa, que no había disfrutado lo que esperaba. Su amistad con Livia, lejos de acrecentarse, parecía haberse enfriado. En cuanto a la conversación de Christian, éste se mostró menos amable que otras veces. Hasta tal punto fue así, que no obstante la afabilidad del padre y sus frases galantes la muchacha celebró marcharse de la casa. Lo ocurrido era, en verdad, muy extraño.

No se sabía a qué atribuir la evidente tristeza de los hermanos y la falta de desanimación de Aida. Quiso atribuir la muchacha lo primero a la casualidad, y lo segundo a su propia estupidez. Pero concedora Ana de todos los detalles de aquella visita, interpretó lo sucedido de manera muy distinta.

—Es orgullo —dijo—. Nada más que orgullo y soberbia. Ya me parecía a mí que esa familia se daba muchos aires, y ahora no me cabe la menor duda. Jamás he visto comportamiento más insolente que el de Livia para contigo. ¿A quién se le ocurre no tratar bien a un invitado? ¿Dónde se ha visto tratar a este con superioridad y no dirigirle apenas la palabra?

—No, Ana, no me has comprendido; Livia no se ha comportado tan mal como supones, ni me ha tratado con aires de superioridad, ni ha cesado de atenderme.

—No trates de defenderlo. ¿Y el hermano...? ¡Después de fingir tanto afecto hacia ti...! La verdad es que no acaba una de comprender a la gente. ¿Dices apenas te miró?

—No he dicho eso, pero admito que no estaba tan animado como otras veces.

—¿Qué vileza! Para mí no existe nada más despreciable que la inconstancia. Te suplico, Aida, que no vuelvas a pensar en un hombre tan indigno de tu amor.

—¿Indigno? Pero ¡si creo que no piensa en mí siquiera!

—Eso es precisamente lo que te estoy diciendo, que no piensa en ti. ¡Qué volubilidad! ¡Cuán diferente de tu hermano y el mío! Porque creo firmemente que Fernando tiene un corazón muy constante.

—En cuanto al padre, dudo que nadie pudiera comportarse con mayor delicadeza y finura. Al parecer, no deseaba más que distraerme y hacer que me sintiese cómoda.

—Del padre no digo nada. Ni siquiera considero que sea orgulloso. Parece todo un caballero. Fernando lo tiene en gran estima, y ya sabes que él...

—Bueno, ya veremos cómo se comportan esta noche en el baile.

—¿Quieres que vaya?

—¿No pensabas ir? Creí que estaba decidido que iríamos todos juntos.

—Desde luego; si tú lo quieres, iré, pero no pretendas que me muestre contenta. Mi corazón se halla a más de cincuenta kilómetros de distancia. Tampoco exijas de mí que baile. Sé que aquel estudiante rubio me perseguirá hasta la muerte para que lo haga, pero yo sabré librarme de él. Apuesto cualquier cosa a que sospecha el motivo que me lo impide, y eso es precisamente lo que quiero evitar. Procuraré no darle ocasión de hablar de ello.

La opinión que Ana se había formado de Christian no influyó en el ánimo de Aida, quien estaba persuadida de que Christian y su hermana habían estado, si no alegres, atentos para con ella, y que el orgullo no anidaba en su corazón. Aquella noche vio recompensada su confianza. Livia la saludó con igual cortesía y Christian la colmó de atenciones, tal como hiciera otras veces. Livia trató de colocarse a su lado y Christian la invitó a bailar.

Tras haber oído en el almuerzo con ellos que el padre esperaba la llegada del primogénito, que era militar, en uno de sus permisos, Aida supuso, y con razón, que un joven muy distinguido a quien no había visto antes, y que acompañaba a Livia, era la persona en cuestión. Lo contempló con ingenua admiración; hasta pensó que habría tal vez quien le considerase más apuesto que su hermano, si bien para su gusto no era así. El militar parecía más orgulloso y menos simpático que Christian, además de ser sus modales muy inferiores a los de este, y no parecía que era muy de su gusto aquel tipo de baile de danza.

Incluso hizo unas declaraciones ante ella denostando el que a su hermano le pareciese entretenido. No obstante esto no produjo en Aida un efecto negativo ni de animosidad entre hermanos. Aida, ajena a cualquier instigación del destino, gozó enormemente con la conversación de Christian, a quien encontraba cada vez más irresistible.

Al finalizar el primer baile el militar se acercó a ellos y, con gran disgusto de Aida, se llevó a su hermano. Ambos se marcharon hablando en voz baja, y aun cuando en un principio la muchacha no se alarmó ni supuso que el hermano trataba de separarlos, porque tenía alguna sospecha de ella, no dejó de preocuparle profundamente aquella repentina desaparición de su pareja. Su intranquilidad duró cinco minutos, pero a ella le pareció que había pasado un cuarto de hora cuando los hermanos volvieron y Christian le preguntó si creía que su amiga Ana tendría inconveniente en bailar con su hermano mayor. Aida respondió sin titubear que Aida no pensaba bailar con nadie. Al enterarse de tan cruel decisión, el militar se alejó de allí.

—A su hermano no puede importarle —dijo ella—, porque antes le oí decir que odiaba el baile. Lo que ha ocurrido, sin duda, es que ha visto a Ana sentada y ha supuesto que era por falta de pareja; pero se ha equivocado porque ella me aseguró que nada la induciría a bailar esta noche.

Christian sonrió y dijo:

—¿Qué fácil debe ser para ti ser consecuente con el motivo que rigen los actos de los demás!

—¿Por qué?

—Porque nunca te preguntas qué habrá influido en una persona para que haga determinada cosa ni qué pudo inducirla a hacer tal otra. Sentimientos, edad, situación y costumbres aparte, te limitas a cuestionarte a ti misma lo que tu harías o deberías hacer de tal o cual manera...

—No te comprendo.

—¿No? Entonces hablamos idiomas muy distintos porque yo te comprendo perfectamente.

—¿A quién? ¿A mí? Es posible. Aunque a veces tengo la impresión de no ser lo bastante explícita.

—¡Bravo! Excelente manera de criticar el lenguaje de hoy día.

—Sin embargo, creo que deberías explicarte mejor.

—¿De verdad crees que es necesario? ¿Lo deseas sinceramente? Luego seguro que te sentirás intimidada y los dos nos llevaremos un serio disgusto.

—Te aseguro que no ocurrirá ni lo uno ni lo otro. Yo, por lo menos, no lo temo.

—Pues entonces te diré que tu empeño en atribuir a buenos sentimientos de mi hermano su deseo de bailar con Ana, me convence de que no hay nadie con mejores sentimientos que tú.

Aida se ruborizó y lo negó. Sin embargo, había en las palabras de Christian algo que compensaba el azoramiento de la muchacha, y ese algo llegó a preocuparla de tal modo que no pudo hablar con él ni prestar atención a lo que decía, hasta que la voz de Ana, sacándola de su ensimismamiento, la obligó a levantar la cabeza, para descubrir que su amiga se disponía tranquilamente a bailar con el antes desairado militar.

Ana, que de momento no sabía cómo explicar aquella conducta tan extraordinaria como

inesperada, se limitó a encogerse de hombros y esbozar una sonrisa, pero a Aida no la satisfizo tal explicación, y así se lo confesó a su amigo.

—No entiendo cómo ha podido hacer esto —dijo—. Ella estaba decidida a no bailar.

—¿Acaso nunca la ha visto cambiar de opinión?

—¡Ah! Pero... ¿y tu hermano? ¿Cómo es posible que la haya sacado a bailar después de lo que yo te dije que le dijeras?

—¡Eso no me sorprende! Tú podrás advertirme que me sorprenda de tu amiga y lo haré, pero en lo que respecta a mi hermano, debo reconocer que se ha comportado tal y como yo esperaba. Todos estamos persuadidos de la belleza de Ana; en cuanto a la firmeza de su carácter tú deberás responder.

—Te burlas de mí, pero te aseguro que Ana suele ser muy tenaz.

—Es lo máximo que puede decirse de una persona, porque el que es tenaz siempre suele degenerar en terco. El cambiar de opinión a tiempo es prueba de buen juicio, y sin que esto sea alabar a mi hermano, creo que Ana ha elegido la mejor ocasión para demostrar la flexibilidad de su criterio.

Hasta después de terminar el baile no encontraron las dos amigas ocasión de cambiar impresiones.

—No me extraña tu asombro —le dijo Ana a Aida tomándola del brazo—. Te aseguro que estoy rendida. ¡Qué hombre más pesado! Y el caso es que hasta resultaría divertido si una no tuviese otras cosas en qué pensar. Te aseguro que habría dado lo que no tengo por que me dejase tranquila.

—¿Por qué no se lo dijiste?

—Porque habría llamado la atención sobre mí, y ya sabes lo mucho que me desagrada. Me negué amigablemente cuanto pude. Le rogué que me excusara, que buscara otra pareja pero no hubo manera. Hasta aseguró que después de haber pensado en mí le resultaba imposible bailar con cualquier otra, y no porque tuviese deseos de bailar, sino porque quería... estar conmigo. ¿Has oído tontería semejante? Yo le contesté que no podía haber elegido peor manera de convencerme, que nada me molesta más que las frases de cumplido, y al fin me convencí de que no tendría un momento de sosiego hasta que no accediera a su ruego. Temí además que la amiga de tu amiga y mi madre, que nos había presentado, tomase a mal mi negativa, y que tu hermano, pobrecito mío, se preocupara al saber que había pasado la noche entera sentada en un rincón. ¡Cuánto me alegro que haya terminado el baile! Tanta tontería agobia, y luego, como es tan distinguido, todo el mundo nos miraba.

—Sí, realmente es muy apuesto.

—¿Apuesto? Quizá lo crean algunas pero no es mi tipo. No me gustan los hombres tan rubios ni de ojos tan grises. Sin embargo, no se puede decir que sea feo. ¡Lástima que sea tan pretencioso! Varias veces he tenido que llamarle la atención en la forma que suelo hacerlo cuando de tales casos se trata.

Capítulo 13

En su siguiente encuentro las amigas tuvieron asuntos más interesantes que discutir. Federico la llamaba todos los días y hasta varias veces. En la última vez que habían hablado le explicaba las buenas intenciones que había mostrado su padre, que quería dejarles la casita que tenían en el pueblo y que ahora estaba vacía para que ellos viviesen. Claro que ahora mientras terminaba la carrera no podría estar fuera de Madrid y también él tenía la intención de buscar un mejor trabajo con la intención de poderse hipotecar pero para ello deberían esperar todavía más de un año y medio y convencerse de los medios que disponía. En principio podrían arrendar algo. Pero le pedía a Ana que aplazaran la boda hasta no tener más seguridad o certeza económica. Posiblemente un año o dos iba a necesitar para consolidar sus deseos de bienestar.

Aida, cuyos conocimientos de la economía de sus padres o de su hermano no eran bastante perfectos y que en todo solía dejarse guiar por la opinión de su padre, en principio se mostró satisfecha por la solución dada por su hermano.

—Sí, está muy bien, muy bien —dijo Ana con expresión grave.

—Estoy convencida de que se trata de un hombre bueno y dadivoso tanto él como su padre. Y entre todos os ayudaremos —añadió su madre que se había sumado a la conversación.

—Estoy convencida de eso mamá. Pero tú sabes que a cada uno le gusta hacer con lo suyo lo que le place y que todos tenemos debilidades.

Aida no pudo por menos que lamentar aquellas insinuaciones.

—Estoy convencida de que Federico saldrá adelante —dijo ella— y prosperará.

—Eso no lo duda nadie, Aida —replicó Ana, que había caído en la cuenta del disgusto de su amiga—. Además me conoces lo suficiente para saber que yo me contentaría con una renta básica y no más. No es la falta de dinero... lo único terrible para mí, lo único que me desconsuela es que él me pide que esperemos dos años o más para la boda, y ni siquiera contempla la posibilidad de vivir juntos hasta que podamos situarnos, porque al parecer él quiere asegurarse antes el porvenir terminando la carrera.

—Sí, hija mía —intervino su madre—, te comprendemos perfectamente pero tendrás que tener paciencia. Tu nobleza al resignarte hará que aumente la estima que te profesamos los que te conocemos.

Las causas que provocaron el disgusto de Aida fueron desapareciendo lentamente. La muchacha trató de convencerse de que el retraso de su boda era el único motivo del mal humor y la tristeza de Ana, y cuando en un siguiente encuentro volvió a hallarle tan contenta y amable como de costumbre, procuró olvidar sus anteriores sospechas.

Pocos días después Federico regresó a El Escorial, en un descanso de su trabajo temporal. Mientras Sarah y Germán y, con gran pesar por parte de Aida, empezaban a preguntarse si no convendría dar por terminada su permanencia allí. La muchacha no lograba imaginar mayor desastre que una interrupción de su amistad con Livia y su hermano. Así, mientras el asunto de la marcha quedaba pendiente, creyó en grave peligro su felicidad, que sin embargo quedó a salvo cuando sus amigos decidieron prorrogar la temporada quince días más. En total, llevaban más de seis semanas. Y no es que a Aida le preocupase lo que pudiera resolverse en ese tiempo extra; le

bastaba con saber que aún podría disfrutar de vez en cuando de la presencia y la conversación de Christian.

De vez en cuando, y desde que las relaciones de Federico le habían revelado la finalidad que puede tener un amor, había llegado al extremo de deleitarse con la consideración de cierta esperanza secreta, pero, en definitiva, se contestaba con ver al muchacho unos días más, por pocos que fuesen. Asegurada su felicidad durante dicho tiempo, no le interesaba lo que más tarde pudiera suceder.

La mañana del día que sus amigos decidieron posponer la marcha hizo una visita a Livia para comunicarle la grata noticia, pero estaba escrito que su paciencia en esta ocasión sería puesta a prueba. Apenas hubo acabado de manifestar la satisfacción que le producía aquella decisión, se enteró, con enorme sorpresa, de que la familia de Livia pensaba marcharse al finalizar la semana. ¡Qué disgusto se llevó! La incertidumbre que antes había sufrido no era nada comparada con el presente desencanto. El rostro de Aida se ensombreció, y con voz de sincera preocupación repitió las palabras de Livia:

—¿Al finalizar la semana?

—Sí. Raramente hemos conseguido que mi padre consintiera en tomar las aguas del balneario lo que es el tiempo prudencial. Por si esto no fuera bastante, resulta que un amigo a quien esperaba encontrar aquí ha suspendido el viaje y como él dice que se encuentra bien de salud, está impaciente por volver a casa.

—¿Cuánto lo lamento! —exclamó Aida, desconsolada—. De haberlo sabido antes...

—Yo deseaba —prosiguió un tanto azorada, Livia— rogarte...

La entrada del padre puso fin a una solicitud que Aida creía estaba relacionada con un natural deseo de mantenerse comunicada por email y por teléfono. Pero el padre se volvió hacia su hija y le dijo:

—¿Puedo felicitarte, Livia, por haber convencido a tu amiga?

—Estaba a punto de pedírselo cuando tú entraste.

—Prosigue entonces con tu petición —se volvió hacia Aida y añadió—: Mi hija ha estado alimentando una ilusión. Hemos decidido marcharnos el próximo sábado por la noche. Mi administrador y ciertas personas reclaman mi presencia en otros sitios. Pero si tú quieres complacernos en acompañarnos por unos días en nuestra casa de la sierra de Gredos, no experimentaríamos el menor y todos quedaríamos contentos. Si aceptas venir todos nos consideramos dichosos. Tu modestia es tan grande... y tu bondad. Pero ¿qué digo?, no quiero que pienses que puedo atraerte con alabanzas. Tampoco en nuestra casa hay tantas diversiones como aquí. Nuestras costumbres, como habrás apreciado, son extremadamente sencillas, sin embargo, haremos todo lo posible para que tu estancia sea grata.

Tan emocionantes palabras llenaron de gozo a Aida. Su emoción era tal que a duras penas logró expresar su agradecimiento. ¡Recibir una invitación como esa y verse solicitada con tanta insistencia. Tal propuesta significaba la tranquilidad, la satisfacción, la alegría del presente y la esperanza del porvenir. Con entusiasmo desbordante y advirtiendo, por supuesto, que antes de dar una respuesta definitiva debía llamar a sus padres. Tendría que volver a su trabajo en la cooperativa pero aún contaba con algunos días de vacaciones. Por lo que Aida aceptó encantada participar en aquel delicioso plan.

Livia secundo con gran dulzura la invitación de su padre, y sólo quedaba aguardar a que Aida llamase a sus padres y que advirtiese a Sarah y Germán.

Los acontecimientos de aquella mañana habían hecho pasar a Aida por todas las gradaciones

de la incertidumbre, la certeza y la desilusión; pero desde aquel momento reinó en su alma la dicha, y su corazón se desbocaba cuando pensaba que podría estar tan cerca de Christian. No tenía motivos para temer una respuesta negativa. Cuando los llamó la aceptación de sus padres fue inmediata y satisfactoria. Ello la colmó de alegría y la convenció de que no había en el mundo persona más afortunada que ella. En efecto, todo parecía cooperar a su dicha. A la bondad de sus amigos, Sarah y Germán, debía, en primer lugar su felicidad, y por lo demás, era evidente que todos sus sentimientos suscitaban una correspondencia tan halagüeña como satisfactoria.

El afecto que Ana sentía hacia ella se fortalecería aún más con el proyectado enlace. Su amiga Livia, a quien tanto empeño tenía en agradar, le manifestaba una simpatía que superaba todas sus esperanzas.

Ellos vivían en un edificio, de antigua construcción, hoy día reformada, que había sido un monasterio. Parte del edificio estaba en ruinas y la otra rehabilitada. Se encontraba en un valle en el interior de Gredos rodeado de un bosque de pinos que lo protegían de los vientos del norte y el este.

Aida hacía muchas preguntas a Livia sobre aquel edificio, su historia, pensaba que predominaría una leyenda tradicional y soñaba con explorar sus murallas o torreones si los tuviese. No había cosa en el mundo que, después de Christian, le inspirara mayor interés que los edificios antiguos; de hecho, ambas pasiones se fundían ahora en una sola, ya que sus sueños de amor, influido por la lectura de las novelas que ella frecuentaba, iban unidos a castillos, palacios y monasterios.

Aida se sentía tan feliz que apenas si se dio cuenta de que llevaba varios días sin ver a su amiga Ana más que unos pocos minutos cada vez que se habían visto. Pensaba en ello una mañana mientras paseaba con Sarah por el balneario sin saber de qué hablar, y apenas hubo formulado mentalmente el deseo de encontrarse con su amiga, esta apareció y le propuso sentarse en un banco cercano a charlar.

—Este es mi banco favorito —le explicó Ana, ubicándose de manera tal que dominaba la entrada del establecimiento hotelero—. ¡Está tan apartado!

Aida, al observar la insistencia con que su amiga dirigía miradas a dichas puertas, y recordando que en más de una ocasión Ana había elogiado su perspicacia, quiso aprovechar la oportunidad que se le presentaba para dar muestras de esta y, con aire alegre y picaresco dijo:

—No te preocupes, Ana. Federico no tardará en llegar.

—Vamos, Aida —replicó su amiga—, ¿crees que soy tan posesiva como para insistir en tenerlo a mi lado a todas horas? Sería absurdo que no pudiésemos separarnos ni por un instante, y pretenderlo, el mayor de los ridículos. Pero cambiemos de tema; sé que vas a pasar unos días con Livia. ¡No sabes cuánto me alegro por ti! Tengo entendido que vive en una residencia señorial en Gredos. Ya me la describirás detalladamente.

—Trataré de hacerlo, por supuesto. Pero ¿qué miras? ¿A quién esperas? ¿Va a venir tu madre?

—No espero a nadie; pero en algo he de fijar los ojos, y tú conoces de sobra la costumbre que tengo de contemplar precisamente lo que menos me interesa cuando mis pensamientos se hallan lejos de aquello que me rodea. No debe existir persona más distraída que yo. Muchas personas inteligentes suelen ser a su vez distraídas.

—Pero yo creía que tenías algo muy especial que contarme.

—¡Lo olvidaba! Ahí tienes la prueba de lo que acabo de decirte. Vaya cabeza la mía... Acabo de tener noticias de Fernando; ya puedes imaginarte para qué me ha llamado.

—No, no me lo imagino.

—Aida, no te hagas la inocente. ¿De qué quieres que me hable sino de ti? ¿Acaso ignoras que le gustas con locura?

—¿A mí?

—Debes ser menos modesta y más sincera, Aida... Por mi parte, no estoy dispuesta a andar con rodeos. El niño más inocente se habría dado cuenta de las pretensiones de mi hermano, y media hora antes de marcharse de aquí tú lo animaste, según él me asegura, para que te siguiera cortejando. Dice que te declaró su amor a medias y que lo escuchaste con gentileza; me ruega que interceda ante ti en su favor. Como ves, es inútil que finjas tanta inocencia.

Aida procuró negar, con la mayor seriedad, cuanto acababa de decir su amiga; declaró que no tenía ni idea de que Fernando estuviera enamorado de ella y negó que aceptase tal situación, siquiera de manera tácita.

—En cuanto a las atenciones a las atenciones que, según tú, me dedicó tu hermano, repito que no me apercibí de ellas, pues si mal no recuerdo se limitaron a una invitación a bailar el día de su llegada, y creo que debes haberte equivocado en eso de que Fernando me declaró su amor. Si lo hubiera hecho, ¿cómo es posible que no me hubiese enterado? No hubo entre nosotros conversación alguna que pudiese interpretarse en ese sentido. Y en cuanto a la media hora antes de marcharse... ¿ves cómo se trata de una equivocación? Ni siquiera lo vi el día que abandonó El escorial.

—Me parece, Aida, que quien se equivoca eres tú. ¿No recuerdas que pasaste la mañana en casa? Precisamente fue el día que Federico nos llamó diciendo que había hablado con sus padres, y, si mal no recuerdo, antes de marcharte permaneciste sola con Fernando en el salón.

—¿Es posible? En fin, si tú lo dices... Pero te aseguro que no lo recuerdo. Tengo, sí, cierta idea de haber estado en tu casa y de haberle visto, pero de haberme quedado sola con él... De todos modos, no merece la pena que discutamos por ello, ya que mi actitud te habrá convencido de que ni pretendo, ni espero, ni se me ha ocurrido nunca inspirar en Fernando tales sentimientos. Lamento el que esté convencido de lo contrario, pero la culpa no es mía. Te ruego se lo digas así cuanto antes y le pidas perdón en mi nombre. No sé cómo expresar... Lo que deseo es que le expliques cómo han sido en realidad las cosas, y que lo hagas de la forma más apropiada. No quisiera hablar irrespetuosamente de un hermano tuyo, Ana, pero sabes perfectamente a quien yo elegiría.

Ana permaneció en silencio.

—Te ruego, Ana, que no te enfades conmigo. No creo que tu hermano me ame profundamente, y ya sabes que entre tú y yo existe ya un cariño como de hermanas.

—Sí, sí —dijo Ana ruborizada—. Pero hay más de un camino para llegar a serlo. Lo importante aquí, Aida, es tu decisión de rechazar al pobre Fernando, ¿no es cierto?

—Lo que no puedo es corresponder a su cariño ni, por lo tanto, animarlo a que siga cortejándome.

—En ese caso no quiero molestarte más. Fernando me suplicó que te hablase de ello y por eso lo he hecho; pero confieso que en cuanto él trató de suplicarme comprendí que se trataba de un asunto absurdo, inoportuno e impropio, porque ¿de qué ibais a poder vivir si entabláis una relación? Él sigue estudiando y aún no tiene ningún trabajo. La situación de mi madre, viuda, tampoco le da tantos derechos. Claro que algo tiene de la herencia de su padre. Pero tiene que cuidar de nosotras. Me asombra que Fernando no haya pensado en ello.

—De manera que me absuelves de toda intención de perjudicarlo, ¿verdad? ¿Estas convencida de que yo no he pretendido engañar a tu hermano ni he sospechado hasta este momento de sus

sentimientos?

—En cuanto a eso —dijo Ana entre risas—, no pretendo analizar tus pensamientos ni tus intenciones. Al fin y al cabo, tú eres la única que puede saberlo. Cierto que, a veces, de un coqueteo inocente se derivan consecuencias que más tarde no nos conviene aceptar, pero imaginarás que no es mi intención juzgarte. Esas cosas nacen de la juventud, y hay que disculparlas. Lo que se quiere un día se rechaza al siguiente; cambian las circunstancias y con ellas la opinión.

—Pero ¡si yo no he variado de opinión respecto a tu hermano! ¡Si siempre he pensado lo mismo! Te refieres a cambios que no han ocurrido. Además no me gusta la expresión coqueteo pues yo hablo con todo el mundo igual. No creo que haya coqueteado con él. Desde luego que no.

—Aida —prosiguió Ana sin escuchar siquiera a su amiga—, no pretendo hacer que establezcas una relación afectiva sin estar segura de lo que haces. No estaría justificado el que yo tratara de que sacrificases tu felicidad por complacer a mi hermano, eso sin mencionar que Fernando probablemente sería más feliz con otra mujer. Los jóvenes casi nunca saben lo que quieren, y sobre todo, son muy dados a cambiar de opinión y de gusto. Al fin y al cabo, ¿por qué ha de preocuparme más la felicidad de un hermano que la de una amiga? Tú, que me conoces, sabes que llevo mi concepto de la amistad más lejos que la generalidad de la gente. Pero en todo caso, Aida, ten cuidado y no precipites los acontecimientos. Si así haces, créeme, llegará el día en que te arrepentirás. Jaime, el hermano mayor de Christian, dice que en cuestiones de amor la gente suele engañarse con facilidad, y creo que tiene razón. Mira, ahí viene él precisamente. Pero no te preocupes, lo más seguro es que pase sin vernos.

Aida levantó la vista y a poca distancia vio, en efecto, al hermano de Christian. Ana fijó la mirada en él con tan tenaz insistencia que acabó por llamar su atención. Él se acercó a ella y de inmediato se sentó a su lado. Las primeras palabras que dirigió a Ana sorprendieron a Aida, quien aun cuando él hablaba en voz baja, logró escuchar lo siguiente:

—Como siempre vigilada, ¿eh? Cuando no es por delegación, lo es personalmente...

—¡Qué tontería! —replicó Ana, también a media voz—. ¿Por qué insinúas tales cosas? Si yo tuviera más confianza..., con lo independiente que soy de espíritu.

—Me conformaría con que lo fuese de corazón.

—¿De corazón? ¿Acaso a vosotros los hombres os importa esas nimiedades? Ni siquiera creo que tengan...

—Puede que no tengamos corazón, pero tenemos ojos, y éstos nos bastan para atormentarnos.

—¿De veras? Lo lamento, y lamento también que yo resulte tan poco grata para los tuyos. Si le parece miraré hacia otro lado. —Se volvió y añadió—: ¿Estás satisfecho? Supongo que de este modo tus ojos ya no sufrirán.

—Jamás tanto como ahora, que disfrutan de la visión de ese perfil encantador. Sufren por exceso y escasez a un tiempo.

Aquella conversación anonadó a Aida, quien, consternada ante la tranquilidad de Ana y celosa de la dignidad de su hermano, se levantó y, con la excusa de que deseaba buscar a Germán, propuso a su amiga que la acompañase.

Ana no se mostró dispuesta a aceptar. Estaba cansada y, según decía, le molestaba exhibirse paseando por la sala. Además, si se marchaba de allí corría el riesgo de no ver a su madre y a su hermana. De modo, pues, que lo mejor era que ella la disculpase de tal pereza y que volviera a ocupar el asiento.

Aida, sin embargo, sabía mantenerse firme cuando el caso lo requería, y al acercarse en ese

momento a ellas Sarah para proponer a la muchacha que regresaran a la casa, se apresuró a salir del salón, dejando solos al joven Jaime y a Ana.

Se sentía profundamente preocupada. Era evidente que el joven estaba enamorándose de Ana y que esta lo animaba por todos los medios a su alcance. Al mismo tiempo, dudaba de que la joven, cuyo cariño por Federico estaba más que demostrado, actuara de aquel modo con la intención de hacer daño, ya que había dado pruebas más que suficientes de su sinceridad y de la pureza de sus intenciones. No obstante, Ana había hablado y se había comportado de una forma muy distinta de la acostumbrada en ella. Aida había preferido que su futura cuñada se mostrara menos interesada, que no se hubiese alegrado tan abiertamente de ver al joven militar. Era extraño que no viera o advirtiese la intensa admiración que ella inspiraba en él. Aida sintió deseos de hacérselo comprender, para que así evitase el disgusto que aquella conducta, un tanto ligera, pudiera acarrear a sus admiradores. El cariño de Federico hacia ella no podía, en modo alguno, compensar la pena que le causaba la informalidad de Ana. Ella, por supuesto, se hallaba tan lejos de creer en aquel nuevo afecto como de desearlo.

Por otra parte, su propio desprecio hacia Fernando podía ser una causa de que ella hubiera reaccionado de ese modo, subestimando el amor de Federico. Pero por lo demás, la supuesta declaración de amor de Fernando y sus aseveraciones la ponían a ella en un supuesto ridículo como si ella no supiese reconocer una intención. Además la supuesta complacencia que ella había sentido la dejaba en una duda. Ana tampoco la había ayudado. La sorprendía que incluso no recordase ninguna atención por parte de Fernando. Finalmente decidió que las palabras de su amiga debían ser fruto de un momento de precipitación, y que por el momento más valía no preocuparse del asunto.

Transcurrieron algunos días, y Ana, aun cuando no quería sospechar de su amiga, la vigiló tan atentamente que al fin se convenció de que Ana había cambiado por completo. Al observarla en casa con su familia o en compañía de Sarah, seguía siendo la misma, limitándose a cierta lánquida indiferencia o a distracciones que despertaban en ella un interés más profundo o mayor encanto. Sin embargo, cuando se presentaba en público y compartía casi por igual sus atenciones y sonrisas entre Federico y Jaime, el cambio que en ella se operada resultaba más obvio. Aida no acertaba a comprender la conducta de su amiga ni qué fin perseguía con ella. Tal vez Ana no se diera cuenta del dolor que su actitud provocaba en uno de aquellos dos hombres; pero Aida que lo advertía claramente, no podía por menos de condenar tal falta de reflexión y decoro. Federico se mostraba hondamente preocupado, y si ello no causaba el menor pesar a la mujer de quien estaba enamorado, a su hermana, en cambio, le producía temor y un desasosiego intenso. Tampoco dejaba de lamentar Aida la anómala situación del hermano mayor de Christian, pues si bien este, por su manera de ser, no le resultaba simpático, bastaba el apellido que ostentaba para asegurarle su respeto, y sufría por anticipado pensando en la desilusión que se llevaría si supiera que Ana estaba comprometida con Federico, pero parecía lógico que lo ignorase por su actitud. Estaba claro que Jaime consideraba a Federico, simplemente, como un rival de fuerza, si algo más sospechaba aumentaba su propio temor. Aida habría deseado hacer a su amiga una advertencia amistosa y recordarle los deberes propios de su situación, pero ni la ocasión le fue propicia, ni Ana pareció comprender las alusiones e indirectas que sobre el particular le lanzara su amiga. En tal estado de ánimo, a la muchacha le servía de consuelo el recuerdo de la inminente partida con la familia de Christian hacia Gredos. La ausencia del hermano mayor devolvería la paz a todos los corazones, menos al suyo. Pues por lo visto el militar no iba a regresar, ni tampoco tenía la menor intención de dejar el campo libre a su rival, ni pensaba recluirse, ni marcharse de El Escorial.

Cuando Aida supo esto decidió hablar con Christian del asunto que tanto le preocupaba. Así lo hizo, en efecto, exponiéndole al mismo tiempo el pesar que le causaba la preferencia del militar por su amiga Ana y su deseo de que Christian hiciera saber a su hermano que Ana se había comprometido hacía poco con Federico.

—Mi hermano lo sabe —contestó lacónicamente Christian.

—¿Que lo sabe? ¿Y aun insiste en su propósito?

Christian no respondió y trató de cambiar de tema, pero Aida no se arredro.

—¿Por qué no le convences de que se marche? Mientras más tiempo se quede peor será. Le suplico que le diga a su hermano que se vaya, en su bien y en el de todos. La ausencia le devolverá la tranquilidad; en cambio si permanece aquí se desilusionara de todos modos.

Christian se limitó a sonreír y a decir:

—No creo que mi hermano pretenda tal cosa.

—¿Entonces le dirás que se marche?

—No está en mi poder el convencerlo, y permíteme si le digo que ni siquiera puedo intentarlo. Ya le he dicho que Ana está prometida, pero él insiste, y considero que tiene derecho a hacerlo.

—No es posible —exclamó Aida—. No es posible que mantenga su conducta sabiendo el dolor que causa a mi hermano. Federico no me ha dicho nada, pero estoy segura de que está sufriendo.

—¿Y estás segura de que mi hermano es culpable de ello?

—Completamente.

—Veamos. ¿Qué es lo que causa ese dolor, las atenciones de mi hermano para con Ana o el agrado con que ella las recibe?

—¿Acaso no es lo mismo?

—No. Y creo que Federico opinaría que existe una gran diferencia. A ningún hombre le molesta que la mujer amada despierte admiración en otros hombres; pero la mujer sí puede convertir esa admiración en un tormento.

Aida se sonrojó por su amiga y dijo:

—¿El hecho de por sí de despertar admiración, es eso lo que ya la condena? Pues la mujer no tendría ninguna opción o defensa. Puede que Ana no se haya mostrado muy correcta, pero tampoco creo que su intención sea hacer sufrir a mi hermano, de quien está profundamente enamorada desde que se conocieron. Puso tal empeño en relacionarse con él que estuvo a punto de ponerse enferma antes de formalizar su relación.

—Comprendo, comprendo; está enamorada de Federico pero quiere coquetear con Jaime.

—No, coquetear, no... La mujer que está enamorada de un hombre no puede coquetear con otro.

—Lo que ocurrirá es que no podrá querer ni tampoco podrá flirtear con el mismo descaro que si se dedicara a hacer ambas cosas por separado. Empieza por admitir que será preciso que tus dos enamorados empiecen a ceder algo.

Después de una pausa breve, Aida dijo:

—Entonces tu opinión es que Ana no está muy enamorada de mi hermano.

—No puedo emitir ningún juicio acerca de tu amiga, porque no la conozco, en verdad.

—Pero ¿qué pretende tu hermano Jaime? Si sabe que ella está comprometida, ¿qué quiere conseguir?

—Eres un poco preguntón.

—Pues sólo pregunto aquello que necesito saber.

—Lo que hace falta es que yo pueda contestar tus preguntas.

—Creo que puedes, porque ¿quién más que tú conoce a fondo el corazón de tu hermano?

—Te aseguro que en esta ocasión sólo me es posible adivinar algo de lo que pretende eso que tú llamas corazón.

—¿Y es?

—Es... Pero ya que de adivinar se trata, adivinémoslo todo. Es triste dejarse guiar por meras conjeturas. El asunto es el siguiente: mi hermano es un chico muy animoso y quizá un poco atolondrado. Conoce a Ana desde hace una semana y desde ese tiempo sabe que está en relaciones.

—Bien —dijo Aida después de reflexionar por un instante—. En ese caso, tal vez logre usted deducir de todo ello cuáles son las intenciones de su hermano; yo confieso que sigo sin comprenderlas.

—Aida, yo no defiendo a mi hermano, le gusta distraerse si le siguen el juego, es dado a hacer juegos de mente o hablar demasiado, le gusta la diversión, es un chico campechano y es un militar. Llegado hasta aquí ¿no te parece que la preocupación que sientes por tu hermano te está llevando demasiado lejos? ¿No estarás tú equivocada? ¿Crees tú que el propio Federico agradecería, tanto para sí como para su novia, el empeño que tú pones en demostrar que el afecto de su prometida o, por lo menos, su buena conducta, depende de la ausencia de mi hermano Jaime? ¿Acaso Ana sólo ama a tu hermano cuando no tiene a nadie que la distraiga? ¿Acaso no sabe serle fiel, incluso si se ve requerida por el amor de otro hombre? Ni Federico puede pensar otra cosa ni querría que tú lo pensaras. Yo no puedo decirte que no te preocupes, porque ya lo estás, pero sí te aconsejo que pienses en esto lo menos posible. Tú no puedes dudar del amor que se profesan tu hermano y tu amiga, de modo pues que no tienes derecho a creer que existen entre ellos desacuerdos ni celos fundados. Tú jamás comprenderías el modo en que ellos se entienden. Saben hasta dónde pueden llegar y seguramente no se molestaran el uno al otro más de lo que ambos estimen conveniente. — Al observar que ella seguía pensativa, Christian añadió—:

Aun cuando Jaime no se marcha aún del pueblo el mismo día que nosotros, por fuerza su estancia no podrá prolongarse demasiado; quizá unos días solamente, pues su licencia a punto está de expirar y no le quedará más remedio que volver a su regimiento. Y en ese caso, ¿qué crees que quedará de su amistad con Ana? Durante quince días en el cuartel se beberá a la salud de Ana. Y esta y Federico dentro de un mes ya se habrán olvidado de él.

Aida no pudo resistirse por más tiempo a las tentativas de consuelo que le ofrecía Christian, cuyas últimas palabras fueron un bálsamo para su aflicción. Al fin y al cabo ella tenía menos experiencia que él, de modo que tras acusarse de haber exagerado la cuestión, se hizo el mismo propósito de no volver a tomar tan seriamente aquel asunto.

Esta resolución se vio fortalecida por la actitud de Ana cuando ambas amigas se encontraron para despedirse. Su familia se reunió la víspera de la marcha con ella, y los novios se mostraron tan satisfechos que esta no pudo por menos de tranquilizarse. Federico hizo gala de un excelente humor y Ana se mostró encantadoramente amable y sosegada. Al parecer, no sentía más deseo que el de convencer de su afecto y ternura a su amiga, cosa perfectamente comprensible, y si bien encontró ocasión de contradecir rotundamente a su prometido, negándose luego a darle la mano cuando este se la pidió, Aida, que no había olvidado los consejos de Christian, lo atribuyó a que su afecto era tan intenso como discreto.

Y luego, por lo demás, fácilmente se podrá imaginar cuáles serían las promesas, los abrazos y

las lágrimas que entre ambas amigas se cruzaron al llegar el momento de decirse adiós.

Sarah y Germán lamentaron el verse privados de la compañía de Aida, cuyo excelente humor y su alegría hacían de ella una compañera inapreciable, y cuya promoción no había hecho sino aumentar el goce del matrimonio. Pero conocedores de la felicidad que proporcionaba a la muchacha la invitación de Livia, procuraron no lamentar excesivamente su ausencia.

Por lo demás, tampoco tenían tiempo de echarla de menos, ya que habían decidido que en una semana se marcharían del balneario. Germán acompañó a Aida hasta casa de Livia, donde había de almorzar, y no la dejó hasta verla sentada entre sus nuevos amigos. A Aida le parecía tan increíble el encontrarse en medio de aquella familia, tenía tanto miedo a pasar por alto alguna regla de etiqueta, que por espacio de unos minutos sintió deseos de regresar con Germán.

La amabilidad de Livia y las sonrisas de Christian ayudaron a disipar aquellos temores. Sin embargo, no recobró por entero la tranquilidad, ni lograron los cumplidos y atenciones del padre devolverle su acostumbrada serenidad. Bien al contrario, se le antojó que de estar menos atendida se habría hallado más a su gusto. El empeño que ponía el padre en hacerla sentir cómoda, los incesantes requerimientos de este para que comiera, y el temor que manifestó de que tal vez lo que allí hubiera no fuera de su agrado —Aida nunca había visto una mesa tan bien servida—, le impedían olvidar por un momento siquiera su calidad de huésped. Se sentía inmerecedora de aquellas muestras de aprecio y no sabía cómo responder a ellas.

Contribuyó a inquietarla aún más la impaciencia que provocó en el padre la tardanza de su hijo mayor, y, más tarde, al presentarse este, la pereza de que daba muestras, pues acababa de levantarse.

La severidad con que el padre reaccionó ante este hecho le pareció desproporcionada, y aumentó su confusión al saber que ella era causa y motivo de semejante reprimenda, pues la demora de Jaime fue considerada por su padre como una falta de respeto hacia la invitada. Tal suposición colocaba a la muchacha en una posición sumamente desagradable, y a pesar de la poca simpatía que sentía por el hermano mayor, no pudo evitar compadecerse de él.

Jaime escuchó a su padre en silencio, sin intentar siquiera defenderse, lo cual confirmó los temores de Aida de que el motivo de aquella tardanza era una noche de insomnio provocada por Ana. Nunca antes se había encontrado ella en compañía del hijo militar, y por un instante deseó aprovechar la ocasión para formarse una opinión de su carácter y su modo de ser, pero mientras el padre permaneció en la estancia Jaime no abrió los labios, y tan impresionado estaba, por lo visto, que en toda la mañana sólo se dirigió a Livia para decirle en voz baja:

—¡Qué contento voy a estar cuando os hayáis marchado todos!

Capítulo 14

Desde el momento en que abandonaron la casa Aida comenzó a recuperar su acostumbrado buen humor. Partieron en un gran coche conducido por Christian. En compañía de Livia, Aida se hallaba siempre a gusto, y esto, unido a los parajes que iban viendo y que eran nuevos para ella, y a que pronto conocería la gran casa de su amiga, le permitieron abandonar El Escorial sin experimentar el menor sentimiento de pesar. Le esperaban por delante sesenta kilómetros. Christian conducía muy bien. No necesitaba hacer alardes como Fernando ni echar maldiciones. Sino que conducía de modo suave en las curvas y con notable rapidez en las rectas. Después de haber bailado con él, viajar con él era la mayor felicidad del mundo. Se bajaron en una estación de servicio y después de tomar café y cargar de gasolina el coche, el padre propuso que ella se sentara en el asiento del copiloto, así podría ver mejor el paisaje. De esta forma también Christian pudo hablarle. Por lo visto, consideraba una prueba de sincera amistad el que ella hubiera aceptado venir con ellos y añadió que para su hermana era un gran bien porque muchas veces ocurría que ellos no estaban en casa y ella se quedaba sin ninguna persona con quien hablar.

—Pero ¿cómo puede ser eso? ¿Acaso nunca estás en casa?

—Yo vivo en Madrid. Allí tengo un estudio arrendado y sigo haciendo las prácticas y estudiando las oposiciones. Que por cierto debo volver a coger ahora con más fuerza después del descanso. Los exámenes son en cuatro meses.

—Debe ser duro para Livia. ¿Ella no tiene ninguna ocupación ahora?

—Actualmente solo tiene el trabajo de la pintura, ya sabes. Le encanta pintar paisajes. A veces ha tenido alguna exposición.

—Sí, tiene un gran talento. ¿Y vuestra casa es muy grande? Ya me puedo imaginar perdiéndome por los pasillos y por las puertas. ¿Hay puertas secretas o tapices ocultadores?

—Creo que sí, deberá prepararse para soportar los horrores que según las novelas, suelen rodear a esta clase de edificios antiguos —dijo Christian en un tono medio irónico, medio en broma—. De todos modos, estaremos todos ahora en la casa y no creo que haya motivo para sentir miedo. Además no se trata de un lugar que haya sido deshabitado o abandonado en su pasado, sino que siempre ha estado ocupado.

—Eso, desde luego. No nos veremos obligados a cruzarnos con almas en pena.

—Pero encontrará habitaciones con arcones de oro y ébano y con departamentos secretos en su interior donde habrá un mensaje que descifrar en un mensaje secreto que contendrá la historia de la desgraciada Eleanor.

—Cállate... pero, no, sigue; ¿y después?

A Christian le hizo tanta gracia el interés que su historia había despertado en la muchacha, que no pudo continuar.

—Además —dijo ella—, estoy segura de que Livia no me hará dormir en semejante habitación. No tengo miedo, créame.

A medida que se acercaba el final del viaje, y con él la dicha de contemplar la casa, la impaciencia de Aida, que la conversación de Christian había contenido, aumentó considerablemente. Tras cada recodo del camino esperaba encontrarse entre árboles centenarios,

ante una enorme construcción de piedra con grandes ventanales iluminados por los rayos del sol poniente. Pero como quiera que la vieja casa o monasterio estaba enclavado en un terreno bajo, resultó que llegaron a las verjas de la propiedad sin haber visto una chimenea siquiera.

Aida no pudo por menos de asombrarse de la entrada que poseía la propiedad. Eso de pasar entre las puertas automáticas de moderna cancela y recorrer sin dificultad la gran avenida cubierta de arena se le antojó algo novelesco e inverosímil al mismo tiempo.

Sin embargo, no tuvo tiempo para detenerse en semejantes consideraciones. Un chaparrón inesperado le impidió ver alrededor y la obligó a preocuparse de la suerte de su traje de organza nuevo. Menos mal que llevó a mano una delgada gabardina de verano. Pero pronto se encontró con que llegaba al abrigo que ofrecían los muros de la casa; allí Christian la ayudó a bajar del coche. La brisa, en lugar de alimentar en ella escenas del pasado o el eco de una voz, sin embargo, sólo dejó gotas de lluvia sobre ella. Tuvo que sacudirse la gabardina y ya Livia y su padre la esperaron en el vestíbulo, donde luego pasaron a un salón contiguo. Entonces todavía Aida no había reparado en el lugar en el que se hallaba.

¿Era una casa antigua? ¿Había sido un monasterio? Sí, no cabía duda, a pesar de que nada de cuanto la rodeaba contribuía a alimentar tal suposición. El mobiliario de la estancia era moderno y de gusto exquisito. La chimenea era de mármol y sobre ella descansaban piezas de porcelana. Las ventanas eran translúcidas y dejaban entrar mucha luz, más de lo que Aida suponía en sus novelas.

Livia condujo a Aida a su habitación. Las dos amigas pasaron de nuevo por el espacioso vestíbulo, ascendieron por la escalera de roble, que después de un descansillo, se dirigieron por un pasillo hacia la habitación más cercana. No era de un tamaño exagerado. Las paredes estaban empapeladas; el suelo cubierto con una alfombra; las ventanas eran tan bellas y estaban tan limpias como las de la sala de abajo. Los muebles, sin ser completamente modernos, eran cómodos y de buen gusto, y el aspecto general resultaba alegre y confortable. Una vez satisfecha su curiosidad sobre este punto, Livia le dijo que no se entretuviera si quería arreglarse un poco porque tenían que bajar para la cena a las ocho y media. Dentro de su habitación había una puerta que accedía al baño. Y la dejó sola.

Se disponía a cambiarse de ropa, cuando observó de pronto un arcón enorme colocado en un ángulo de la habitación.

La vista de aquel mueble la estremeció, y, olvidándose de cuanto la rodeaba, lo contempló inmóvil y dijo en voz baja para sí:

—Qué extraño es esto. Yo no esperaba encontrar un arcón en esta habitación. ¿Qué contendrá? ¿Para qué lo han colocado ahí, medio oculto, como si pretendieran que pasase inadvertido?

Avanzó y examinó el cofre más de cerca. Era de cedro, con incrustaciones de otra madera más oscura y sostenido sobre unos pedestales finamente tallados. La cerradura era de plata deslustrada por los años. En los extremos tenía dos asas del mismo metal. En el centro de la tapa había una cifra misteriosa también de plata. Aida se inclinó para observarla más de cerca pero no consiguió descubrir su significado.

Aida se sintió dominada por un irresistible sentimiento de curiosidad. Con manos temblorosas asió la cerradura para satisfacer su deseo de ver el contenido del cofre. Con gran dificultad, pues se resistía a su esfuerzo, logró levantar un poco la tapadera, tras intentar abrir el cofre, sus esperanzas no fueron defraudadas. Ante sus ojos asombrados quedó al descubierto una colcha de tela blanca, cuidadosamente doblada, que ocupaba todo un lado del enorme cofre.

Pero en ese momento la sorprendió una llamada a la puerta. Livia se presentó preocupada por

la tardanza de su amiga. A la vergüenza que suponía el haber alimentado la absurda suposición de que había algo legendario en el cofre, Aida hubo de añadir la de verse sorprendida en semejante acto de indiscreción.

—Es un arcón interesante, ¿verdad? —preguntó Livia, mientras la muchacha, tras cerrarlo a toda prisa, se dirigía hacia el espejo—. No he querido que lo saquen de la habitación por si algún día necesitamos guardar ropa. Pero en ese rincón no le estorba a nadie.

Aida se vio azorada y se apresuró a abrocharse el cinturón del traje y ambas bajaron corriendo por las escaleras hasta llegar al salón comedor donde esperaba el padre. Pero no era necesario apresurarse tanto. Pues tenían una cocinera filipina que trabajaba por las mañanas y les dejaba preparada la cena con antelación y sólo tendrían que calentarla unos segundos en el microondas. No obstante, una vez se hubieron sentados todos a la mesa, las sonrisas del padre y el apetito de este devolvieron la tranquilidad a Aida, después de su retraso.

El comedor era una habitación espaciosa amueblado con gusto y un lujo que los ojos inexpertos de Aida apenas lograban apreciar. La velada transcurrió sin incidentes desagradables y el ambiente se animó y predominó en ellos un sentimiento de dicha cuando recordaron las escenas vividas en El escorial los amigos juntos.

La noche presagiaba tormenta. El viento, que durante la tarde había ido adquiriendo mayor fuerza, soplaba con violencia. Además llovía intensamente. Cuando se disponía Aida a volver a su habitación tras cruzar el vestíbulo, quedó aterrada ante la furia con que la tormenta azotaba el antiguo edificio, y por primera vez desde su llegada experimentó la sensación de hallarse entre los muros de una legendaria mansión. Sí, aquellos eran los sonidos característicos; poco a poco fueron trayendo a su memoria el recuerdo de ciertas terribles escenas que había leído en algunos libros de misterio. Christian le había dicho que aquella casa no entrañaba peligro y que no era fácil encontrar algo que explorar o que temer.

De ese modo Aida se dirigió a su dormitorio, en el que entró con ánimo sereno. Luego contempló la habitación con detenimiento. Las cortinas se movieron lentamente. Sin duda las agitaba el viento que se colaba por las rendijas. Deseosa de cerciorarse de que así era, Aida se adelantó tarareando una canción. Miró detrás del cortinaje y no descubrió nada que pudiera asustarla. Se preparó y se dispuso para acostarse pero le costó conciliar el sueño debido al murmullo del viento.

A la mañana siguiente Aida abrió los ojos sorprendida por la luz que entraba por las rendijas de los postigos, que estaban medio abiertos. Aida saltó de la cama y se dispuso para asearse. Abandonó tan pronto como pudo la habitación y se dirigió a toda prisa hacia la sala, donde según le había advertido la noche anterior Livia, solían reunirse todos para desayunar. En ella se encontró con Christian, cuyas picarescas alusiones al expresar su deseo de que la tormenta no la hubiese molestado, y sus referencias al carácter y antigüedad del edificio, hicieron que se sintiera profundamente preocupada. No quería en modo alguno que nadie sospechase siquiera sus temores; pero como por naturaleza era incapaz de mentir, confesó que el rugir del viento la había mantenido despierta durante algunas horas.

—Y, sin embargo —añadió Aida, para cambiar de tema—, hace una mañana hermosa. Las tormentas, como el insomnio, no tienen importancia una vez que pasan. ¡Qué hermosos jacintos! Es una flor que me gusta desde hace muy poco...

—¿Y cómo ha aprendido a gustar de ella?, ¿por casualidad o por convencimiento?

—Me enseñó su hermana. ¿Cómo? No lo sé. Sarah procuró durante años inculcarme la afición por esos bulbos, y no lo consiguió, las flores siempre me han sido indiferentes, pero el otro día,

cuando las vi en su casa de El escorial, cambié de opinión.

—¿Y ahora te gustan? Pues tanto mejor; así tendrá un nuevo motivo de placer. Además, está muy bien que a las mujeres les gusten las flores, porque no existe mejor aliciente para salir a tomar el aire y hacer un poco de ejercicio. Y aun cuando el cuidado de los jacintos es relativamente sencillo, ¿quién sabe si, una vez dominada por la pasión hacia las flores, llegarás a interesarte por las rosas?

—Pero ¡si a mí no me hacen falta pretextos para salir! Cuando hace buen tiempo, paso largos ratos fuera de la casa. Mi madre a menudo me reprocha el que me ausente durante tanto tiempo.

—De todas maneras, me satisface que ahora te gusten los jacintos. Es muy importante adquirir el hábito de saber cuidarlas. Y cuando se es joven la facilidad de aprender es una virtud. ¿Tiene mi hermana disposición para enseñarte?

La entrada del padre, que estaba de buen humor por los cumplidos que dijo, evitó que Aida tuviese que contestar a Christian. El padre aludió a la predilección que mostraban ambos jóvenes en madrugar.

Aida no pudo por menos que expresar su admiración por la elegante vajilla, elegida, según parecía por el padre, quien se mostró encantado porque dijo que la había adquirido para proteger la industria de su país. Aquella vajilla la compró hace dos años, y desde entonces la producción había mejorado. Esperaba que pronto tuviese ocasión de comprar un nuevo servicio, destinado a otra persona... Aida fue, quizá la única de los allí reunidos que no comprendió el significado de aquellas palabras.

Poco después del desayuno Christian tuvo que salir para Madrid, donde tendría que volver a retomar la universidad y también hacerse cargo de su parte en la empresa que llevaba con su padre. Una empresa de servicios financieros que coordinaba a través de una plataforma digital los servicios de un gran banco. Todo ello tenía una gran actualidad y era requerida constantemente su presencia, al mismo tiempo que requería de una gran tecnología y servicio de mantenimiento.

Posteriormente a su marcha, Livia se ofreció para enseñar a Aida el jardín y los alrededores. Y también tenían una huerta. Hacía buen tiempo y todo pronosticaba a que seguiría así.

Un grupo de árboles añosos y frondosas plantas ocupaban la parte del jardín de la casa. Los espesos montes que ocupaban la parte trasera del edificio se erguían bellos en aquella época. Aida jamás había visto nada comparable a aquello y le causó tal impresión que, sin poder contenerse, prorrumpió en exclamaciones de admiración y asombro.

Se disponía a continuación visitar la huerta, y a ella se dirigieron cruzando el jardín. La extensión de aquellos terrenos dejó atónita a Aida. Resultaba más del doble de lo que medían juntas las de Germán y su padre. Tenían arrendamientos y jornaleros contratados y numerosos invernaderos.

—Este es mi camino favorito —dijo Livia—, pero es cierto que tal vez esté húmedo.

El camino en cuestión atravesaba, dando rodeos, una espesa plantación de pinos y pinsapos, y Aida, atraída por el aspecto misterioso y lóbrego de aquel lugar, no pudo evitar el dar unos pasos en su dirección. La satisfacción que el hecho le producía animó a Aida, y empezó a hablar a su amiga de la grata melancolía que le inspiraba aquel lugar.

—Sí, yo siento lo mismo —dijo Livia, y dejó escapar un suspiro—. A mi madre le encantaba pasear por este lugar.

Era la primera vez que Aida oía que se mencionase a la madre de Livia, y su rostro reflejó el interés que el recuerdo de aquella mujer provocaba en su alma. Atenta y silenciosa espero a que su amiga reanudase la conversación.

—Yo la acompañaba a menudo en sus paseos —prosiguió Livia—, pero entonces este lugar no me gustaba tanto como ahora. Más bien puede deducirse que me sorprendía que fuese el rincón preferido de mi madre. Hoy es su recuerdo lo que me induce a tenerle tal apego.

Al cabo de unos segundos, en vista de que Livia permanecía en silencio, dijo:

—Su muerte debió ser una pena terrible para ti.

—Una pena enorme, que el paso de los años sólo consigue aumentar —contestó en voz baja su amiga—. Yo no contaba más que trece años cuando ocurrió; y si bien sentí su pérdida, la edad que tenía no me permitió darme cuenta de lo que ello suponía.

Livia se detuvo. Un momento después añadió con gran firmeza:

—Como tú sabes, no tengo hermanas. En la época de mis estudios de arte viajaba a Madrid constantemente. Pero ahora que estoy en casa la mayor parte de las veces, tanta soledad me resulta intolerable.

—Es natural que echas de menos la compañía de alguien.

—Una madre, de vivir, nunca me dejaría sola; una madre habría sido una amiga constante; su influencia habría tenido una fuerza superior a todo cuanto me rodea.

—Imagino que debía ser una mujer encantadora.

Era hora de ofrecer a su amiga un refresco. Así como pensaba enseñarle luego su estudio de pintura.

Pasaron por un pasillo y entraron por una escalera de caracol que conducía a una planta superior que contenía una especie de torreón en forma de buhardilla. Era una galería llena de colores y pinturas, con grandes ventanales que abarcaban toda la torreta, haciendo una curva en lo que era el ala de la casa, y donde entraba una gran cantidad de luz natural. ¿Qué otro lugar de la mansión podía ser más adecuado para que su amiga pudiera ejercer su arte pictórico?

Livia la invitó a sentarse en un gran sillón mientras ella iba transportando algunos rollos de lienzos y los abría sobre el suelo para que ella pudiese admirarlos. Casi todo el resto de la mayor parte del día estuvieron allí. No obstante, al día siguiente, Livia se comprometió con su amiga en seguir con su lección sobre el cuidado de las flores y con sus paseos.

No obstante, si ella quisiera le enseñaría a pintar.

—No hace falta que te molestes tanto. En verdad, prefiero leer mientras pintas. He visto que tienes una gran biblioteca.

—Ah, por supuesto que sí. Es justo la habitación junto al comedor, puedes pasar por ella y permanecer el tiempo que necesites. Coge algún libro y te lo traes contigo, y estamos las dos juntas aquí. Así nos hacemos una compañía perfecta.

La mañana siguiente brilló el sol, y ellas con el padre volvieron a salir de paseo matutino. Hablaron de los frutos que daba la huerta, lo que era uno de los orgullos de su dueño. Luego ellas se fueron a sus actividades. No fue hasta el día siguiente cuando volvieron a ver a Christian, ya que fue sábado y lo tomó como libre y con el fin de semana.

Aida se vio sorprendida por el, porque no esperaba tan pronto su visita. Ella se encontraba buscando algún libro que leer en la biblioteca. Él la sorprendió allí.

Por el retrato que había de su madre en el centro de la biblioteca estuvieron hablando de ella. Aida sacudió instintivamente la cabeza ante el retrato y levantó los ojos hacia Christian y lo miró como jamás había mirado a nadie.

—Tiene una mirada melancólica. Lo que me sorprende es que no tenéis los hijos demasiado parecido con ella. Estuve hablando con Livia y ella me contó que tuvo una muerte repentina. Luego yo pensé que debía haber sufrido en su vida por algo o por alguien. Pero Livia no estaba

aquí en el momento de su muerte. Quizá, perdóname, mi mente elucubra más y tengo cierta deformación por la novelesca criminal que me gusta leer.

—La enfermedad de mi madre —dijo él— fue, en efecto, repentina. El mal que provocó su fin, un cáncer en el cerebro, que hacía poco había hecho mella en ella. Al advertir los médicos la gravedad estuvo hospitalizada los últimos tres días pero ya no se pudo hacer nada. Nosotros, los hermanos, sí estuvimos aquí con ella y cuando murió, pero mi hermana estudiaba en una residencia y no quisimos contarle la verdad para no preocuparla.

—Pero ¿y su padre? El no ha mostrado nunca sentimientos de aflicción cuando nos habló de ella y nos enseñó este cuadro. He pensado que él podría sentirse culpable por algo.

—Por espacio de un tiempo, él se sintió muy afligido tras su muerte. Te has equivocado si supones que él no la quería o que no se llevaban bien. Le profesaba todo el amor y la lealtad... No todos, bien lo sabes, tenemos la misma ternura de sentimientos, y no he negar que durante su vida ella tuvo mucho que sufrir y que soportar, pero, aun cuando el carácter de mi padre fue en muchas ocasiones causa de sufrimiento para ella, jamás la molestó ni la ofendió a sabiendas. La admiraba sinceramente, y si bien es cierto que el dolor que le produjo su muerte no fue permanente, tampoco puede negarse que ese dolor no existiera.

Las ilusiones románticas de Aida habían quedado destruidas con ese incidente. Se sintió confusa y con lágrimas en los ojos miró hacia otro lado.

—Pero ¿qué intenciones habías estado abrigando? ¿Acaso has podido pensar o concebir un crimen horrendo? Aquí vivimos rodeados de seres y todos somos sociables y respetamos nuestras costumbres.

Las palabras de Christian abrieron los ojos de Aida, haciéndole comprender lo absurdo de sus suposiciones. Se sentía profundamente humillado por haberla descubierto en aquella conspiración de ideas. Le pidió que excusase su imaginación pero acto seguido, sin decir nada, salió hacia su habitación. Pensó que con ello había perdido el afecto de Christian y que ahora se mostraría serio o receloso con ella.

Estuvo por espacio de media hora atormentándose con estas ideas y con el corazón deshecho.

A la hora de la cena ella bajó al comedor, no sin que Livia acusase su ausencia esa tarde y al ver su aspecto triste le preguntó por su salud. Christian bajó poco después y la única diferencia que la muchacha observó en su conducta fue que se mostró más pródigo en atenciones para con ella. Jamás se había encontrado tan necesitada de consuelo, y felizmente Christian se había dado cuenta de ello.

Transcurrió la velada sin que aquella tranquilizadora cortesía variara en absoluto, y al fin Aida logró disfrutar de cierta moderada felicidad. Ella no podía olvidar lo pasado, pero comenzó a sentir esperanzas de que, puesto que aparte de Christian nadie se había enterado de lo ocurrido, él tal vez se decidiera a proseguir con sus muestras de amistad y aprecio.

Capítulo 15

Los pensamientos de Aida se hallaban embargados por el recuerdo de lo que a impulsos de un infundado temor había sentido y pensado. Quizá cuando lograra serenarse de ánimo comprendiese que todo ello era resultado de una ilusión creada por ella misma y fomentada por circunstancias en sí insignificantes pero cuya imaginación, predispuesta al miedo y a la sugestión, había exagerado. Mucho antes de salir de El Escorial se había dejado dominar por su afición a lo romántico y lo inverosímil. Su mente había utilizado cuanto la rodeaba para infundir sensaciones. En una palabra, todo lo ocurrido podía atribuirse a la influencia que en su mente habían ejercido ciertas lecturas románticas y de misterio. En realidad, ella seguía persuadiéndose de que en los caracteres de las personas había una combinación de bien y de mal. Y que no debía preocuparle adivinar algunos defectos en la personalidad del padre o de sus amigos. Ella abrigaba la sospecha de que la caballeridad o amabilidad del padre escondía algo detrás.

Una vez serena en lo que a estos puntos se refería, y firmemente resuelta a juzgar y obrar de allí en adelante con más prudencia, Aida pudo perdonarse a sí misma por sus pasadas faltas y dedicarse a ser completamente feliz. Por otra parte, la mano indulgente del tiempo la ayudó en gran medida, llevándola gradualmente a nuevas evoluciones. La actitud de Christian fue en extremo beneficiosa, pues se abstuvo de aludir a cuanto había ocurrido con su generosidad, y mucho antes de lo que ella hubiera supuesto posible, recuperó una tranquilidad absoluta que le permitió continuar nuevamente con la grata conversación con su amigo.

Aumentaron también sus deseos de tener noticias de Ana. Se sintió impaciente por saber qué había ocurrido en El Escorial, si seguían los bailes y, sobre todo, si seguía bien la relación de Ana con su hermano. Aida no tenía otro medio de información que Ana, pues Federico le había advertido que no le escribiría por correo electrónico hasta volver a Madrid. Mientras tanto Ana no la había escrito ni llamado, cuando le había prometido repetidas veces escribirle aunque fuese un email, pero aquel silencio no podía por menos resultar extraño.

Tuvo que esperar hasta el fin de semana siguiente cuando en la bandeja de entrada de su teléfono móvil apareció un email. Se encontraba con Federico en la sala de desayunar y como de costumbre fueron madrugadores aquel sábado. Ella le advirtió que había recibido un email pero que no era de su amiga, como esperaba sino de su hermano.

—Es de Federico —dijo ella mientras abrió el mensaje y luego se dispuso a leerlo en silencio mientras tomaba el café.

"Hola Aida:

No sabes el trabajo que en estos días me cuesta escribir. Pero me siento obligado a advertirte que entre Ana y yo todo ha terminado. Ayer me separe de ella, salí de El Escorial y estoy decidido a no volver a verla más. No quiero entrar en detalles que sólo servirían para entristecerte. Antes de que transcurra mucho tiempo sabrás por otros a quién puedes responsabilizar de lo ocurrido y de cuanto me sucede, y no dudo que entonces comprenderás que yo no he sido culpable de otra cosa que haber creído en su amor y en que yo era correspondido. Pero afortunadamente me he desengañado a tiempo. Pero el golpe es terrible. Después incluso de que papá lo supiera y haberme favorecido... Pero no quiero hablar más de ello. Esa mujer ha arruinado mis proyectos...

Pero no me dejes sin tus noticias, Aida. Tú eres la única persona en quien puedo confiar ya. Sólo te pido que tu estancia con la familia de Livia termine antes de que el hijo mayor notifique oficialmente sus relaciones, pues tu situación en tal caso sería muy desagradable. Fernando está en Madrid. Temo verle. También sufrirá a causa de lo ocurrido. Le he escrito, así como a papá. Lo que más me duele es la doblez, la falsedad de que ella ha dado pruebas hasta el último momento. Me aseguró que me quería y se rio de mis temores. Siento vergüenza de haber sido tan débil, pero eran tantas las razones que me inducían a creer que me quería... Hoy mismo no acierto a comprender por qué hizo lo que hizo. Para asegurar el cariño del otro no era necesario jugar con el mío. Nos separamos al fin por mutuo consentimiento. Ojalá nunca la hubiese conocido. Para mí, jamás habrá otra mujer como ella. Cuídate y desconfía, Aida, de quien pretenda robarte el corazón.

Te mando besos y abrazos."

La muchacha no llevaba leídas más de tres líneas de aquel email cuando su rostro demudado y las exclamaciones de asombro y pesar que dejó escapar revelaron a quienes la rodeaban que estaba tomando conocimiento de alguna noticia desagradable. Christian, que no apartaba los ojos de ella, advirtió que al final del mensaje su impresión era aún más triste. La aparición del padre, sin embargo, impidió al joven demostrar su preocupación. Todos se disponían, pues, a desayunar pero a Aida le resultaba completamente imposible probar bocado. Tenía los ojos arrasados en lágrimas. Tan pronto dejaba el móvil sobre su falda como lo escondía en su bolsillo. Realmente no se daba cuenta de lo que hacía. Afortunadamente, el padre estaba tan ocupado tomando su café y leyendo el periódico que no tenía tiempo de observarla; pero para los dos hermanos no podía pasar inadvertida aquella intensa inquietud. Tan pronto como Aida se atrevió a levantarse de la mesa, corrió hacia su cuarto. Cuando se encontró mejor y se adecentó la cara lavándola y dando color a su rostro, no tuvo más remedio que bajar para dar una explicación a sus amigos. Entró en el salón, primero, buscando soledad pero halló en él a Christian y Livia, que se habían refugiado allí para charlar a solas de ella precisamente. Al verlos, Aida retrocedió, excusándose, pero los dos hermanos la obligaron con cariñosa insistencia a que volviera y se retiraron, después de que Livia le expresara su deseo de ayudarla y consolarla.

Tras entregarse plenamente por espacio de media hora a reflexionar sobre los motivos de su aflicción, Aida se sintió lo bastante animada para ver nuevamente a sus amigos. No sabía si confiarles los motivos de su preocupación, y decidió, al fin, que si le hacían alguna pregunta les dejaría entrever, por medio de una leve indirecta, lo ocurrido, pero nada más. Exponer la conducta de una amiga como Ana a personas cuyo hermano había mediado en el desagradable asunto se le antojó por demás desagradable. Pensó que tal vez fuera más prudente evitar toda explicación. Christian y Livia estaban solos en el comedor cuando Aida entró, y ambos la miraron atentamente mientras se sentaba a la mesa. Después de un breve silencio, Livia preguntó:

—Espero que no hayas recibido malas noticias de tus padres. ¿Algún miembro de tu familia está enfermo?

—No —contestó Aida, y dejó escapar un suspiro—. Todos están bien. El mensaje me lo ha enviado mi hermano, que ahora está en Madrid.

Por espacio de unos minutos nadie pronunció palabra. Luego la muchacha, con voz velada por la emoción, agregó:

—Creo que en mi vida he recibido un mensaje más triste.

—Lo lamento —dijo Christian al tiempo que cerraba el libro que acababa de abrir—. Nunca podemos saber de buen grado cómo nos tomaremos las noticias que leamos.

—Contiene algo peor a lo que vosotros y todos podíais imaginar. Mi pobre hermano Federico es muy desgraciado. Pronto conoceréis el motivo.

—De todos modos, será un consuelo para el saber que tiene una hermana tan bondadosa y que se preocupa tanto por él —dijo Christian.

—Tengo que haceros una petición —solicitó poco después Aida, evidentemente turbada. Os ruego que me aviséis si vuestro hermano mayor piensa venir, para que yo pueda irme antes de su llegada.

—¿Te refieres a Jaime?

—Sí... Sentiría profundamente tener que marcharme, pero ha ocurrido algo que me imposibilitaría permanecer siquiera un momento bajo el mismo techo que su hermano.

Livia, cada vez más sorprendida, suspendió un boceto que dibujaba, para mirar a su amiga; en cambio, Christian empezó desde aquel momento a sospechar la verdad, y de sus labios escaparon unas palabras entre las que se destacó el nombre de su amiga Ana.

—¡Claro!, ¿es posible que no hayas adivinado? Hablamos de ello antes de salir de El escorial, y allí estabas muy lejos de pensar que esto terminaría tal como lo ha hecho. Ahora me explico por qué Ana no me escribía. Ha rechazado a mi hermano y piensa casarse con su hermano. ¿Será posible tanta falsedad, tanta inconstancia y tan inexplicable maldad?

—Espero que, por lo que a Jaime respecta, no sean exactas las noticias que has recibido. Sentiría que hubiera sido responsable del desengaño que sufre tu hermano. Por lo demás, no creo que él le haya ofrecido contraer matrimonio a Ana. En este punto, por lo menos, no tienes que estar bien enterada. Lamento lo ocurrido con Federico y siento que tenga que pasar por este trance, pero lo que más me sorprendería en este asunto es que Jaime se casara con esa mujer.

—Pues, a pesar de todo, es cierto. Lee el email y lo comprobarás. Pero, no, espere... —Aida se sonrojó al recordar lo que su hermano le decía en la última línea.

—Si no te molesta, léelo tú misma, lo que son los párrafos que se refieren a mi hermano.

—Aquí está. Se refiere a que tu hermano anunciara oficialmente las relaciones. No hay duda. Léelo tú —insistió Aida, cuyos pensamientos estaban cada vez más claros y se sonrojaba sólo de pensar que momentos antes se había sonrojado—. Es que Federico quiere aconsejarme como hermano...

Christian cogió el teléfono de Aida y después de leer el mensaje atentamente, se lo devolvió, diciendo:

—Tienes razón y créeme que me apena. Claro que Jaime no será el primer hombre que muestre al elegir esposa menos sentido común de lo que nosotros desearíamos. Por mi parte, no envidio su situación.

Livia, a instancias de Aida, leyó luego el mensaje y, tras expresar la preocupación y la sorpresa que su lectura le producía, se dispuso a interrogar a Aida acerca de su familia.

—Su madre es bastante buena persona —respondió Aida.

—Y su padre, ¿qué profesión tiene?

—Creo que era abogado, pero su madre es viuda y tiene la carga de otros hijos. Pero ella no tiene nada. Es decir, estuvo trabajando en una tienda.

—Pero comprometerse con una chica que quebranta un compromiso adquirido voluntariamente con otro hombre, ¿no te parece extraño? ¡Qué extraña obsesión la de Jaime! ¿Verdad que es inconcebible, Christian? ¡Jaime que se mostró siempre tan ducho en asuntos de amor! ¿Acaso creía que no había en el mundo mujer más digna de su cariño?

—Realmente, las circunstancias que rodean este asunto no le hacen gran favor y contrastan con

ciertas declaraciones tuyas. Confieso que no lo entiendo. Me parece que Jaime no tiene remedio. Pero por otra parte no creo que esa chica rompa una relación sin antes haberse asegurado el cariño de otro. No hay salvación posible para Jaime. En cuestiones de amor es noble, pero tú sabes que es un jugueteón y le tienta desenmascarar las relaciones de otros, sobre todo de mujeres. Él dice que a las mujeres les tienta la ambición y ellas se creen que juegan con él pero en verdad es él el que está jugando con ellas. Y todo esto es lícito si las dos partes consienten el mismo juego. No hay salvación posible para él. Pero de ahí a creer que tendrás, Livia a una futura cuñada, todavía hay que verlo. Una chica sincera, cándida, inocente, de afectos profundos y a la par sencillos. En esta descripción no creo que cupiese. Una chica libre de disimulos y pretensiones...

—No, no quiero una cuñada como esa. Y la falta de principios en romper algo de esa forma. Lo que no entiendo ¿por qué disfruta mi hermano con tales diversiones? ¿O es que se ha enamorado de verdad? ¿Crees que a mí me gustaría una cuñada como esa?

—Quizá con vuestra familia no se comporte como con la nuestra —dijo Aida—. Tal vez casándose con el hombre de su gusto sepa ser constante. ¿Opinas entonces, Christian, que ella se deja llevar por la ambición? Porque yo no puedo olvidar el momento en que se formalizó el compromiso con Federico y él le propuso esperar todavía más de un año y medio para la boda. A pesar de que mi hermano tiene un buen expediente académico y hace trabajos esporádicos. Pero él quería darle a ella una buena posición y asegurarse al máximo su bienestar. Por lo visto, recuerdo que a Ana se le mudó el rostro cuando él le pidió que esperase para la boda. Ella no supo disimular su contrariedad. Creo que esperaba mucho más. Jamás me he llevado un desengaño mayor con persona alguna.

—Precisamente el engaño está hecho. Pero también supone desvelar el verdadero carácter de la persona.

—El desengaño que he sufrido y la pérdida de esta amistad son muy dolorosos para mí. En cuanto a mi hermano, me temo que nunca consiga sobreponerse del todo.

—Verdaderamente, tu hermano es digno de compasión, pero tú padeces tanto como él —objeto Christian—. Sin duda, crees que al perder la amistad de Ana pierdes también la mitad de tu propio ser; sientes en tu corazón un vacío que nada podrá llenar. La sociedad debe antojársete extremadamente aburrida. Imagino que por nada del mundo irías a un baile en estos momentos. Desconfías de volver a encontrar una amiga con la que hablar sin reservas y cuyo aprecio y consejos pudieran, en un momento dado, servirte de apoyo. Sientes todo esto ¿verdad?

—No —respondió Aida tras una breve reflexión—. No siento nada de eso. ¿Crees que debería sentirlo? A veces, recuerdo ahora, ella no trataba bien a mi hermano, le quitaba la palabra, se hacía la mando. Ella era quien decidía si hablaba conmigo o con él, y a veces yo me aburría de la conversación de ellos o no entendía. Mi hermano tuvo que tener paciencia pero no creo que nadie pueda aguantar tanto como él. A decir verdad, si se me preguntas si debo sentir aflicción, aun cuando me apena la idea de que ya no podré sentir cariño por Ana, ni saber de ella, ni volver, quizá, a verla, no estoy tan afligida como creía.

—Ahora, y en toda ocasión, siempre sentimos aquello en lo que más nos favorece o nos consuela. Tales sentimientos al fin deben ser analizados para conocerlos mejor.

Aida halló tanto consuelo en esta conversación, que no pudo lamentar el haberse dejado arrastrar, sin saber cómo, a hablar de las circunstancias que habían provocado su pesar.

Con tal determinación luego fue capaz de responder lo más pronto que pudo a su hermano, y llevando hacia él muchas de las ideas que se desvelaron con la conversación de sus amigos, en el

sentido de proporcionarle consuelo y la seguridad de que partiría de allí si el hermano mayor se presentase en casa.

Desde aquel momento los tres amigos volvieron con frecuencia a hablar del mismo asunto, y Aida pudo observar, no sin cierto asombro, que en la opinión de los dos hermanos, dado el carácter de su hermano que era un sagitario noble y leal, pero juguetón con las muchachas y dado a desenmascarar el carácter de las que se creían que manejaban el juego de la seducción, a ellos les parecía que aquella boda podía haber sido inventada o tal vez no confirmada del todo. Parecían tan firmemente persuadidos de ello que acabaron por convencer a Aida de que Jaime no tenía pretensiones de presentarse por el momento en la casa familiar, y que, en consecuencia, no era necesario que ella se marchase.

Pasaron uno o dos días sin noticias del hijo mayor. Normalmente solía llamar a casa o a su padre. En este caso, sus hermanos no sabían a qué atenerse. A veces pensaban que aquel silencio era resultado natural de las supuestas relaciones; otras les parecía incompatible con la existencia de las mismas.

El padre, por su parte, aunque llegó a echar en falta el que su hijo no llamase, no estaba realmente preocupado ni expresaba otro deseo que el de Aida disfrutara de su estancia en la casa. Repetidamente manifestó su temor de que la monotonía de aquella vida acabara por aburrir a la muchacha. Se lamentó de que en aquella época no estuvieran sus vecinas; habló de dar una comida y hasta decidió que podrían comer todos en un restaurante de Madrid cuando Christian se encontrase allí y lo sorprenderían.

Christian contestó que se sentiría muy honrado y satisfecho, y Aida se mostró encantada.

A la mañana siguiente, una vez ya Christian se hubo marchado a la capital, Aida fue sorprendida por un nuevo e inesperado mensaje de email en su bandeja de entrada. Era de Ana y rezaba así:

"Mi querida amiga Aida:

Con la mayor alegría recibí tus dos cariñosos mensajes, y me disculpo por no haberlos contestado antes. Estoy realmente avergonzada de mi pereza al escribir, pero la vida en esta detestable población de El Escorial no deja tiempo para nada. Desde que te marchaste, casi todos los días he tenido mi email abierto con la intención de darte mis noticias, pero siempre algún contratiempo sin interés ha impedido que cumpliera mi propósito. Mañana abandonaremos este odioso lugar y volveremos a casa. Desde tu partida no he disfrutado nada en él; cuantas personas me interesaban, ya no están aquí. Creo, sin embargo, que si te viera no sentiría ciertas ausencias. Ya sabes que eres la amiga que más quiero.

Estoy bastante preocupada por lo que a tu hermano se refiere; figúrate que desde que marchó para Madrid no he tenido noticias tuyas, y ello me hace temer que haya surgido entre nosotros algún malentendido. Tal vez tu intervención pueda solucionar este asunto. Federico es el único hombre a quien he querido, y necesito que lo convenzas de ello. Las modas otoñales han llegado ya, y los nuevos colores me parecen demasiado estridentes para esta época. No quisiera hablarte de la familia de la que ahora eres huésped porque me resisto a incurrir en una falta de generosidad o hacerte pensar mal de personas a quienes estimas. Sólo deseo advertirte que son muy pocos los amigos de quienes podemos fiarnos y que los hombres suelen cambiar de opinión de un día para el siguiente. Tengo la satisfacción de manifestarte que cierto joven, por el que siento la más profunda aversión, ha tenido la feliz ocurrencia de ausentarse de El Escorial.

Por mis palabras adivinarás que me refiero a Jaime, el hermano de Christian, quien, como recordarás se mostraba dispuesto, al marcharte tú, a seguirme e importunarme con sus atenciones.

Su insistencia creció con el tiempo, hasta el punto que se convirtió en mi sombra. Otras chicas tal vez se hubieran dejado engañar, pero yo conozco la volubilidad del sexo. Jaime se marchó hace dos días para unirse a su regimiento y confío en no verlo nunca más. Nunca he conocido hombre tan pretencioso como él, y desagradable por añadidura. Los dos últimos días de su estancia en El Escorial no se apartó ni por un instante de Carlota, la recepcionista del balneario. Y yo, lamentando tal demostración de mal gusto, no le hice caso alguno. La última vez que le encontré fue en la calle y me vi obligada a entrar en una tienda para evitar que me hablase. No quise mirarlo siquiera. Después lo vi entrar en el balneario, pero por nada del mundo hubiera consentido en seguirlo. ¡Qué distinto de tu hermano! Te suplico me des noticias de este. Su conducta me tiene realmente preocupada. ¡Se mostró tan cambiado cuando nos separamos! Algo que ignoro, quizá una leve dolencia, quizá un catarro, lo tenía como entristecido. Yo le llamaría pero, como antes te decía, temo que hubiera interpretado equivocadamente mi actitud, y no ha contestado a mis llamadas. Te ruego que le expliques todo lo que ha ocurrido de manera que le satisfaga, y si aun después de hacerlo abriga alguna duda, unas líneas más tuyas o si está de visita por nuestra población, una entrevista, bastarán, imagino, para convencerlo.

Hace mucho que no voy a los salones ni al teatro, salvo anoche, que me asomé, por breves instantes, con una familia amiga de mi madre, obligada por las chanzas de estos amigos y por el temor de que mi retraimiento se interpretara como una concesión a la ausencia de Jaime. Nos sentamos junto a otra familia, que se mostraron muy sorprendidos al verme. No me extraña su perfidia, y hubo un tiempo en que les costaba trabajo saludarme. Ahora extreman las expresiones de su amistad, pero no soy tan tonta para dejarme engañar. Además de tener, como sabes, bastante amor propio, Isabel, la hija mayor, llevaba un turbante parecido al que estrene para el concierto, pero no logró el mismo éxito que yo. Para que un tocado como ése siente bien, hace falta un rostro como el mío; por lo menos así me lo aseguró Jaime, quien añadió que yo era objeto de todas las miradas. Ciertamente sus palabras no pueden influir en modo alguno en mi ánimo. Ahora visto siempre de color violeta. Sé que estoy horrorosa pero es el color predilecto de tu hermano, y lo demás poco importa. No te demoras, mi querida amiga, en escribirnos a él y a mí. Te mando un cariñoso abrazo. Ana."

Ni a persona tan confiada como Aida era capaz de engañar tamaña sarta de palabras artificiosas. Las contrariedades y falsedades que del mensaje de correo electrónico se desprendían fueron advertidas por la muchacha, que se sintió avergonzada, no sólo por lo que a Ana concernía, sino por aquel que hubiera podido enamorarse de ella. Encontraba tan repugnantes sus frases de afecto como inadmisibles sus disculpas e impertinentes sus pretensiones. ¿Escribirle a Federico? Jamás. Por ella, Ana jamás volvería a tener noticias de su hermano.

Aquella mañana Aida le hizo saber a Livia que su hermano, el militar, había escapado al peligro que lo amenazaba, y tras felicitarla por ello, pasó a leerle, presa de profunda indignación, algunos párrafos del email. Una vez que hubo terminado la lectura, exclamó:

—Para mí, Ana y la amistad que nos unía son agua pasada. Debe de creer que soy idiota, pues de lo contrario no se hubiera atrevido a escribirme estas cosas; pero no lo lamento, ya que me ha servido para conocer más a fondo su carácter. Ahora veo claramente cuáles eran sus intenciones. Es una coqueta incorregible, pero su estratagema no le ha servido conmigo. Estoy segura de que jamás ha sentido verdadero cariño por Federico ni por mí, y lo único que deploro es haberla tratado.

—Y dentro de poco te parecerá imposible el haberla conocido. Sólo hay una cosa que no acabo de comprender.

—Ahora veo que Ana alimento desde un principio pretensiones respecto de Jaime, tu hermano, pero... ¿y este? ¿Qué motivos pudieron impulsarlo a cortejarla con tal insistencia y a llevarla a romper sus relaciones con mi hermano si pensaba desistir de su propósito?

—No es difícil suponer cuáles fueron los motivos que indujeron a mi hermano a obrar como lo hizo. Jaime es tanto o más vanidoso que Ana, y si no ha sufrido hasta ahora serios disgustos es gracias a su fortaleza de carácter. El dejó que ella jugara con él y como en una apuesta de jugadores quiso saber hasta dónde podía llegar. En ese momento tu hermano ya desesperó de ella. Ella creería que tu hermano iba a aguantar todo por ella. De todos modos, no quiero justificar la conducta de Jaime, ya que los efectos de su acción no le justifican, pero tratemos de indagar las causas que la provocaron. ¿Por qué no llamamos ahora a mi hermano Christian, que debe estar ya en su hora de descanso, y le informamos de la noticia, a ver qué le parece.

Lo llamaron y Livia tuvo la oportunidad de contarle los hechos principales de ese mensaje. Luego le pasó el teléfono a Aida para que le preguntara eso que quería preguntarle acerca de las causas que provocaron la acción.

—¿Tú crees que tu hermano actuó así porque en algún momento sintió cariño por ella o deseos de quererla sinceramente?

—Estoy convencido de que ni por un instante pensó en ella seriamente.

—¿Lo hizo movido por un deseo únicamente de molestar, de hacer daño?

—No me queda más remedio que asentir a esa pregunta.

—Pues entonces confieso que su conducta me resulta doblemente antipática —dijo Aida—. Sí; a pesar de que con ella resultamos favorecidos todos, no puedo disculparlo. Menos mal que el daño que ha causado no es irreparable, quiero decir un caso de esos que no tiene perdón si se le hace perder la honestidad o no se respeta a una mujer.

—Mi hermano nunca hubiera llegado a ese extremo. Estoy seguro. El solo estaba jugando con las mismas cartas que ella y todo da a entender que no le prometió nada.

—Pero supongamos que Ana hubiera sido capaz de sentir amor verdadero por tu hermano...

—Es que suponer a Ana capaz de sentir afectos profundos es suponer que se trata de una criatura distinta a la que en realidad es, en cuyo caso su conducta habría merecido otros resultados.

—Es natural que tú defiendas a tu hermano.

—Si tu hicieras lo mismo con el tuyo no te preocuparía el desengaño que pueda sufrir Ana. Lo que ocurre es que tienes la mente obstruida por un sentimiento innato de justicia y de integridad que impide que la dominen los naturales impulsos de su cariño fraternal y un lógico deseo de venganza.

Tales cumplidos acabaron de disipar los amargos pensamientos que embargaban el ánimo de Aida, que le resultaba difícil culpar a Jaime mientras Christian siguiera siendo tan amable con ella. Por lo que se despidió por teléfono de él, no sin antes asegurarle que, con todo ello, por supuesto, había decidido no responder ese email y no volver a pensar en el contenido de ese mensaje, y acto seguido, volvió a pasarle el teléfono a Livia para que ella cerrara la comunicación.

Iba a cumplirse ya la cuarta semana de la permanencia de Aida en aquella casa. El padre había tenido que salir de negocios, y ella ya no podría prolongar más su estancia. Tenía que volver a su pueblo. La idea era dolorosa, en verdad, y para librarse cuanto antes de tal preocupación Aida resolvió hablar de ello con Livia, proponiendo la marcha, convencida de que si lo demoraba más tiempo le resultaría más difícil partir. Aprovechó la primera ocasión que tuvo esa mañana para

hablar con Livia y plantear el asunto anunciando su decisión de regresar a casa. No es que le pesaran los días pero tenía que volver a su trabajo y tenía muchos nuevos proyectos que atender. Livia se mostró complaciente y lo entendió. Le propuso a que esperase a que regresase Christian y su padre de Madrid y ellos la podrían acompañar hasta la línea de transporte más cercana. Se decidió acompañarla hasta Ávila y allí ella tomaría el autobús interurbano. Luego ella se emocionó por los buenos días pasados con su amiga y la persuadió para que le devolviese la visita en cuanto le fuese posible. En su casa también se encontraría muy bien y podría llevarse sus pinturas. Ella mostró satisfacción y aprecio por ella consintiendo en verse pronto. Ello contribuyó a borrar de su animo todo pesar que no fuera esa leve y perenne inquietud que todos los humanos procuramos sostener y alimentar como elemento indispensable de nuestra existencia. Aida llegó a creer en ocasiones que Christian la quería, y en todo momento que la hermana y el padre verían con gusto el que formase parte de la familia. Tales suposiciones acabaron por convertir sus otras inquietudes en pequeñas e insignificantes molestias del alma.

A Christian no le fue posible volver ese fin de semana a la casa familiar por lo que fue la propia Livia quien la condujo en coche hasta Ávila después de despedirse de su padre durante el desayuno. El no poder venir Christian menguó la alegría de ellas, pero no destrozó su tranquilidad ya que hablaron con él por teléfono y prometió volverse a ver pronto. Aida no pudo reprimir las lágrimas en presencia de su amiga hasta que llegó el momento de la separación.

Estuvieron en silencio durante el viaje en coche pero al llegar a la estación de autobuses, al fin, Livia se vio obligada a hablar:

—Escríbeme, amiga Aida —exclamó—. Envíame noticias tuyas lo antes posible. No tendré paz hasta que no sepa que has llegado sana y salva a casa.

—Claro, así lo haré, querida amiga. ¡Sí, te escribiré!

Capítulo 16

En el pensamiento de Aida otro pesar más íntimo la obsesionaba y la embargaba cada vez más. ¿Qué pensaría, sentiría y haría Christian de aquí en adelante? Esta pregunta, sobreponiéndose a todo lo demás, la perseguía sin cesar, ya irritando, ya suavizando su sentir, sugiriéndole unas veces temor de que el joven se resignara tranquilamente a lo ocurrido y otras veces una suave confianza en sí.

Los sentimientos que ella ahora sentía por aquellos dos hermanos eran demasiado profundos para expresarlos fácilmente.

Pero ahora se dirigía al fin con sus seres queridos que sintieron verdadera alegría al verla, a cuyos brazos se echó. También su hermana menor se encontraba allí pero no Federico. Ella salió corriendo con afectuosa ansiedad para abrazarla.

Al día siguiente Aida se mostraba abatida y deprimida. Su madre lo atribuyó al cansancio del viaje y a la separación de su amiga. También hablaron del desengaño de Federico y Ana lo que había causado dolor en la familia. La madre le advirtió de que en un futuro encontraría amistades de más confianza. Aida ruborizada contestó a su madre:

—Nadie tiene mayor derecho a mi confianza que Livia.

—En ese caso, hija mía, más tarde o más temprano volveréis a entrar.

Los padres no podían sospechar que el pesar más hondo que tenía su hija era debido a asuntos del corazón. Era sólo una joven de diecinueve años pero que sufría por amor.

Los esfuerzos de su madre por consolarla, en realidad, no tuvieron éxito. Ella le había advertido que tal vez no volvería a ver a sus amigos tal vez hasta otro verano. Pero que su porvenir estaría lleno de sorpresas. Sólo pensar en un año más ¡podían ocurrir tantas cosas! Ella jamás olvidaría a Christian, ni podría dejar de quererle con la misma ternura que entonces sentía; pero él... la olvidaría quizá, y en ese caso, encontrarse de nuevo... A la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas al imaginarse una tan triste renovación de su amistad. Al observar la madre que sus buenos propósitos no produjeron el efecto deseado propuso, como nuevo medio de distracción, una visita a casa de Sarah y Germán.

Las viviendas de ambas familias distaban solo dos calles entre sí dentro del pueblo, y en el trayecto la madre de Aida manifestó su opinión acerca del desengaño amoroso sufrido por su hijo Federico.

—Lo hemos sentido por él —dijo—, pero, por lo demás, no nos preocupan el que hayan terminado esas relaciones. Al fin y al cabo, no podía satisfacernos ver a nuestro hijo comprometido a casarse con una chica completamente desconocida y dice que no tenía trabajo. Y acerca de cuyo carácter nos hemos visto obligados a formar un concepto bien pobre. La ruptura le parecerá a Federico muy dolorosa en un principio, pero con el tiempo se le pasará, y el desengaño que le ha producido esta primera elección lo llevará a ser más prudente de aquí en adelante.

Pero Aida ciertamente se sentía cambiada, ya no era la misma chica inocente, libre de culpa, con risueñas esperanzas que otras veces recorrió ese mismo camino con su madre.

Aida fue recibida por Sarah y Germán con mucho cariño y recordaron todos los sucesos de su viaje a El Escorial. Sarah no dejaba de hablar de sus trajes y de sus arreglos. Por un momento

mencionaron aquel primer baile de Aida con Christian. Ella recordaba que era un hombre muy agradable. Aida se sintió incapaz de contestar y dejó que hablara de otros temas con su madre.

Aida llevaba los trabajos de contabilidad de la empresa de su padre. Pero a veces los llevaba desde casa. También con su hermano cambiaba conocimientos de economía. En las cuestiones del campo había aprendido mucho viendo a su padre desde niña. Su mayor orgullo era contar con una de las mejores bodegas de la zona y dentro de la denominación de origen. Además el negocio había crecido en los últimos años.

La madre que la veía en casa todos los días con una actitud taciturna, sin ganas de compartir las tareas cotidianas, intentaba consolarla.

—Estás preocupada por esa familia. No debemos angustiarnos por semejantes pequeñeces. — Luego, a continuación de un breve silencio añadió—: Yo espero, Aida, que las grandezas de esa familia no te habrán convertido en una persona descontenta con su vida. Todos debemos procurar estar satisfechos allí donde nos encontramos, y más aún en nuestro propio hogar, que es donde más tiempo estamos obligados a permanecer. Tengo un libro en la pequeña biblioteca sobre inteligencia emocional. Allí dice que el cambio y la adaptación a las nuevas circunstancias de cada uno son posibles porque nuestro cerebro es plástico, es decir, es moldeable. No todo está programado en él.

Aida no contestó y, deseosa de enmendar su reciente conducta, se aplicó más a las labores de la casa y a su trabajo. Debía escribir cartas y contestar a los clientes. Pero a las pocas horas recayó, sin darse ella misma cuenta, en el mismo estado de ánimo que ella deseaba combatir.

Sintió pereza y languidez, y la irritación que su cansancio le producía la obligó a dar más vueltas en la silla que ponía atención en las letras que tecleaba en su ordenador.

Su madre se apercibió de ello. Y convencida de que las miradas abstraídas y la expresión de descontento de su hija obedecían al estado de ánimo al que antes aludiera, salió precipitadamente de la habitación en busca de aquel libro que ella pensaba que lo tenía guardado en la mesilla del dormitorio. Estuvo así durante un cuarto de hora buscando el libro y ordenando algunas cosas de la habitación y no oyó ningún ruido alrededor. Ignoraba que a la casa había llegado una visita, y al entrar en el salón se encontró cara a cara con un joven completamente desconocido. El recién llegado se levantó respetuosamente de su asiento, mientras Aida, turbada, lo presentaba a su madre:

—Es el hermano de Livia, mamá, su nombre es Christian.

Christian, con el azoramiento propio de un carácter sensible, comenzó por disculpar su presencia y excusando su intrusión con el deseo de visitar a Aida y también atraído por los buenos vinos de su bodega que cada vez merecían una mayor puntuación dentro de las guías de vino.

La madre, sólo al verlo, sintió por él una marcada simpatía, y atraída por su respetuoso proceder, contestó a su saludo de un modo natural ofreciéndole la mano para estrecharla, y agradeció el buen interés que mostraba por ellos, asegurándole de que su casa siempre abierta para los amigos de sus hijos.

Silencioso, ocupó nuevamente su asiento y se limitó a contestar con cortesía las observaciones de la madre sobre el tiempo y el estado de las carreteras. Mientras tanto, la inquieta, ansiosa, y, con todo, feliz Aida, los contemplaba muda de satisfacción, revelando con la animación de su rostro que aquella visita bastaba por sí sola para devolverle su perdida tranquilidad. Contenta y satisfecha de aquel cambio la madre dejó para otra ocasión el libro que lo dejó mirando boca abajo sobre la mesa y estaba destinado para la curación de su hija.

Deseosa luego de recabar el auxilio de su marido, no solo para alentar sino para dar

conversación a Christian, la madre misma se dirigió al despacho pero tenía la puerta abierta y había salido. Tras unos minutos de silencio, Christian, volviéndose hacia Aida por primera vez desde que entrara la madre en el salón, preguntó con vivo interés si Sarah y Germán se hallaban ya de regreso en su casa. Y mostró su deseo de poder verlos. La madre que pensó que era una buena ocasión para que su hija pudiera hablar a solas con él, la animó para que diesen un paseo hasta su casa pues estaba muy cerca de allí. Aida sólo se expresaba con algunas frases entrecortadas, de las que se podía desentrañar una respuesta afirmativa.

Christian al mismo tiempo, algo turbado, abrió el paso y le pidió a Aida que se pusieran en camino.

Capítulo 17

La madre había acertado en los motivos que animaban a Christian a tener una entrevista a solas con su hija. Así fue, en efecto. Apenas fue iniciado el paseo Christian necesitó disculparse por la tardanza en responder al mensaje que Livia recibió de satisfacción por su regreso. En verdad había tenido que trabajar mucho esas dos semanas y aún tenía que demostrar que podía terminar el proyecto de carrera y consolidar su posición. Todo parecía que pendía de esa posibilidad. Intentó que Aida se sintiese confortada con esa justificación. Christian se paró frente a ella y la miró a los ojos directamente. Habló entonces:

—Estoy seguro de la sinceridad de mi corazón y de lo que siento por ti. Aida, te quiero. Y quiero entregarte mi corazón. Te quiero con locura.

Aida con lágrimas en los ojos respondió con un tibio beso en los labios.

Aun Christian sintiendo un afecto profundo por ella, por las bondades de su carácter y deleitándole su compañía, era preciso confesar que lo que más le atraía de ella era un sentimiento de gratitud en la forma en que ella quería comprender y abrir su mente hacia él. Ambos eran, sin duda, dos seres completos. Pero la atracción había tenido lugar de forma inconsciente ante la parcialidad o el carácter dependiente de Aida, pero un carácter al fin y al cabo que había dado muestras de ser firme e independiente y de querer tener sus propias respuestas. Esto le había hecho ganar el corazón de él. No había dependencia emocional entre ellos, sino completitud y complementariedad. Pues ella también con sus preguntas había puesto el carácter y el discurso de él en interrogación. Ambos se habían mostrado sagaces y competitivos. Pero había sido ante todo la generosidad de él y la gratitud que ella sentía lo que le había enamorado de él. Y que podían congeniar juntos. En estas circunstancias poco corrientes se habían enamorado.

Luego de confesarle su amor y de ella recibirlo con lágrimas en los ojos y con sonrisas, apenas despegó los labios. Hicieron una corta visita a Sarah sin revelar todavía ningún motivo de sus sentimientos. Querían preservarse y él quería estar más seguro. Tenía todavía que hablar con los padres de ella y también con el suyo que no sabía nada. Ni siquiera Livia lo esperaba. Todo parecía muy inminente. Era necesario que esperasen. Él le aseguró que le escribiría todos los días y la llamaría. Necesitaba que ella confiase en él, hasta que pudiera terminar el proyecto de carrera. Luego podrían vivir entre Madrid, en su nuevo loft, y en el pueblo. Bien con su padre o bien cerca de la familia de ella, donde también contaban con una casa de verano.

Luego le informó de que su padre había estado algunos días indispuesto pues la empresa había perdido algunas acciones en bolsa. Y que los servicios financieros del banco le habían reportado menos beneficios. Y aún se encontraba afectado.

Y aun cuando el hijo también había sufrido porque no había podido comunicar a su padre todavía sus sentimientos, sin duda tendría que hacerlo. El joven se consideraba ya comprometido con Aida, no sólo por lazos de afecto, sino por respeto y por fidelidad hacia la que sería su mujer. Nadie podría influir en él respecto a lo que sentía en su corazón.

Christian se dedicó a la reforma y al embellecimiento de su pequeño loft en Madrid, pensando que sería el sitio ideal de ellos mientras eran novios y hasta que llegase el día de la boda. Por su parte, Livia también se puso en relaciones con un joven que trabajaba en la empresa de su padre.

Aquel chico de buenos modales gozaba de la simpatía de todos. Por su parte, Federico terminó la carrera y fue gracias a su hermana que intermedio con Christian para que encontrara un buen empleo que fue también contratado en los servicios de financiación de su empresa. Más adelante él amplió el negocio de la bodega de vinos agrandando la producción y los buenos resultados de calidad, participando también Christian de parte de las acciones de esta exitosa empresa. Poco tiempo después se celebró la boda de Christian y Aida, sonaron las campanas de la pequeña iglesia engalanada del pueblo de la novia, y todos los presentes se alegraron.

Epílogo de la inocencia perdida

A Ana lo bello no le parece bueno o malo, ella trata de recuperar la inocencia perdida, tal vez, y la encuentra en su amiga Aida. Pero Aida, al mismo tiempo, desarrolla otro vínculo de amistad más sólido y que le da más apoyo.

La moralidad juega con cierta inhibición de los instintos, pero se desvela en ella otra cosa, que es que la falta de moralidad, nos hace perder la inocencia. Tampoco podemos soportar por mucho tiempo un orden razón superior, porque desarrollamos muchos mecanismos defensivos que nos engañan. Contra la indiferencia de los demás, cuando uno se enamora, se atreve completamente en todos los sentidos, es lo que nos enseña Aida. Ella sentía curiosidad por el mundo, y era como amarlo: es lo mismo. Esa inocencia radical es el amor, esa curiosidad, que luego le enseñan a perder. Porque a medida que ella crecía en su ser, su inocencia florecía por sí sola. Sólo un día encontraría así en su corazón el amor que lo aceptaba todo.

Pero Ana piensa de forma diferente, uno siempre es inocente de aquello de lo que se enamora, pero una cosa es la inocencia y otra es la simpleza. Ella pone muros, fabrica defensas emocionales, físicas e intelectuales y luego como Penélope las desteje a su antojo. Pero puede perder en este juego de la vida y ella lo sabe.

Pero Aida, protegida por una inocencia interior, cree que el amor es como una sensación física especial de lo infinito, que a ella le parece muy hermosa. Ella no focaliza ese amor en un punto, en una persona, en una circunstancia, sino que agrandaba su visión y veía todo como un gran paisaje y eso, la persona amada, estaba en ese paisaje. Aida creía que el amor estaba muy relacionado con esto, con una especie de búsqueda hacia el inconsciente, hacia el infinito, y se necesitaba mucha inocencia y mucha pasión, de nuevo, ante la resistencia al cambio y a la incomprensión de los otros.

ACERCA DEL AUTOR

ESTHER LLULL es autora de diversos libros, entre ellos, *Te pido que pongas tu vida en mis manos*, *Lady Euphrosyna*, *El hombre con el niño en sus ojos*, *El amante de ética* y *La amante bipolar*, y sigue una trayectoria continua. Estudió derecho, hizo un postgrado en Filosofía, moral y política, y también ha estudiado Astrología y astromundial. Ahora vive entre Sevilla y Copenhague. Su afinidad con la literatura y su sensibilidad genuina hace posible que contemos con su obra singular e introspectiva, de fuerte raigambre psicológica y espiritual.